

LA PIRÁMIDE DE FANGO

**ANDREA
CAMILLERI**



Lectulandia

Profundamente afectado por la muerte del joven François, y mientras intenta asimilar lo que esta pérdida significa para Livia y para él, Salvo Montalbano tiene que sobreponerse al cansancio y al desánimo antes de enfrentarse a un caso ligado a esa lacra que, por desgracia, tanto abunda en el mundo de hoy: la corrupción política en las adjudicaciones de obra pública.

Como si el tiempo y el paisaje reflejaran ese estado de ánimo del comisario, una lluvia pertinaz y copiosa cae sobre Vigàta e inunda sus calles y sus campos.

En un solar abandonado, que el agua ha transformado en un lodazal, el cadáver del joven contable Giugliù Nicotra aparece con un disparo en la espalda. La investigación del asesinato exige todo el ingenio de Montalbano y sus ayudantes, y a medida que el comisario va aclarando el enigma, surge otro tipo de fango, el de los favores, las contratas amañadas y las concesiones fraudulentas. Montalbano no está dispuesto a mirar hacia otro lado y, fiel a su carácter, no cejará hasta llegar al fondo de la cuestión; sin embargo, hay algo que no encaja: ¿por qué la víctima se arrastró para morir dentro de un tubo de canalización del agua?

Lectulandia

Andrea Camilleri

La pirámide de fango

Comisario Montalbano - 28

ePub r1.1

Titivillus 13-04-2018

Título original: *La piramide di fango*

Andrea Camilleri, 2014

Traducción: Carlos Mayor

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El restallido del trueno fue tan fuerte que Montalbano no solo se despertó de golpe y porrazo con un buen susto en el cuerpo, sino que además por poco se cayó de la cama del gran respingo que dio.

Hacía más de una semana que llovía a cántaros, sin un minuto de tregua. Se habían abierto las cataratas y no parecía que tuvieran intención de cerrarse nunca más.

Y no solo llovía en Vigàta, sino en toda Italia. En el norte, había habido desbordamientos e inundaciones que habían provocado daños incalculables y obligado a desalojar unos cuantos pueblos. Pero en el sur la cosa tampoco era ninguna broma: torrentes que parecían muertos desde hacía siglos habían vuelto a la vida espoleados por una especie de ansia de revancha, y en su estallido habían arrasado casas y terrenos de cultivo.

La noche anterior, el comisario había visto por televisión a un experto que aseguraba que toda Italia corría peligro de un desastre geológico gigantesco, porque nunca había habido un gobierno que se preocupara seriamente del mantenimiento del territorio.

En resumen, era como si el propietario de una casa no se hubiera molestado nunca en arreglar el tejado deteriorado o los cimientos en mal estado, y luego se hiciera cruces y se quejara si un día la casa acababa desmoronándose.

—Tal vez sea precisamente el fin que nos merecemos —comentó Montalbano con amargura.

Encendió la luz y miró el reloj. Las seis y cinco. Demasiado temprano para levantarse.

Se quedó en la cama con los ojos cerrados, escuchando el sonido del mar. En calma o enfurecido, siempre le resultaba placentero. De pronto, se dio cuenta de que había dejado de llover. Se levantó y fue a abrir los postigos.

Aquel trueno había sido como la traca final de unos fuegos artificiales, que precisamente se dispara para marcar su conclusión. De hecho, ya no caía ni una gota del cielo, y las nubes que se acercaban por levante, ligeras y blanquecinas, no tardarían en reemplazar a las otras, negras y pesadas. Volvió a acostarse, relajado.

No iba a ser un mal día, de esos que lo ponían de un humor de perros. Entonces se acordó de que se había despertado en medio de un sueño.

Caminaba por una galería oscura como boca de lobo y la lámpara de queroseno que llevaba en la mano derecha daba poca luz. Sabía que, a apenas unos pasos por detrás de él, renqueaba un hombre al que conocía, aunque no sabía cómo se llamaba. En un momento dado, ese individuo había dicho:

—No puedo seguir tu ritmo, estoy perdiendo demasiada sangre por la herida.

Y él había contestado:

—No podemos ir más despacio, la galería podría hundirse de un momento a otro.

El aliento del hombre que lo seguía se había tornado cada vez más pesado y fatigoso, y poco después había oído un lamento y el ruido de un cuerpo que caía al suelo. Montalbano se había dado la vuelta y había desandado sus pasos. El hombre yacía boca abajo y entre los omoplatos le sobresalía el mango de un cuchillo grande de cocina. Se había dado cuenta al instante de que el pobre desgraciado estaba muerto. Y, en ese preciso momento, una fuerte ráfaga había apagado la lámpara y, acto seguido, la galería se había venido abajo con un estruendo digno de un terremoto.

El sueño era el revoltijo resultante de un exceso de pulpitos hervidos y de una noticia que había visto en televisión sobre un centenar de muertos en una mina china.

Aun así, el hombre del cuchillo entre los omoplatos ¿de dónde salía?

Se esforzó por recordar y luego decidió que la cosa no tenía ninguna importancia.

Poquito a poco, se abandonó de nuevo al sueño.

Y entonces sonó el teléfono. Miró el reloj, apenas había dormido diez minutos.

Mala señal que lo llamaran a esa hora de la mañana.

Se levantó y fue a contestar.

—¿Diga?

—¿Birtì?

—No soy...

—¡Se ha inundado todo, Birtì!

—Oiga, que...

—¡Birtì, en la despensa, que teníamos cien quesos frescos, hay dos metros de agua!

—Mire...

—Y en el almacén ni te cuento, Birtì.

—¡Coño! ¿Quiere hacer el favor de escucharme? —aulló el comisario como si fuera un lobo.

—Pero si no es...

—¡No, no soy Birtino! Hace media hora que intento decírselo. ¡Se ha equivocado!

—Entonces, si no es Birtino, ¿con quién estoy hablando?

—¡Con su hermano gemelo!

Colgó el auricular de malos modos y volvió a acostarse entre maldiciones. Unos segundos después, el aparato sonó otra vez. Saltó de la cama rugiendo como un león, descolgó de un zarpazo y, con voz de loco, dijo:

—¡Idos a tomar por culo tú, Birtino y los cien quesos frescos!

Colgó y arrancó la clavija de la pared, pero le había entrado tal arrebató de nerviosismo que la única forma de quitárselo de encima era con una buena ducha.

Iba camino al baño cuando oyó una musiquilla extraña que salía de algún rincón del dormitorio.

¿Qué podía ser? Entonces se dio cuenta de que era su móvil, que utilizaba de uvas a peras. Contestó.

Era Fazio.

—¿Qué pasa? —preguntó con hosquedad.

—Perdone, *dottore*, he probado a llamarlo al fijo, pero me ha contestado alguien que... Será que me he equivocado.

Había mandado a tomar por culo a Fazio.

—Seguro que te has equivocado, sí, porque yo tenía la línea desconectada.

Soltó el embuste con voz autoritaria y segura.

—Ya. Por eso lo molesto llamándolo al móvil. Ha habido un asesinato.

No, si ya lo veía venir.

—¿Dónde?

—En el término de Pizzutello.

No lo había oído en la vida.

—¿Y eso dónde cae?

—Es demasiado complicado, *dottore*. Acabo de enviarle a Gallo con un coche. Yo estoy llegando. ¡Ah, póngase botas de agua, parece que aquello está hecho un pantano!

—Muy bien. Nos vemos allí.

Apagó el móvil y volvió a conectar la clavija del fijo. Apenas tuvo tiempo de llegar al baño cuando sonó de nuevo. Si volvían a preguntar por Birtino, pediría la dirección e iría a coserlos a todos a tiros. Incluidos los cien quesos frescos.

—*Dottori*, no me diga que lo he despertado —dijo Catarella con ansiedad.

—No, llevo ya un rato en pie. Dime.

—*Dottori*, que quería avisarlo de que el coche patrulla de Gallo no quiere arrancar y no hay más unidades en todo el parque móvil de unidades con disponibilidad de disposición en tanto en cuanto están indisponibles por ser inamovibles.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que también están averiadas.

—¿Y entonces?

—Entonces Fazio me ha dado la *ordinación* de ir a recogerlo yo con mi coche.

Ay. Catarella no era precisamente un as del volante. Claro que no había elección.

—¿Y tú sabes dónde está el muerto?

—*Sigurísimo, dottori*. Y, además, por *siguridad* me llevo también el *naviaquador* parlante.

Ya preparado para salir, estaba tomándose el tercer tazón de café cuando de repente oyó un violento golpetazo procedente de la puerta de la calle. Del sobresalto derramó un poco de café sobre la cazadora y otro poco sobre las botas de agua. Entre

maldiciones, corrió a ver qué había sucedido.

Abrió y a punto estuvo de estamparse contra los faros del automóvil de Catarella.

—¿Es que pretendías echar la puerta abajo y meterte en casa con el coche?

—Pido *comprinsión y pirdón, dottori*, es que he derrapado con motivo del *fangre* que se encuentra encima de la calle. No ha sido culpa mía, sino de la situación *misterioalógica*.

—Anda, mete marcha atrás y apártate un poco, que si no me va a ser imposible salir.

Catarella obedeció y el motor rugió, pero el coche no se movió ni un milímetro.

—*Dottori*, resulta que la calle hace bajada y en el *fangre* las ruedas no agarran.

Sin saber por qué, y aunque no fuera en absoluto el momento adecuado, al comisario le entraron ganas de corregirlo.

—Catarè, se dice «fango», no «fangre».

—Como prefiera usía, *dottori*.

—A ver, ¿y ahora qué hacemos?

—*Dottori*, si usía sale por el porche y yo salgo del vehículo susodicho, intercambiamos los papeles.

—¿Y con eso qué ganamos?

—Que usía conduce y yo empujo.

El argumento lo convenció. Se sentó al volante. Después de diez minutos de pruebas y más pruebas, las ruedas agarraron. Catarella se encargó de cerrar la casa. Cuando regresó, volvieron a intercambiarse los papeles y por fin emprendieron el camino.

Al cabo de un rato, Catarella habló:

—*Dottori*, ¿puede explicarme una cosa?

—Dime.

—Si en siciliano se dice «*sangu*» pero hay que decir «sangre», ¿por qué «*fangu*» se queda en «fango»?

—¿Sabes qué pasa, Catarè? Que el fango, al ser fango, es siempre fango en todas las lenguas del mundo.

El *naviagador* parlante llevaba media hora hablando, y Catarella, a su vez, llevaba media hora obedeciendo obsequioso, diciendo «sí, señor» tras cada instrucción recibida, cuando Montalbano hizo una pregunta:

—Oye, ¿no acabamos de pasar hace nada por la antigua caseta del guardavía de Montelusa Bassa?

—Sí, *dottori*.

—¿Y ese término dónde está?

—Aún más adelante, *dottori*.

—Pero ¡si aquí ya estamos en territorio montelusano, imagínate si seguimos

avanzando!

—Desde luego, *dottori*, aquí es todo montelusano.

—¿Y qué coño nos importa a nosotros un muerto en territorio montelusano? Hazte a un lado y para. Luego llámame a Fazio al móvil y pásamelo.

Catarella obedeció.

—Fazio, ¿me explicas por qué tenemos que encargarnos de un caso que no nos corresponde?

—¿Quién lo dice?

—¿Quién dice el qué?

—Que no nos corresponde.

—¡Te lo digo yo! Si el cadáver se ha encontrado en territorio montelusano, por lógica...

—Pero ¡si el término de Pizzutello queda en nuestro territorio, *dottore*! Está justo en la frontera con Sicudiana.

¡Santo cielo! Y ellos se encontraban exactamente en el lado contrario. Entonces se hizo la luz en la cabeza de Montalbano.

—Espera un momento.

Miró fijamente a Catarella, que le devolvió la mirada con un ligero recelo.

—¿Me dices a qué término me llevabas?

—Al término de Rizzutello, *dottori*.

—Catarè, ¿tú sabes cuál es la diferencia entre una pe y una erre?

—Pues claro, *dottori*.

—Dímela como si estuvieran escritas en letras de imprenta.

—¿De *impronta*? Espere que piense... Ya está. La erre tiene barriga y colita, mientras que la pe solo tiene barriga.

—Bravo. Pero te has equivocado. Me estás llevando a un sitio con colita, en vez de llevarme a un sitio solo con barriga.

—Entonces ¿he *mitido* la pata?

—Has *mitido* la pata.

Catarella se puso primero rojo como un pavo y acto seguido amarillo como un cadáver.

—¡Ay, Virgen santa, cómo he *mitido* la pata! ¡Ay, qué error *impardonable*! ¡Me he llevado al *dottori* a donde no era!

Estaba desolado, a punto de echarse a llorar. Hundió la cara entre las manos. El comisario, para evitar lo peor, le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Venga, Catarè, no te pongas así, que un minuto más o un minuto menos no tiene importancia. Vamos, hombre, ahora coge el móvil y que Fazio te explique bien adónde tenemos que ir.

A mano derecha, en un camino rural que había quedado reducido a una especie de

lecho de río fangoso lacerado por centenares de huellas de ruedas de camión, se abría el gigantesco espacio de una obra convertido en un mar de limo. Apilados a un lado, había enormes tubos de cemento en cuyo interior podía ponerse de pie un hombre.

Había también una gran grúa, tres camiones, dos excavadoras y tres retroexcavadoras. Agrupados en el otro extremo se alineaban unos cuantos coches, entre ellos el de Fazio y los dos de la Científica.

Pasada la explanada, el camino rural volvía a ser un camino rural normal y corriente que hacía subida. A unos treinta metros se veía una especie de chalet; había otro algo más allá.

Fazio fue al encuentro del comisario.

—¿Qué están construyendo?

—Una nueva canalización de agua. Debido al mal tiempo, hace cuatro días que los obreros no vienen a trabajar, pero esta mañana, a primera hora, se han acercado dos, encargados de ver cómo estaban las cosas. Son los que han descubierto el cadáver y nos han llamado.

—¿Tú ya lo has visto?

—Sí, jefe.

Montalbano notó que Fazio había estado a punto de añadir algo, pero se había contenido.

—¿Qué pasa?

—Será mejor que lo vea usía.

—Pero ¿dónde está ese cadáver?

—Dentro del tubo.

Montalbano se sorprendió.

—¿Qué tubo?

—*Dottore*, desde aquí no se ve. Lo tapan las máquinas. Están perforando la colina para pasar los tubos. Ya tienen tres colocados. El cadáver lo han encontrado al fondo de esa especie de galería.

—Vamos allá.

—*Dottore*, están dentro los de la Científica. No caben más de dos personas. Pero no creo que tarden mucho.

—¿El *dottor* Pasquano ha venido?

—Sí, señor. Ha echado un vistazo y se ha marchado.

—¿Ha dicho algo?

—Los dos obreros lo han descubierto a las seis y cuarto. Según el *dottor* Pasquano, llevaba muerto una hora. También ha dicho que estaba claro que no le habían disparado dentro del tubo.

—Entonces ¿los que lo han matado lo han traído hasta aquí?

Fazio parecía incómodo.

—Prefiero que lo vea con sus propios ojos, *dottore*.

—¿El fiscal ya ha llegado?

Era bien sabido que, cuando el fiscal Tommaseo se ponía al volante de un coche, chocaba indefectiblemente; y, si eso pasaba hasta en días de sol y sin tráfico, ¡a saber qué le habría sucedido con la que había caído!

—Sí, señor, pero es el fiscal Jacono, porque Tommaseo tiene la gripe.

—Bueno, tráeme a esos dos obreros.

—¡Muchachos, venid aquí! —gritó Fazio a dos hombres que estaban fumando al lado de un coche.

Se acercaron chapoteando por el fango y saludaron.

—Buenos días. Soy el comisario Montalbano. ¿A qué hora habéis llegado esta mañana?

Los dos hombres se miraron. El mayor, de unos cincuenta años, fue quien contestó:

—A las seis en punto.

—¿Habéis venido en un solo coche?

—Sí, señor.

—¿Y lo primero que habéis hecho ha sido entrar en la galería?

—En la galería teníamos que entrar al final, pero hemos ido hasta allí en cuanto hemos visto la bicicleta.

Montalbano se sorprendió.

—¿Qué bicicleta?

—Una bicicleta tirada en el suelo justo a la entrada de la galería. Hemos pensado que alguien debía de haberse guarecido dentro y...

—Un momento. ¿Cómo es posible que alguien haya podido ir por aquí en bicicleta, con todo este barro?

—Señor comisario, hay una especie de pasarela de madera que construimos porque si no esto era intransitable. Solo se ve si uno se acerca.

—Y entonces ¿qué habéis hecho?

—¿Qué íbamos a hacer? Hemos entrado con las linternas, y justo al final hemos visto el cadáver.

—¿Lo habéis tocado?

—No, señor.

—¿Cómo podíais estar tan seguros de que el hombre estaba muerto?

—Cuando una persona está muerta, se nota que está muerta.

—¿Lo conocíais?

—No sabemos quién es. Ha caído boca abajo.

—¿Habéis tenido la impresión de que pudiera tratarse de algún trabajador de la obra?

—No podemos decirle ni que sí, ni que no.

—¿No tenéis nada más que decirme?

—Nada. Hemos salido y los hemos llamado a ustedes.

—Muy bien, gracias. Podéis iros.

Los dos se despidieron y se marcharon a toda prisa. Se morían de ganas de volver a su casa. Entonces hubo algo de movimiento donde estaban los coches aparcados.

—La Científica ha terminado —dijo Fazio.

—Ve a ver si han encontrado algo.

Fazio se alejó. Con el jefe de la Científica, Montalbano no habría cruzado una palabra ni hartado de vino. Le provocaba una antipatía profunda que por otro lado era mutua.

Fazio volvió al cabo de cinco minutos.

—No han encontrado ningún casquillo, pero están seguros de que el hombre ha entrado en la galería cuando ya le habían disparado. Hay una huella de una mano ensangrentada en la pared de uno de los tubos, como si se hubiera apoyado para no caerse.

Los coches de la Científica se marcharon. Solo quedaron el de Fazio y la furgoneta del depósito de cadáveres.

—*Dottore*, apóyese en mí. No vaya a ser que resbale y se ponga perdido de barro.

Montalbano no rechazó la oferta. Avanzaron con cautela, a pasos cortos, y por fin, una vez superadas las dos excavadoras, el comisario pudo ver la base de la colina en la que se trabajaba y la entrada a la galería.

—¿Qué longitud tienen los tubos?

—Seis metros cada uno. La galería tiene dieciocho metros y el cadáver está justo al final.

A la izquierda de la entrada, tirada en el suelo, había una bicicleta medio cubierta de barro que los de la Científica habían acordonado rodeándola con una cinta amarilla sostenida por unos cuantos palos.

El comisario se detuvo a mirarla. Era bastante vieja y estaba muy usada; en su momento debía de haber sido de color verde.

—¿Por qué ha dejado la bici fuera y no ha entrado pedaleando? Espacio no le faltaba —comentó Fazio.

—No creo que haya sido algo voluntario. Se habrá caído y no habrá tenido fuerzas para volver a montar.

—Coja mi linterna y pase usía delante —ofreció el inspector jefe.

Montalbano aceptó la linterna, la encendió y entró, seguido de Fazio.

Sin embargo, cuando apenas había avanzado dos pasos dio media vuelta y salió a toda prisa, jadeando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fazio, atónito.

¿Debía decirle que se había acordado del sueño?

—Me ha faltado el aire. Oye, ¿esta galería es segura?

—Segurísima.

—Muy bien. Vamos allá —dijo, y volvió a encender la linterna antes de tomar una buena bocanada de aire, como si fuera a sumergirse a pulmón.

2

No había vuelta de hoja, estaba claro que la escena iba a ser clavada a la del sueño y la situación no le hacía ninguna gracia. Solo que Fazio, que iba detrás de él, por suerte no tenía ningún cuchillo de cocina entre los omoplatos.

Incluso allí dentro había fango; mucho menos que fuera, pero había. Por fin el haz de luz de la linterna enfocó el cadáver y Montalbano se quedó boquiabierto.

Y es que el difunto, que estaba boca abajo y parecía una estatua de barro, no llevaba ropa, tan solo una camiseta de tirantes y unos calzoncillos, y además iba descalzo.

Lo habían matado con un único disparo de arma de fuego que lo había alcanzado entre los omoplatos. La camiseta, teñida de rosa al extenderse por el algodón blanco la sangre diluida por el limo, dejaba ver con claridad el agujero de entrada del proyectil.

—Me gustaría verle la cara —dijo el comisario.

—Vamos a salir —propuso Fazio.

Una vez en el exterior, fue a hablar del traslado del cadáver con los encargados, que estaban jugando a las cartas dentro de la furgoneta. Miraron con malos ojos a Montalbano, prosiguieron unos instantes con la partida y luego bajaron y entraron en la galería.

—A las cinco de la madrugada llovía a mares —comentó Fazio—. ¿A quién se le ocurre salir a dar una vuelta en bici como si nada, con la que estaba cayendo, descalzo y en calzoncillos?

—No estaba dando una vuelta, estaba huyendo —contestó el comisario—. Y probablemente le han disparado cuando ya había montado en la bici. Y eso me lleva a pensar una cosa.

—¿El qué?

—Que un hombre herido de muerte y en pleno temporal no podía tener fuerzas para subir una cuesta en esa bicicleta.

—Tendrá que explicármelo mejor.

—Hay poco que explicar. Ese hombre solo puede haber...

—¡Ya está! —gritó uno de los trabajadores del depósito al salir de la galería.

El comisario y Fazio volvieron a entrar. Los hombres habían dado la vuelta al muerto e incluso le habían limpiado la cara.

El cadáver correspondía al de un muchacho atractivo de unos treinta años, de cabello moreno y con la boca entreabierta, lo que dejaba ver una hilera de dientes sanos y blancos. Debajo del ojo izquierdo tenía una cicatriz en forma de media luna. La camiseta no presentaba ningún agujero de salida por la parte delantera, señal de que la bala se había quedado dentro del cuerpo.

—Me basta —dijo el comisario.

Volvieron a salir.

—¿Podemos empaquetarlo? —preguntó uno de los del depósito.

—Todo vuestro —respondió Fazio.

Montalbano miró a su alrededor. Aquel paisaje lo afligía, le encogía el corazón, lo incomodaba. La enorme grúa le recordaba el esqueleto de un mamut, los grandes tubos parecían huesos de una bestia gigante, y los camiones, deformados por la costra de fango que tenían encima, eran como animales desconocidos y muertos. No se veía ni una brizna de hierba y el verde había quedado cubierto por una capa semilíquida de un gris oscuro, idéntica a una cloaca al aire libre, que había ahogado a todo bicho viviente, de las hormigas a las lagartijas. Montalbano se acordó de un verso de un poema de Eliot que se llamaba precisamente *La tierra baldía* y que decía: «Donde los muertos perdieron los huesos».

—¿Cuánto tiempo hace que trabajan en estas obras de canalización de agua?

—Siete años, *dottore*.

—¿Y por qué están tardando tanto?

—Por lo visto, después de cinco años hubo un parón porque los costes se habían triplicado, como de costumbre.

—¿Y ahora han vuelto al trabajo?

—Sí. Han recibido una nueva partida del gobierno regional. Claro que, entretanto, parece que se ha acabado el agua.

—¿Qué agua?

—La que tenía que pasar por esta nueva canalización, o sea, el agua del Voltano.

—¿Y por qué ya no lleva agua el Voltano?

—No es que no lleve agua, es que no tiene suficiente para alimentar también esta canalización.

—¿Y eso?

—Resulta que, en este tiempo, el Consorcio de Caltanissetta ha ganado la concesión y se ha quedado el agua del Voltano.

—Entonces ¿esta canalización es inútil?

—Sí, señor.

—¿Y por qué siguen trabajando?

—*Dottore*, usía lo sabe mejor que yo. Porque las contratas ya están adjudicadas, son intereses económicos que se respetan; de otro modo, la cosa acaba a tortas.

¿Y no sería mejor que la cosa acabara a tortas de una vez por todas?

La conversación con Fazio fue la clásica gota que colmó el vaso.

—Larguémonos.

—Pero, *dottore*...

—No, Fazio, si nos quedamos, al final el fango me llegará al cerebro. No aguanto más. Ve a decirle a Catarella que vuelva por su cuenta. Y tú, llévame a Marinella.

Le pidió que lo dejara delante de la puerta de casa y quedaron en verse en la comisaría después de comer.

Fue a sacar las llaves del bolsillo en el que las guardaba siempre, pero no las encontró. Las buscó en los demás. Nada. Luego, entre maldiciones, comprendió que Catarella, después de cerrar la puerta, no se las había devuelto.

Llamó al timbre con la esperanza de que Adelina aún no se hubiera ido. No apareció nadie. Volvió a llamar, frenético, y oyó aliviado la voz de la asistenta.

—¡Que sí, menudas prisas! ¡Ya voy!

Se abrió la puerta y, nada más verlo, Adelina pegó un buen grito:

—¡Alto ahí!

Montalbano se quedó inmóvil, pasmado.

—¿Qué pasa?

—¡Acabo de fregar el suelo ahora mismísimo! ¡Si entra usía perdido de fango como viene, me tocará empezar a limpiar de cero!

—Entonces, en tu opinión, ¿no debería pasar?

—Quítese esas botas, que le traigo los zapatos.

No resultó fácil quitarse las botas de pie, apoyado en el quicio de la puerta.

—Te advierto que quiero darme una ducha.

—¡Tengo el baño que parece un espejo!

—Pues voy a empañarlo, ¿entendido?

—Y yo no puedo impedírselo. Santa paciencia.

Una hora después, duchado y con un traje limpio, dejó a Adelina refunfuñando mientras volvía a hacer el baño. Se subió al coche y se fue a la comisaría.

Se sentía mucho mejor; el agua de la ducha se había llevado consigo el barro, pero no la suciedad invisible que se le había metido debajo de la piel con las palabras de Fazio sobre las obras de la canalización.

Lo primero que vio al entrar fue que Catarella no estaba en su puesto de telefonista.

—No ha aparecido —aseguró el agente de guardia.

¿A que se había vuelto a perder en el camino de regreso? Era capaz de aparecer al día siguiente.

—¿El *dottor* Augello y Fazio se encuentran *in situ*?

El agente lo miró extrañado. Diantre, se había olvidado de que no estaba delante de Catarella.

—Que si están aquí —se corrigió.

—Sí, señor.

—Diles que vayan a mi despacho.

Aparecieron juntos. Saludaron y se sentaron.

—¿Estás al tanto de lo del muerto? —preguntó el comisario a Augello.

—Fazio me lo ha contado todo.

—¿Y tú tienes alguna novedad?

—Esta mañana, mientras estabais fuera, ha llamado Tano Gambardella.

—¿El periodista?

—Sí.

Gambardella publicaba un semanario combativo en el que informaba de los sucesos retorcidos que tenían lugar en Vigàta. Era un hombre valiente que ya había sufrido dos atentados de la mafia. De vez en cuando colaboraba con Retelibera, el canal dirigido por Nicolò Zito, gran amigo de Montalbano.

—¿Para qué?

—No ha querido decírmelo.

—¿Por qué?

—Pues porque solo quería hablar contigo. Personalmente en persona, como diría Catarella.

—Pero ¡si tú eres el subcomisario! Tendrías que haber...

—Mira, Salvo, tampoco podía insistir demasiado, porque entre Gambardella y yo hay una historia que viene de lejos.

Montalbano lo pilló al vuelo. Las historias de Mimì tenían siempre un mismo origen.

—¿Por casualidad guarda relación con su señora?

—Sí. Una mujer preciosa.

—¿Y viene de muy lejos esa historia?

Mimì Augello se revolvió en la silla.

—Digamos que viene de hace tres meses.

—Mimì, si no te pones las pilas, un día u otro algún marido celoso te descerrajará un tiro. Y yo le facilitaré la vida, que no te quepa duda. ¿En qué habéis quedado?

—En que te llamará.

—Muy bien, muchachos, escuchadme. Como he empezado a explicarle a Fazio esta mañana, sin duda alguna el muerto tenía que vivir en las cercanías de la obra, para ser exactos en la parte alta del término de Pizzutello.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Augello.

—Porque, herido de muerte como estaba, es imposible que pedaleara cuesta arriba y menos con todo ese fango. Como mucho, podría haber hecho el camino de bajada, con la bici rodando por sí sola. Además, hay un detalle importante. Estaba al tanto de que hay una especie de pasarela colocada por los mismos trabajadores en la explanada de la obra para pasar por encima del barro, pero que con todo ese limo no se veía. Señal de que estaba a menudo por allí, es probable que incluso viera cómo la montaban.

—Pero ¿por qué se ha metido en la galería?

—Quería esconderse. Creía que quienes le habían disparado lo perseguían.

—No cuadra —replicó Mimì—. Si quería esconderse, tendría que haber metido también la bici en la galería.

—No ha podido porque se le ha caído, y no creo que estuviera ya en condiciones de razonar con claridad. Puede que ya no le quedaran ni siquiera fuerzas para sacar la bici del fango.

—Deben de haberlo sorprendido mientras dormía —dijo Mimì.

—Exacto. Luego habrá pasado algo que le ha permitido subirse a la bici y huir. Le han pegado un tiro por la espalda, pero ha conseguido mantenerse sobre el sillín.

—Me convence —dijo Fazio.

Sonó el teléfono. Era Catarella.

—*Dottori*, quería *cumunicarle* que por fin he logrado volver *in situ*.

—¿Te has perdido?

—Sí, señor *dottori*. He acabado en Trapani.

El comisario colgó, aliviado. No iba a hacer falta montar una operación de rescate.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Mimì.

—Tú quédate aquí a sustituirme a la perfección. Fazio y yo nos volvemos al término de Pizzutello.

Pasada la zona de la obra, la primera casa, que se encontraba a un centenar de metros de distancia, estaba a medio camino entre un chalet y una casa de campo. El que la había construido no había sabido decidirse entre hacer un casoplón con ífulas o una granja corriente y moliente. A un lado estaba el garaje, con la persiana metálica bajada. La puerta de la vivienda daba directamente a la calle. Las ventanas estaban cerradas.

No había timbre. Fazio llamó y volvió a llamar con los nudillos, pero nadie fue a abrir.

Al cabo de un rato tiraron la toalla y se dirigieron a otra casa, que estaba un poco más alejada. Era bastante grande y se encontraba en mal estado; de la parte trasera surgía un coro de centenares de gallinas.

La puerta estaba abierta.

—Permiso... —dijo Fazio.

—Pasen, pasen —contestó la voz de una anciana.

Entraron y se quedaron de piedra.

Esperaban encontrarse una habitación cualquiera de una casa cualquiera y en vez de eso fueron a parar a una sala que parecía en parte tienda de ultramarinos, en parte restaurante y en parte bar.

Incluso había tres mesitas ya preparadas para quien quisiera comer algo.

Detrás del mostrador había una anciana de aire simpático y ojos vivaces y astutos.

—¿Les apetece un café? ¿Quieren huevos frescos?

Montalbano tenía que satisfacer su curiosidad.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó.

—Pues lo que ve usía —contestó la anciana sin inmutarse—. Vendemos pan, pasta, salsas, huevos... De todo. También *servimos* comida. Y pueden tomarse un buen café.

—¿Y por qué no hay ningún cartel fuera? —insistió el comisario.

—Porque no tengo licencia.

—Pero ¿la ha pedido? —intervino de pronto Fazio, con gesto severo.

—¡Ni se me pasa por la antesala del cerebro! ¿Sabe lo que cuesta el *suborno* para que te la den bajo mano?

—Pero, entonces, ¿estamos ante el ejercicio de una actividad ilícita! —exclamó Fazio.

—¡Qué ejercicio ni qué niño muerto! —replicó la vieja, levantando la voz—. ¡Yo tengo una edad y el ejercicio ya ni lo huelo! ¿Usía qué es? ¿De la Policía Judicial?

—No, yo soy...

—Pues si no es de la Judicial no me toque los cojones... —Entonces la señora los miró bien y dijo para sí misma—: Estos son de la pasma. —Y acto seguido soltó un alarido que dejó sordos a Montalbano y a Fazio—: ¡Pitrineddru!

Sin que se viera ni cómo ni de dónde, Pitrineddru se materializó.

Era un coloso de unos cuarenta años y dos metros de altura, con el pelo prácticamente pegado a las cejas, bíceps de ochenta centímetros de circunferencia y manos grandes como palas.

—¿Qué pasa, mamá?

—Pitrineddru, luz de mis días, estos dos *siñores* de la pasma dicen que somos ilícitos y son capaces de cerrarnos el negocio.

Pitrineddru los miró con cara de pocos amigos e inspiró como un toro antes de embestir.

Con el rabillo del ojo, Montalbano advirtió que la mano derecha de Fazio iba metiéndose por dentro de la chaqueta para sacar la pistola. Pitrineddru se volvió entonces hacia él, amenazador. La situación era delicada. Con calma y casi en un susurro, Montalbano dijo:

—Vamos a hacer un pacto.

—¿Qué pacto? —preguntó la vieja, que tenía el oído fino.

—¡Yo no hago pactos con la pasma! —replicó Pitrineddru, ofuscado.

—Chitón. Y quítate de en medio —ordenó su madre.

En un abrir y cerrar de ojos, Pitrineddru se desmaterializó.

—¿Les *apitece* un café o no?

—Muy bien.

—Entonces, siéntense.

Montalbano y Fazio se acomodaron en una de las mesitas que ya estaban preparadas. Entró un hombre que quería diez huevos, una hogaza de pan y un kilo de

pasta. Después, la vieja les llevó el café y se sentó con ellos.

—A ver ese pacto.

—Primero dígame cómo ha sabido que éramos policías.

—Porque los policías, los de verdad, claro, lo llevan escrito en la frente. ¿Qué hay del pacto ese?

—Nosotros no la denunciarnos a la Policía Judicial y a cambio usted nos da cierta información.

La respuesta de la vieja fue inmediata:

—Lo siento en el alma, pero yo no soy ninguna chivata.

—No se trata de eso. Solo quería preguntarle si cierta persona vive por los alrededores.

—¿Lo busca la policía por algo?

—No, no hay nada contra él.

—¿Cómo se llama?

—No lo sabemos. Tendrá unos treinta años, el pelo moreno, una altura aproximada de metro setenta y cinco y una cicatriz en forma de media luna debajo de...

—Giugiù Nicotra —lo interrumpió la señora.

—¿Sabe dónde vive?

—¡Pues claro que lo sé! ¡Si es el vecino de al lado!

—¿El del chalet?

—Sí, *siñor*.

—¿Es soltero?

—No, *siñor*. Está casado.

—Hemos llamado, pero no nos ha abierto nadie.

—Será que ese putón verbenero no puede ir a abrir porque está ocupada follándose a alguien.

—¿Se refiere a la mujer de Nicotra?

—¿De quién estamos hablando? Es una *alimana* de veinticinco años. Se llama Inghi y viene mucho por aquí a hacer la compra, en bici, de punta en blanco, con unos pantalones tan apretados que parece que se los hayan pintado sobre el culo... Cuando no está su marido, suele recibir visitas, y ella encantada de la vida. Además, estoy *sigura* de que les da de comer a sus amantes.

—¿Por qué?

—Porque cuando viene por aquí hace una buena compra, como si en esa casa vivieran cuatro, cuando solo son dos.

—¿No tienen hijos?

—No, *siñor*.

—¿Él trabaja?

—Sí, *siñor*. Es *cuntable*.

—¿Dónde?

—Ni idea.

—¿Y cómo está usted tan segura de que la señora recibe a hombres?

—Es que este camino que viene de Vigàta lleva al que va a Sicudiana. Por eso los coches que vienen de Sicudiana pasan por aquí delante. Y yo veo que algunos se paran a menudo en el chalet y al cabo de dos horas se van. ¡Qué putón es! Imagínese, si hasta intentó que le hiciera cosas el *santu* varón de mi Pitineddru...

—¿Por casualidad no tendrá el teléfono del chalet?

—Sí, *siñor*. Se lo digo.

Fazio lo anotó.

—¿Sabe dónde dejaba la bicicleta la señora?

—Apoyada en la pared, al lado de la puerta de entrada.

—Esta mañana, a eso de las cinco, ¿ha oído algún ruido extraño?

—¿Qué ruido?

—Un disparo, por ejemplo.

—*Siñor* mío, ¡esta mañana había unos truenos que parecían bombas! ¡No se habría oído ni un cañonazo!

Fazio y Montalbano se miraron. No tenían más preguntas que hacer.

Se levantaron.

—¡Un pacto es un pacto! —exclamó la vieja.

—No le quepa duda —contestó Montalbano.

Salieron y subieron al coche.

—¿Vamos a probar otra vez en el chalet? —propuso Fazio.

—Vamos.

Pero tampoco en esa ocasión contestó nadie.

—No sé por qué, pero todo esto me huele a chamusquina.

Fazio se acercó al garaje.

—¿Adónde vas?

—Quiero ver si está el coche.

Desapareció detrás del garaje y poco después reapareció.

—Hay una ventana de ventilación. El garaje está vacío. Quizá lo haya cogido la señora para ir a dar una vuelta.

—¿Y tú crees que puede ser tan sencillo?

—¿Qué tendría que creer?

—No te planteas la pregunta clave.

—¿Cuál sería?

—Mientras le pegaban un tiro a su marido, ¿dónde estaba ella?

Fazio se quedó mudo y pensativo. Montalbano miró la fachada del chalet, que a aquella hora debería haber estado iluminada de lleno por el sol. Pero en aquel momento el sol brillaba por su ausencia, lo ocultaba una pesada nube negra. Montalbano se dirigió a la parte de atrás de la casa. Fazio lo siguió. Allí parecía que ya fuera de noche.

Al levantar la vista, el comisario se fijó de inmediato en que, por los postigos de una ventana del primer piso, se filtraba luz. Fazio también lo vio.

—Eso, según la lógica arquitectónica, debería ser un dormitorio —comentó.

—Y sin duda la luz se quedaría encendida ayer por la noche —agregó Fazio.

Entonces a Montalbano se le ocurrió algo y volvió a la parte delantera del chalet.

—Vamos a hacer un último intento —dijo—. Saca el móvil y llama al teléfono que te ha dado la vieja.

El comisario se acercó a la puerta y pegó la oreja. Lo envolvía un silencio absoluto.

Por mucho que aguzara el oído, no oía ningún sonido de llamada. ¿Era posible que no tuvieran teléfono en la planta baja? ¿O que les hubieran cortado la línea?

—Oye, ¿estás llamando?

—Evidentemente.

—¿Y por qué no oigo que suene el teléfono?

—Déjeme probar a mí, por favor —pidió Fazio.

Ocupó el lugar del comisario y escuchó un rato.

—Suena. Lejos, pero suena —dijo finalmente.

—¿Y por qué no lo he oído yo?

Fazio se lo quedó mirando, pero prefirió no contestar.

Y Montalbano se arrepintió de inmediato de haber hecho la pregunta.

No cabía duda, con la vejez, además de no ver bien, estaba empezando a quedarse sordo. ¡Virgen santa! Tal vez podría soportar ir por ahí con gafas de cristales de culo de botella, pero de ninguna manera con trompetilla. Mejor sería, llegados a ese punto, retirarse a una residencia, como a menudo le sugería el *dottor* Pasquano para chincharlo.

—Debo de tener tapones de cera en los oídos.

—Evidentemente —dijo Fazio, mirando al cielo para seguir el vuelo alocado de un murciélago.

¡¿Es que no sabía otro adverbio?!

—Vámonos a comisaría —dijo Montalbano con brusquedad.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el inspector jefe mientras arrancaba, consciente de que el comisario sufría un ataque de mal humor y era mejor distraerlo.

—Ahora ya es tarde, pero mañana por la mañana iré a ver al fiscal Jacono y le pediré una orden para entrar en la casa.

—¿Se la dará?

—Jacono no es de los que complican las cosas.

—¿Y qué espera encontrar?

—Si quieres que te diga la verdad, tengo un mal presentimiento. Creo que nos

encontraremos a una mujer muerta.

—Y me temo que acertará —respondió Fazio—. Pero, según usía, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—No me gusta hablar sin saber.

—Ya, pero para pasar el rato...

—Pueden establecerse varias hipótesis, pero como punto de partida hay algo que está claro: a Giugiù Nicotra, y quizá también a su mujer, los sorprendieron mientras dormían. No se trata de ladrones, de eso estoy seguro.

—¿Por qué?

—Un ladrón no dispara por la espalda a la persona a la que está robando si sale corriendo. En cualquier caso, los sacaron de la cama tal como estaban y se los llevaron a la planta baja.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Fazio.

—Porque, si se hubieran quedado en el piso de arriba, Nicotra no habría tenido oportunidad de huir. Ni siquiera lo habrían dejado bajar.

—Es cierto.

—Y, una vez en la planta baja, buscan algo o quieren algo que tiene la pareja.

—¿Cómo lo sabe?

—Fazio, si alguien entra en una casa de noche y no es ningún ladrón, hay cuatro posibilidades y punto pelota. O es un amante de la mujer, o un secuestrador, o busca algo o, si no, quiere averiguarlo. Yo descartaría las dos primeras opciones.

—Siga.

—Durante el interrogatorio, Nicotra encuentra la oportunidad que necesita. Quizá un momento de distracción de los allanadores. Abre la puerta, consciente de que su mujer siempre deja la bici apoyada allí al lado, monta y huye. Uno de los dos le dispara y le da en la espalda, pero Nicotra aguanta y se adentra en la noche. Recuerda que había tormenta. Entonces, como no pueden hacer otra cosa, se cargan a su mujer y se largan.

—Perdone, pero ¿por qué se habrían llevado también el coche, que no está en el garaje?

—No te sé decir. También es posible que a ella no la hayan matado, sino secuestrado.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Mañana por la mañana, mientras yo voy a ver al fiscal, tú intenta averiguar todo lo que puedas sobre Giugiù Nicotra.

—¿Tengo que comunicar que hemos identificado el cadáver?

—Quizá sea mejor ganar tiempo. Ya daremos parte cuando haya hablado con el fiscal.

—Felicítame, anda —dijo Mimì Augello con la cara de las grandes ocasiones nada

más verlo.

—¿Qué empresa heroica has conseguido?

—En cuestión de dos horas, he hecho lo que los periódicos llamarían «una operación brillante».

—Cuéntame.

—En cuanto os habéis ido, he recibido una llamada anónima. Una voz de hombre me ha dicho que un tal Saverio Piscopo, residente en la via Lo Duca, 4, se había hecho con un buen cargamento y lo había escondido en el cochecito de su hijo de tres meses. Ha añadido que hacía la denuncia porque Piscopo trapicheaba delante de los colegios.

—¿Y te has fiado de una llamada anónima?

—Sí, y he hecho bien. En el cochecito había un kilo de hierba y un buen montón de pastillas.

—¿Lo has detenido?

—Claro.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Ha interpretado bien el papel de quien no sabía nada, pero no ha sido capaz de explicar cómo había llegado la mercancía al cochecito de su hijo. No dejaba de repetir que él se ganaba el pan honradamente como albañil. ¿Qué? ¿Me felicitas o no?

—Felicidades, Mimì.

Se había levantado y estaba ya a punto de salir de su despacho hacia Marinella cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, tengo que decirle que parece que estaría en la línea el *signor* Gambabella.

—Pásamelo.

Habría apostado los huevos a que el señor Gambabella era Gambardella.

—Querido Gambardella, cuénteme. Ya sé que me ha...

—Sí, *dottor* Montalbano, y siento en el alma las molestias que le ocasiono, pero se trata de algo realmente serio y tengo cierta urgencia de hablar con usted en privado.

—Mire, estaba a punto de marcharme, pero puedo quedarme y...

—Me disculpo otra vez, pero no quiero que nadie me vea entrar en la comisaría.

Así pues, el asunto no era cosa que pudiera tomarse a la ligera. Si lo tenían vigilado...

—Entendido. ¿Usted sabe dónde vivo?

—Sí.

—Son las ocho. ¿Le va bien dentro de media hora?

—De acuerdo.

Antes que nada, en cuanto entró en casa fue a ver qué le había preparado Adelina.

Abrir el horno o la nevera le provocaba la mismísima emoción que cuando, siendo un chiquillo, rompía el huevo de Pascua para ver qué sorpresa había dentro.

Tal vez para hacerse perdonar la descortesía de aquella mañana, la asistenta le había dejado una maravillosa pasta *'ncasciata* y dos salchichas en salsa.

Con aquel tiempo de mil demonios, el pescado fresco era muy difícil de encontrar. Congelado lo había a paladas, pero no era algo que soportara su paladar.

Lo pondría todo a calentar después de la visita de Gambardella.

Abrió la cristalera del porche, aunque enseguida se dio cuenta de que no apetecía demasiado sentarse fuera.

Llamaron a la puerta y fue a abrir. Era Gambardella.

Al leer los artículos incendiarios que escribía, y sabiendo a lo que se arriesgaba, uno se lo imaginaba como un hombretón altanero de mirada orgullosa. En realidad, era un señor menudo de cuarenta y cinco años, calvo, con gafas y con una americana de mangas demasiado cortas.

Se acomodaron en las dos butacas de delante del televisor, después de darles la vuelta para estar cara a cara.

—¿Quiere tomar algo?

—Nada, gracias. No quiero robarle más tiempo del estrictamente necesario.

—Pues yo, en cambio, voy a ponerme un *whisky*.

—¿Lee usted mi semanario?

—Sí. Entre otras cosas, llamarlo *Il Guardiano del Faro* me parece una idea certera.

—Gracias. Como sin duda sabrá, soy abogado, aunque sienta pasión por la prensa. Como periodista, tengo la mala costumbre de levantar alfombras.

—Con los tiempos que corren, lo suyo no me parece una mala costumbre, sino más bien una virtud.

—Una virtud que, como se me ha dado a entender por activa y por pasiva, podría costarme cara. Voy al grano. ¿Ha oído hablar de Albachiara?

—No.

—Es una empresa constituida hace año y medio con el objetivo de dedicarse a la construcción de obra pública. Apenas un mes después de su creación, empezó a dominar el mercado. Y tenga en cuenta que, en ese mercado, la competencia es numerosa y muy agresiva. Sea como sea, Albachiara ganó, entre otros, el concurso del complejo escolar de Villaseta. Trabajaron en un tiempo de auténtico récord y en un año y dos meses entregaron la obra.

—¿Qué sobrecoste hubo?

—Poquísimo. Un porcentaje nimio. Desde ese punto de vista, su actuación fue intachable.

—Así pues, es una empresa muy respetable.

—En apariencia.

—¿Y eso?

—Hace un mes, justo una semana después de la inauguración, uno de los tres edificios fue declarado inhabitable.

—¿Por qué?

—Se habían caído dos techos y, además, habían aparecido grietas palpables en los muros de carga.

—¿Hubo heridos?

—No, por suerte.

—¿Se abrió una investigación?

—No había manera de evitarlo.

—¿La conclusión?

—Se resolvió que la responsabilidad no era de la empresa constructora, las grietas se debían a un corrimiento de tierras debajo del edificio.

—Perdone, pero, antes de empezar la construcción, ¿no es obligatoria una valoración preventiva del terreno?

—Se hizo, por supuesto.

—¿Y dieron el visto bueno?

—Sí. Lo firmó el profesor Augusto Maraventano, una autoridad en la materia, pero ya nonagenario y completamente senil.

—Entiendo.

—La cosa es más complicada.

—¿A Maraventano lo llamaron a declarar?

—No fue posible.

—¿Por qué?

—Murió hace seis meses. Y así acabó la historia y santas pascuas. Ningún culpable.

—A ver, es posible que...

—Espere. Llegados a ese punto, me planteé una pregunta de lo más lógica.

—¿Cuál era?

—Si el terreno estaba expuesto a corrimientos de tierras, ¿no peligrosaban también los otros dos edificios?

—¿Y qué hizo?

—Fui a hablar con el ingeniero Riccio, el ayudante del profesor Maraventano, y me aseguró que la historia del corrimiento era una patraña convenida entre Albachiara y el juez. El terreno era, desde el punto de vista geológico, muy sólido. Me enseñó los informes, los estudios, los análisis, todo. Lo que pasa es que nadie más que yo se tomó la molestia de acudir a él.

—Pero ¿cómo es posible que un juez hubiera...?

—Se basó únicamente en el peritaje hecho por un técnico propuesto por la propia Albachiara. Por lo tanto, llegué a la conclusión inevitable.

—Dígamela.

—Que los materiales empleados por Albachiara no habían sido los declarados en la contrata, sino otros de pésima calidad. Y, además, que se había ahorrado mucho en la construcción en sí, omitiendo la aplicación de normas precisas de estabilidad y seguridad. Hace tres días empecé a moverme en esa dirección e hice unas cuantas preguntas por ahí.

—¿Resultados?

Gambardella sonrió.

—El resultado es que ayer por la noche me encontré en el buzón un sobre con la dirección escrita en mayúsculas. Recelé de inmediato. Lo abrí. Contenía tan solo una foto de mi hijo Ettore, que tiene seis años, al salir del colegio.

—¿No había nada escrito?

—Nada.

—¿Tiene la foto?

Sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió al comisario. No había llegado por correo, alguien lo había metido en el buzón. La foto mostraba a un chiquillo que reía mientras hablaba con un compañero al que solo se veía de espaldas.

—Elocuente —dijo Montalbano mientras se lo devolvía—. ¿Y ahora qué piensa hacer?

—A partir de mañana, Ettore va a ir al colegio en Montelusa, se quedará en casa de una de mis hermanas.

—¿Cree que en Montelusa su hijo no correrá peligro?

—No soy tan estúpido. Pero por el momento no veo...

—Mándelo por ahora a Montelusa, pero que no vaya al colegio. Llévelo a casa de su hermana esta misma noche y procure que no se entere nadie.

—Muy bien.

—Así pues, ¿pretende seguir adelante?

—Es evidente que sí.

—Quiero que sepa que estoy a su entera disposición. Dígame cómo puedo...

—Solo he venido a ponerlo al tanto de la amenaza que he recibido. En caso de que nos sucediera algo a mí o a alguno de mis familiares, sabrá hacia dónde dirigir sus investigaciones.

—Le hago una propuesta.

—Soy todo oídos.

—Yo, oficialmente, no puedo mover ficha, pero, si me tuviera informado de lo que vaya descubriendo, me resultaría más fácil prevenir cualquier movimiento peligroso de esa gente contra usted.

—De acuerdo.

—Una última pregunta. ¿Con quién ha hablado?

—Con tres albañiles que habían trabajado en la construcción del complejo escolar. Uno de ellos, un tal Saverio Piscopo, me dio una pista que podría ser clave.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Saverio Piscopo.

A ese ya le habían hecho pagar por haberse ido de la lengua: le habían puesto droga en el cochecito de su hijo. Prefirió no decirle nada a Gambardella.

—¿Y en qué consiste esa pista?

—Resulta que, en un principio, el jefe de obra fue un tal Filippo Ascioffa, al que luego despidieron y sustituyeron por otro. Por lo visto, Ascioffa se la tiene jurada a los de Albachiara. Quiero ir a hablar con él cuanto antes.

—Manténgame informado y vaya con mucho cuidado. Ah, oiga, ¿sabe qué empresa está construyendo la nueva canalización de agua del Voltano? Actualmente están trabajando en el término de Pizzutello.

—¿Donde esta mañana han encontrado a un hombre asesinado?

—Sí.

—Es la empresa Rosaspina.

—¿Qué se cuenta por ahí de ese homicidio?

—Como no se ha identificado al muerto, las suposiciones son muchas y, naturalmente, no falta la hipótesis de los cuernos, pero hoy por hoy no hay nada con fundamento.

En cuanto Gambardella se fue, Montalbano puso la mesa mientras la cena se calentaba en el horno y luego se tomó las cosas con calma y se deleitó especialmente con la pasta *'ncasciata*.

Después quitó la mesa, encendió el televisor y vio las noticias de Retelibera.

Como deliberadamente no había informado aún a nadie sobre el nombre del fallecido, a la víctima de la galería lo llamaban «el desconocido». El periodista Nicolò Zito se sorprendía de que aún no se hubiera denunciado su desaparición, ya que, y en eso llegaba a la misma conclusión que Montalbano, un hombre que a las cinco de la madrugada sale bajo la lluvia en paños menores y en bicicleta tenía que vivir forzosamente en las inmediaciones. Y concluía:

—A falta de noticias por parte de la policía, mañana por la mañana emprendemos nuestras propias pesquisas, de las que tendremos al corriente a nuestros espectadores.

Inteligente, su amigo Nicolò, no cabía duda. Y al instante se le ocurrió algo: estaba seguro de que le costaría muy poco descubrir que el muerto vivía en un chalet próximo a la obra y que estaba casado.

Si daba esa noticia, haría que el asesino se cubriera aún más las espaldas, que estuviera más alerta. Había que evitarlo. Pero ¿cómo? Lo mejor era curarse en salud y enterarse antes que nadie de cuál era la situación exacta.

Y eso quería decir que no tenía tiempo de solicitar al fiscal el permiso ordinario. Le tocaba apañárselas por su cuenta.

Sonó el teléfono. A esas horas solo podía ser Livia. No tenía ganas de levantarse y contestar. Finalmente se decidió, pero antes de coger al auricular todavía tuvo un momento de vacilación.

Descolgó.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Hacía tres días que Livia tenía fiebre, un poco de gripe.

Y antes se había encontrado mal del estómago, y antes de eso había tenido un dolor tan intenso en las piernas que no podía ni andar...

La verdad verdadera estaba más clara que el agua: desde la muerte de François, ya no era la misma, había cambiado mucho.

Parecía haber perdido todo interés, se olvidaba de las cosas, se abandonaba, no estaba pendiente de sí misma.

En aquellos momentos, con solo oír cómo le había cambiado la voz, a Montalbano se le encogía el corazón; el mundo que lo rodeaba se volvía gris y lo asaltaba una tristeza abrumadora.

—Un poquito mejor.

Una pausa, y a continuación:

—Me gustaría tenerte aquí.

—Te lo prometo. Iré en cuanto pueda.

—Me siento tan sola...

No había vuelto a tener ganas de ir a trabajar, había pedido una excedencia, no había querido ir a Marinella porque se imaginaba que sería muy duro, y se pasaba todo el día encerrada en casa.

Las palabras se le escaparon de la boca:

—Livia, te lo ruego, te lo suplico. Reacciona, hazlo por los dos. Tú lo eres todo para mí. Al oírte así me...

—Lo intentaré, Salvo. Te lo prometo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó el auricular, respiró hondo y, tras pasarse las manos por la cara, se las encontró empapadas.

Vista a la luz de los faros del automóvil, en una noche sin luna porque el cielo estaba cubierto por un manto pesado de nubes más negras que el negro nocturno, la obra parecía la escenografía ideal para una película expresionista alemana, debido al fuerte contraste entre luz y oscuridad y a las sombras deformadas y agigantadas que hacían pensar en proyecciones de figuras monstruosas e inmóviles.

O para una de aquellas otras, por lo general americanas, que relatan el día siguiente a una catástrofe nuclear, cuando los supervivientes merodean por un paisaje que la víspera conocían al dedillo y que ahora son incapaces de reconocer, que les resulta extraño.

Era como si aquella obra llevara muchos años abandonada; la grúa, los camiones, las excavadoras eran idénticos a restos esqueléticos abandonados durante siglos en un planeta muerto.

Los colores se habían desvanecido, no se veía nada que no estuviera teñido por el gris uniforme del limo. El *fangre*, como decía Catarella. Y quizá no iba desencaminado, porque el fango se había metido hasta en la sangre para convertirse en un componente más. El fango de la corrupción, de los fajos de billetes, de los reembolsos simulados, de la evasión de impuestos, de los fraudes, de las contabilidades falseadas, del dinero en B, de los paraísos fiscales, del bunga bunga...

Quizá, reflexionó Montalbano, aquello era una metáfora de la situación en la que se encontraba toda Italia.

Aceleró, con el temor repentino e irracional de que el coche, contagiado, se quedara varado en aquel dichoso rincón y se transformara en un instante en otro desecho fangoso.

Si eso hubiera sucedido, sin duda su primera reacción habría sido empezar a pegar gritos como un chiquillo asustado, y habría tardado un buen rato en recuperar el uso de la razón.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando los faros iluminaron por fin la fachada del chalet.

Claro que también iluminaron otro vehículo aparcado casi al lado de la casa.

¿Era posible que a alguien se le hubiera ocurrido lo mismo que a él? ¿Podría ser que Zito hubiera avanzado tanto en su investigación periodística personal?

Tardó un instante en darse cuenta de que no podía parar, tenía que fingir que pasaba por allí y seguir adelante.

A pesar de todo, le dio tiempo a distinguir con claridad que dentro del coche había un hombre y una mujer. Estaban los dos sentados delante y cuando los iluminó con los faros se cubrieron el rostro. Ella era rubia.

Zito quedaba descartado.

Pasó por delante del negocio ilegal de la vieja, y siguió avanzando hasta que el

camino rural desembocó en la carretera provincial que llevaba a Sicudiana. A esas horas, el tráfico era escaso. Detuvo el coche en el arcén y se quedó dentro.

Encendió un pitillo y se lo fumó sin prisa. Por suerte, acababa de estrenar el paquete, ya que, de una u otra forma, tenía que dejar pasar como mínimo una media hora.

Con aquel coche y la pareja allí, lo que tenía pensado hacer a continuación resultaba algo más peligroso de lo previsto. Y es que cabía la posibilidad, remota, sí, pero real, de que la rubia fuera Inge, la mujer alemana de Nicotra. Tal vez había vuelto a casa sin saber nada del asesinato de su marido y antes de entrar quería, por así decirlo, despedirse tranquilamente de su acompañante.

Por fin pasó la media hora, gracias a Dios. Montalbano arrancó y recorrió el mismo camino en sentido contrario.

El automóvil de la pareja había desaparecido. ¿Había sido realmente una cita romántica o quizá Inge había entrado en casa después de despedirse de su acompañante?

Bajó del coche y se quedó quieto unos instantes para ver si se acercaban las luces de otros vehículos. Con aquella noche tan negra, los faros se habrían visto a kilómetros de distancia. Nada, por suerte: oscuridad absoluta por los dos lados de la carretera.

Así pues, se acercó con cautela al chalet.

Por los postigos de la planta baja no se filtraba ninguna luz. Se dirigió a la parte de atrás. La situación le pareció la misma que por la tarde, con la diferencia de que la luz del dormitorio se distinguía mejor.

Volvió a la parte delantera y, con mucho cuidado, tratando de no hacer ruido, abrió la puerta al tercer intento, sirviéndose de las ganzúas que le había regalado un antiguo ladrón. Empujó un poco la hoja, despacito, con miedo a que rechinara, se asomó estirando el cuello y echó un vistazo al interior.

En la planta baja reinaba una oscuridad tan densa y absoluta que podía cortarse con un cuchillo.

Antes de entrar, se quitó los zapatos y los dejó fuera, al lado de la puerta.

Una vez en el interior, encendió la potente linterna que había llevado y cerró la puerta a su espalda, acompañándola con la mano.

De inmediato tuvo la clara impresión de que en la casa no había un alma. Olía a cerrado, a aire estancado y rancio.

Eso quería decir que, en consecuencia, la mujer del coche no era Inge. Tenía vía libre, pero en esos casos hacer las cosas con prudencia era una regla de oro.

El haz de luz de la linterna le mostró que se encontraba en un espacio grande dividido en una cocina americana, un comedor y una tercera zona de sala de estar. Había una puerta cerrada; lo más probable era que diera a un baño.

Se había imaginado un escenario distinto.

Sin embargo, todo parecía en perfecto orden; lo único que desentonaba era una

silla patas arriba en mitad de la habitación y otra tirada en el suelo sobre un costado.

Eran signos evidentes de que había habido un altercado, tal vez un forcejeo.

Entonces se fijó en las huellas de barro que habían dejado un par de zapatos y otro de botas, y que iban directamente desde la puerta hasta los pies de la escalera de madera que llevaba al piso superior.

Así pues, los asaltantes habían sido dos.

Se dirigió poco a poco hacia el primer peldaño y empezó a subir tratando de no hacer el más mínimo ruido.

La escalera iba a morir a un pasillo con tres puertas a cada lado.

La habitación con la que uno se topaba nada más subir era un dormitorio.

Había una luz encendida, la que habían visto desde fuera.

Entró.

Las sábanas y la colcha de la cama de matrimonio habían resbalado por un lado y tocaban el suelo.

Una almohada manchada de sangre también estaba tirada a un lado.

A Montalbano le quedó claro al instante que allí solo había dormido una persona.

¿Cómo se explicaba aquella sangre? ¿De quién era?

La cabeza del hombre asesinado, como había comprobado con sus propios ojos, no presentaba heridas.

Continuó con el registro. Al lado había un baño y después, una especie de estudio. Pasó a las tres habitaciones que daban a la parte delantera del chalet. Frente al estudio había un trastero, luego otro baño idéntico al primero y, por último, un dormitorio de matrimonio.

Y también en ese caso la cama estaba revuelta. Estaba claro que allí habían dormido dos personas.

Montalbano se sorprendió.

Eso significaba que Nicotra y su mujer habían tenido un invitado.

Pero ¿un invitado o una invitada?

Entonces tuvo una idea y abrió el armario. Había ropa de hombre y de mujer, esta última bastante llamativa. Aquella debía de ser la habitación de los dueños de la casa. Lo confirmó al echar un vistazo en el baño contiguo. Había perfumes, cremas, lápices de labios...

A continuación, volvió al primer dormitorio y abrió el armario. Tres trajes de hombre, en gris y azul, dos jerséis de lana... Todas prendas propias de un señor de cierta edad. Y luego camisas, calzoncillos, calcetines...

Sacó los trajes uno por uno y rebuscó escrupulosamente en los bolsillos. Ningún papel, ningún documento.

Cerró el armario y fue a echar un vistazo al otro baño. Cuchillas, brocha, jabón de afeitar...

Se le había olvidado revisar el cajón de la mesita de noche. Volvió a la habitación, lo abrió y lo primero que vio fue un gran revólver cargado y, al lado, una caja de

munición. No había nada más. Sin embargo, encima de la mesita, junto a un vaso de agua, se hallaba el frasquito de un medicamento de esos que llevan un cuentagotas. Era un tratamiento para el corazón.

Por lo tanto, no era un invitado de paso, tenía que ser un huésped fijo.

Y no podía ser un pariente, porque en ese caso la anciana lo habría mencionado.

De hecho, la vieja no debía ni saber de su existencia, aunque era cierto que se había sorprendido de que hicieran una compra tan abundante, siendo solo dos.

Entonces ¿de quién se trataba? ¿Y qué hacía en aquella casa? ¿Se lo habían llevado con Inge porque podía ser un testigo peligroso?

En cualquier caso, ahora la situación se había agravado, al menos en cierto sentido: una persona asesinada y dos secuestradas.

No había nada más que hacer en aquella casa. Bajó, apagó la linterna y abrió la puerta. Sin embargo, para ver dónde estaban los zapatos tuvo que volver a encenderla un momento.

Y fue entonces cuando observó un resplandor metálico. Tanteó el suelo hasta encontrarlo. Era un casquillo de bala. Sin duda alguna, había salido de la pistola con la que habían disparado a Nicotra.

Y eso, en parte, confirmaba su reconstrucción.

Lo dejó donde estaba, se calzó, cerró la puerta, se dirigió al coche y se marchó de allí.

De camino a Marinella les dio vueltas a unas cuantas cosas que no cuadraban.

La primera era la historia que les había contado la vieja, es decir, que Inge recibía visitas porque a veces llegaban coches que se detenían delante del chalet y se marchaban al cabo de unas horas.

¿Era posible que Inge se tirase a sus amantes ocasionales sin esconderse, y que la trajera al fresco tener en casa al huésped anciano? En ese caso, el susodicho tendría que haber sido su cómplice y no haber revelado nada al marido cornudo... No, eso era impensable.

Por tanto, era lícito hacer una suposición más razonable. Aquellos hombres que acudían al chalet no iban a ver a Inge, sino a la persona que ella hospedaba. Y a ella le iba de perlas que la tacharan de putón, puesto que así nadie sospecharía que tenía a alguien escondido en casa.

Lo segundo que no cuadraba era precisamente aquel huésped anciano. ¿Por qué vivía en el chalet? ¿Qué relación tenía con el dueño de la casa? ¿Por qué acudía gente a verlo?

Y, sobre todo, ¿por qué por la noche, cuando se iba a la cama, dejaba una pistola al alcance de la mano?

No supo dar respuesta ni a una sola de aquellas preguntas.

Aunque eso, cuando se acostó, no le impidió dormir a pierna suelta.

A la mañana siguiente, antes de presentarse delante del fiscal Jacono, se dirigió a la jefatura para hablar con Angelo Micheletto, el nuevo jefe de Narcóticos, que era un gran amigo suyo y con el que a menudo, entre broma y broma, intercambiaba favores.

—'Ngilì, tengo que confiarte un asunto delicado como si fueras mi hermano — empezó Montalbano, con cara de circunstancias.

—Yo siempre soy delicadísimo, hermano mío. Desahógate —lo animó Micheletto, poniendo la misma cara.

—Ayer mi subcomisario, Augello, a raíz de una llamada anónima de la que yo no sabía nada, detuvo por posesión de estupefacientes a un pobre hombre, un tal Saverio Piscopo, que...

—No malgastes saliva, estoy al tanto de todo. A ver, ¿qué quiere mi hermano de mí?

—Tienes que saber que Piscopo no es un camello: se la han jugado por venganza.

—¿Y tú cómo te has enterado?

—Porque Piscopo es uno de mis confidentes —respondió el comisario, con el gesto más sincero del que fue capaz.

—Ah. ¿Y tu subcomisario no sabía nada?

—No.

—A Piscopo lo he interrogado yo mismo. ¿Por qué crees que no me ha revelado que era confidente tuyo?

—No me lo explico.

—Pues entonces ya te lo explico yo. Porque de confidente tuyo no tiene un pelo: esa historia te la has inventado para salvarle el pellejo.

Llegados a ese punto, la única solución era poner todas las cartas sobre la mesa.

—Es verdad.

—¡Ay, ay, ay! ¡Los hermanos no se cuentan embustes! En fin, si te sirve de consuelo, a mí también me ha quedado claro que Piscopo no tenía nada que ver con la droga. Le hemos dado la vuelta a su vida como a un calcetín. Se ha dedicado siempre a la albañilería y punto. Está limpio.

—Entonces ¿vais a soltarlo?

—Esta misma mañana. Y te lo pido por favor: otra vez no me vengas con gilipolleces.

Se lo contó todo al fiscal Jacono, a excepción, por supuesto, de la visita nocturna.

—En consecuencia, ¿le parece indispensable entrar en el chalet?

—No veo otra forma de hacer avanzar la investigación. Si a usted se le ocurre otra idea...

A Jacono no se le ocurría ninguna otra idea.

—¿Cuándo piensa ir?

—Después de comer.

—Si encuentra el cadáver de la mujer, avísame de inmediato —pidió el fiscal, mientras firmaba la autorización.

Lo había hecho esperar dos horas en la antesala, pero para compensar no había perdido el tiempo en el momento de tomar una decisión.

En cuanto llegó a la comisaría, pidió a Catarella que mandara a Fazio y a Augello a su despacho.

—¿Puedes salir un momento? —le pidió al inspector jefe, en cuanto ambos se sentaron ante él—. Tengo que hablar a solas con el *dottor* Augello.

Fazio se levantó y se marchó. Augello lo miró intrigado.

—Mimì, me veo obligado a retirar la felicitación que me arrancaste por la brillantez de la detención de Saverio Piscopo. No tiene absolutamente nada que ver con el tráfico de drogas.

—Pero si en el cochecito encontré...

—Lo sé, pero se la habían puesto allí intencionadamente, y luego te llamaron para que fueras a detenerlo.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—El jefe de Narcóticos, ¿te parece eso suficiente? O sea, que antes de creerte una llamada anónima, piénsatelo cuatro veces.

Enfadadísimo, Augello se levantó y salió sin decir palabra. Un instante después, entró Fazio.

—Ya tengo la autorización de Jacono. Avisa a los de la Científica para que estén allí a las cuatro. La puerta tienen que abrirla ellos. Si dentro está el cadáver de Inge, avisamos al fiscal y a Pasquano. ¿Y tú qué me cuentas?

—¿Puedo leer un papelito con mis notas?

—Con la condición de que no empieces por los tatarabuelos de Nicotra, que te conozco.

—Muy bien. Gerlando Nicotra nació hace treinta y cuatro años en Vigàta y tenía el título de contable. Lo cierto es que era hijo de contable.

—¿Los padres están vivos?

—Él, sí, y tengo la dirección y el teléfono. Pero la madre, no.

—Sigue.

—Casado desde hace cinco años con Inge Schneider, de veintinueve y nacida en Bonn. Dónde vivían ya lo sabemos. Parece ser que él era un muchacho serio, trabajador, sin vicios, nada de mujeres. Sin antecedentes penales. Se había comprado un coche nuevo hace poco, un Volvo. Tengo la matrícula, que siempre puede venirnos bien. Desde hacía año y medio, trabajaba de contable único en la empresa Rosaspina.

—¿Qué significa eso de «contable único»?

—Que se encargaba de los pagos y de los sueldos, que llevaba los desembolsos

para comprar el material y hacía también los balances.

—Un cargo de responsabilidad.

—Pues sí. Prácticamente estaba al tanto de todos los céntimos que entraban o salían.

—A ver, un momento, Fazio: ¿Rosaspina no es la empresa que está construyendo la canalización de agua?

—La misma. Pero él no tenía que ir a la obra; trabajaba en las oficinas.

—Es posible que por eso no lo reconocieran los dos obreros.

—Es posible.

—Y antes de trabajar en Rosaspina, ¿a qué se dedicaba?

—Siempre ha sido contable. Pero antes en otra empresa que se llama Primavera.

¡Qué nombres tan poéticos tenían esas empresas! Aunque luego, para conseguir una contrata pública, eran capaces de lo más ruin.

—Lo cual es bastante raro —continuó Fazio.

—¿Por qué?

—Como ya sabemos, antes de que Rosaspina se encargara de la obra, en la canalización trabajaba una empresa a la que investigaron por un chanchullo; hubo detenciones y condenas, y perdieron la contrata. Esa empresa era precisamente Primavera.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Pues que el único trabajador de Primavera que pasó a Rosaspina fue Nicotra.

—¿Seguro que no se quedaron a nadie más?

—Segurísimo.

—¿Ni siquiera a los obreros?

—Ni siquiera.

—A lo mejor era un buen contable.

—Contables buenos los hay a puñados.

—Entonces solo cabe una explicación: puede que estuviera muy bien recomendado.

—Es posible. De hecho, dicen que para coger a Nicotra los de Rosaspina tuvieron que despedir al contable que habían contratado hacía nada.

—¿Y te han dicho el nombre de quien lo recomendó?

—Corre la voz de que quien lo quería era un miembro del consejo de administración, el abogado Nino Barbera.

—¿Se sabe por qué motivo?

—Por el simple motivo de que, por lo que cuentan, se acostaba con la mujer de Nicotra.

—Vamos, la historia de siempre.

—Eso parece.

—¿Tú no estás convencido?

—No, jefe.

—Dime por qué.

—Porque conozco al abogado Barbera. Puede que fuera amante de Inge, pero sé que en el consejo de administración es el último mono. El motivo tiene que ser otro, pero no se me ocurre cuál.

—Quizá a Barbera el nombre de Nicotra se lo había dado alguien a quien el consejo de administración no podía decirle que no. Pero no dejamos de movernos en el terreno de la suposición. Y, para pasar de las suposiciones a alguna certeza, ya sabes qué tienes que hacer.

—Sí, jefe. Lo sé.

Montalbano empezaba a irritarse.

—Ya que lo sabes, dímelo.

—Enterarme de los nombres de los miembros del consejo de administración.

—Muy bien. Pues levanta, infórmate y cuéntamelo.

—Ya está hecho —dijo Fazio, y sacó del bolsillo una hojita.

Montalbano echaba humo. Cuando Fazio se ponía así, perdía el control. Para desfogarse, con la mano derecha, que no tenía a la vista, se dio un pellizco dolorosísimo en el muslo.

—¿Puedo leerlos?

—Léelos, léelos.

—Michele la Rosa, ingeniero, presidente del consejo; Giovanni Filipepi, médico; Nicolò Transatta, terrateniente; Mario Insigna, comerciante, y Nino Barbera, abogado.

—No conozco a ninguno. ¿Y tú?

—Yo a dos. Al abogado Barbera y al doctor Filipepi, que, como se sabe, es el médico de la familia Cuffaro.

¡Aparecía en escena la mafia, cómo no! En las historias de contratas, siempre andaba metida hasta el cuello.

—¿Solo tiene a los Cuffaro de pacientes?

—No, *dottore*. Es un buen médico, le sobran los pacientes, delante de su consulta se forma cola.

—Entonces, que atienda a una familia de mafiosos puede no querer decir nada.

—O quizá muchas cosas —quiso precisar Fazio, con un tono bastante meditativo.

—Si tienes dudas, no te queda otra que ponerte en marcha —replicó Montalbano.

—Es lo que quiero hacer.

—Sea como sea —dijo el comisario—, mientras estamos aquí hablando, está pasando algo que no me cuadra.

Fazio lo miró intrigado.

—¿Ahora? ¿Mientras estamos hablando? —preguntó.

—Ahora mismísimo.

—¿Y de qué se trata?

—Antes contéstame a unas preguntas.

—Dispere.

—Rosaspina, como todas las empresas del mundo, tendrá un director, ¿no?

—Sí, señor. Está en la vía...

—Olvídate de la dirección, no me interesa, al menos por ahora. ¿Cómo se llama ese director?

—Espere, que lo consulto.

Sacó del bolsillo el papelito, le echó un vistazo y luego dijo:

—Pasquale Ranno. Es aparejador.

—¿Y ahora qué hora es?

Fazio, completamente desconcertado, respondió después de mirar el reloj:

—Las doce y doce.

—Perfecto. Por encontrarse muerto de un disparo, ayer al contable único Gerlando Nicotra le resultó imposible acudir al trabajo por causa de fuerza mayor, y tampoco pudo justificar su ausencia. ¿Estamos?

—Estamos.

—Dado que hoy sigue estando muerto, también esta mañana se ha visto obligado a no ir a trabajar. En consecuencia, es lógico pensar que ayer el director Ranno se preocuparía de llamar a su casa, aunque sin obtener respuesta, y esta mañana sin duda habrá hecho lo mismo. ¿Tiene lógica?

—Sí, jefe.

—Entonces, me pregunto lo siguiente: ¿cómo es posible que, cuando ya han dado las doce, aún no se haya puesto en contacto con nosotros con una simple llamada telefónica, para denunciar la desaparición de su contable?

—Tiene razón —reconoció Fazio—, aunque puede que haya una explicación a eso. Quizá han puesto la denuncia a los carabinieri.

—¿Puedes informarte?

Fazio salió y volvió al cabo de cinco minutos.

—A los carabinieri tampoco les han presentado ninguna denuncia.

—Esto me huele mal. Es como si hubieran sabido al momento quién era el asesinado. Y, si las cosas son así, han cometido un error como una catedral. Un error de omisión. Tendrían que haberse mostrado como mínimo desorientados.

—¿Es posible que los obreros que descubrieron el cadáver lo reconocieran, aunque nos dijeran que no?

—El cadáver estaba boca abajo y cubierto de barro. No, si se han enterado, ha sido por otra vía.

En la puerta apareció Catarella.

—*Dottori*, perdóneme la molestia de *prisentarme* en persona, pero es que el *tilífono* en el momento *momintanio* no funciona. Quería decirle que *in situ* parece que estaría el contable Nicotra.

Pero ¿no estaba muerto? Montalbano y Fazio se miraron atónitos.

—¿Seguro que se llama así?

—La mano en el fuego, *dottori*.

Fazio se pegó un manotazo en la frente.

—¡Debe de ser el padre! —exclamó.

—Hazlo pasar —ordenó el comisario, y entonces, volviéndose hacia su inspector jefe, añadió—: ¿Qué te decía de la omisión de los de Rosaspina? ¿Te apuestas algo a que el padre viene porque no ha tenido noticias de su hijo?

—No me hace gracia perder.

—Soy Ignazio Nicotra —dijo al entrar, en italiano y no en siciliano, un señor de unos sesenta años, flaco, de nariz aguileña, con una mata de pelo cano, bien vestido y con gafas gruesas.

Tenía gesto de preocupación y parecía muy incómodo, cosa que se veía por el ligero temblor de las manos y las continuas subidas y bajadas de la nuez.

—Póngase cómodo y cuéntenos.

—Es posible que sea demasiado aprensivo por naturaleza, puede incluso que haber venido solo sirva para hacerles perder el tiempo, pero es que estoy preocupado por mi hijo Gerlando.

—¿Y eso?

—Es que, como no vive conmigo, que soy viudo, ha cogido la costumbre de llamarme dos veces al día; por la mañana temprano, antes de irse a trabajar, y por la noche cuando vuelve a casa. Ayer no me llamó, y esta mañana tampoco.

—¿Y usted lo ha buscado?

—Naturalmente. Pero en su casa no contesta nadie, ni él ni su mujer. Y tiene el móvil apagado.

—¿Ha intentado dar con él en el trabajo?

—Por supuesto. He hablado con su jefe, el señor Ranno, y me ha dicho que ellos tampoco se explican la ausencia de Gerlando. Además, él siempre se apresura a avisarlos si se retrasa o si algún día no puede ir.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hijo?

—Hace seis meses.

—Pero ¿usted vive en Vigàta?

—Sí.

—¿Y cómo ha pasado tanto tiempo sin...?

'Gnazio Nicotra se revolvió en la silla. Se encogió de hombros y negó varias veces con la cabeza.

—Yo iba todos los domingos a comer con ellos. Luego, hace unos seis meses, Gerlando me dijo que sería mejor que no fuera por allí, al menos durante un tiempo. Había discutido con Inge, su mujer. Por lo visto, ella los domingos quería salir a comer fuera, y mi presencia...

Se interrumpió. Montalbano tomó nota mental de que el huésped desconocido llevaba seis meses en el chalet; esa era la verdadera explicación del alejamiento del padre.

—Hay que reflexionar un momento sobre los pasos que conviene seguir —dijo Montalbano, que mientras tanto se devanaba los sesos tratando de encontrar la manera de darle la mala noticia.

Sin embargo, fue el propio Nicotra quien le indicó el camino, ya que, en cuanto se aclaró la voz, añadió:

—Ayer precisamente me enteré de que en la obra de Rosaspina, que es la empresa donde trabaja mi hijo, habían encontrado a un hombre asesinado al que aún no han identificado. Se me ocurrió una idea espantosa y no he pegado ojo en toda la noche. ¿Podría ver el cadáver?

—Sí —contestó Montalbano de inmediato—, pero antes...

Se interrumpió y miró a Fazio, que asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Discúlpeme —dijo, dirigiéndose a Nicotra.

Se puso en pie, salió como un rayo del despacho, se fue al aparcamiento y encendió un pitillo.

Ya se encargaría Fazio de prepararlo poco a poco, a él le habría faltado valor.

Al cabo de unos veinte minutos, lo vio salir con el pobre hombre apoyándose en él porque no se aguantaba de pie. Lo sentó en su coche y se acercó al comisario.

—Lo llevo a Montelusa para la identificación oficial. Nos vemos aquí a las tres.

Muy de vez en cuando, se le quitaban las ganas de comer.

Se imaginaba la escena, el viejo contable delante de los restos de su hijo bajo la sórdida luz del depósito de cadáveres, y se le cerraba el estómago como un puño.

Había leído que, en Francia, habían encargado a un gran artista de los Abruzos que convirtiera el depósito en un lugar menos triste y sombrío. ¡Qué grandísima idea!

Decidió irse a Marinella. Nada más llegar, se bebió despacito medio vaso de *whisky* y luego bajó a la playa.

En la orilla del mar, la marejada de los días anteriores había dejado una franja larga y ancha de basura. Bolsas y botellas de plástico, envases de distintos tipos, zapatos destrozados, neumáticos, latas, bidones, y todo cubierto por una especie de espuma grisácea que no solo recordaba al barro, sino que además olía muy mal.

Apestaba a descomposición, a podrido, a muerto...

En otros tiempos —pero ¿cuándo?, ¿hacía mil años?—, la marejada dejaba en la orilla algas, estrellas de mar, conchas... ¡Y qué bien olían! Eran un auténtico destilado de aire de mar.

Había habido una época en que Livia recogía conchas en la playa.

Una vez incluso se habían peleado.

—¿Sabes?, hay algo raro, Salvo. Las que yo encuentro en Boccadasse son más bonitas.

—Normal.

—Ya que es tan normal, ¿me cuentas por qué?

—Porque las de Boccadasse son falsas, de plástico.

—Pero ¿qué dices?

—Lo sé de buena tinta: la asociación de promoción turística las tira en la playa para que la gente las encuentre.

Livia, que no había entendido la broma, se había enfadado...

¡Livia, santo cielo!

Lo asaltó un arrebato de emoción tan imprevisto como incontenible que lo obligó a entrar en casa a la carrera, descolgar el teléfono y marcar su número.

Lo oyó sonar un buen rato. Al no esperar una llamada a esa hora, Livia habría desconectado el aparato. Quizá para echarse la siesta. Mejor.

Se duchó, se preparó un buen tazón de café, dio varias vueltas por la casa y luego volvió a la comisaría.

Fazio ya estaba allí y le contó que, después del trágico reconocimiento, había llevado a Nicotra a su casa, más muerto que vivo, y lo había dejado con sus vecinos, de modo que, entre una cosa y otra, no había tenido tiempo ni de almorzar.

Decidieron ir al chalet en un coche patrulla conducido por Gallo y se marcharon.

Por el camino, Fazio preguntó:

—¿Qué le parece la respuesta del tal Ranno al padre de Gerlando?

—¿Lo de que ellos tampoco se explicaban su ausencia?

—Eso mismo.

—Es una respuesta que, involuntariamente, acentúa las dudas que tengo con respecto a su comportamiento. A ver: ¿no se lo explican y no hacen nada para explicárselo? Eso solo puede significar una cosa: que se han planteado una hipótesis que lo explica, pero han preferido quedarse quietecitos, a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Estoy de acuerdo. ¿Y sobre el hecho de que, desde hacía seis meses, Gerlando no quisiera que su padre pusiera un pie en su casa?

Sobre eso Montalbano tenía una explicación, y además muy clara, pero no podía dársela a Fazio.

—No sé qué contestarte, puede que la historia de que le caía gordo a Inge sea cierta.

A pesar de que no llovía, y de que incluso había salido un poco el sol, un sol tenue y totalmente provisional, en la obra no había nadie trabajando. Por lo visto, Jacono mantenía aún el precinto.

Se detuvieron delante del chalet cuando aún no eran ni las tres y media; Gallo había metido la directa. La Científica aún no había llegado. Bajaron del coche.

Con aire indiferente, Montalbano se acercó a la puerta de la casa. Quería comprobar si el casquillo seguía en su sitio. Allí estaba. Prefería estar seguro.

—¡Fazio!

—Dígame, *dottore*.

—Ven aquí a mi lado y mira lo que señala mi dedo índice. ¿Lo ves? ¿Es lo que creo yo?

—Sí, señor. Es un casquillo.

—Pues tenemos que estar atentos para que los de la Científica no lo pisen ni lo aplasten.

Fazio cogió cuatro piedras grandes y con ellas rodeó el casquillo para protegerlo.

La Científica llegó al cabo de diez minutos. Por suerte, no había acudido su jefe, solo el subjefe, Jannaccone, un hombre inteligente por el que Montalbano sentía simpatía.

Fazio le señaló el casquillo, lo fotografiaron y luego lo metieron en una bolsita de plástico.

—¿Abrimos? —sugirió Jannaccone, en italiano.

—Adelante —dijo el comisario.

Mientras un agente se ocupaba de la puerta, Jannaccone preguntó:

—¿Qué espera encontrar dentro?

—Aquí vive el hombre que han encontrado asesinado de un disparo dentro de la galería. Espero equivocarme, pero me temo que vamos a descubrir el cadáver de una mujer, su esposa.

Soltó ese embuste de campeonato como un actor de primera, con tono serio y gesto sombrío.

—¿No tenían hijos?

—No. Vivían aquí los dos solos.

Y eso lo dijo adrede; quería que la presencia de una tercera persona fuera también una sorpresa para Jannaccone, que eso despertara su curiosidad y su atención.

—Bueno, vamos a entrar nosotros primero. Luego los aviso.

—Ya está —dijo el agente, tras abrir la puerta.

Al cabo de unos diez minutos, cuando Montalbano iba ya por el tercer pitillo, el subjefe de la Científica salió de la casa.

—No hay ningún cadáver.

—Menos mal —respondió el comisario, soltando un suspiro fingido de alivio.

—Pero aquí no vivían dos personas, como me ha dicho usted, comisario. Además del matrimonio, otra persona ocupaba una de las habitaciones.

Montalbano miró a Fazio poniendo una falsa cara de asombro magistral. La del inspector jefe, en cambio, era auténtica.

—¿Otra persona?!

—Pues sí.

—Mire, Jannaccone, es imprescindible que me...

—No puedo dejarlo pasar, lo siento. En el suelo hay huellas de barro que...

—Se lo ruego.

Las palabras eran de súplica, pero el tono era el de una orden que no admitía una negativa. Jannaccone lo entendió. Negó con la cabeza y luego se encogió de hombros, resignado.

—Está bien. Síganme en fila india y no toquen nada bajo ningún concepto.

Entraron. Habían encendido las luces. Fazio miraba en todas direcciones con atención, como para fotografiarlo todo.

—Aquí ha habido una pelea —susurró a la espalda de Montalbano, al ver las dos sillas por el suelo.

—Sí.

El comisario llevaba la escena grabada en la cabeza.

Jannaccone los hizo subir al primer piso y los llevó a la habitación que había delante de la escalera.

—Este es el dormitorio de la otra persona. El matrimonio ocupaba ese otro de ahí delante.

—Pero ¡si esa almohada está manchada de sangre! Sin duda debieron de pegarle —exclamó Montalbano, fingiendo sorpresa.

—Probablemente le golpearon en la cara para obligarlo a levantarse y a vestirse —señaló Jannaccone.

—¿Podría abrirme el armario? —pidió el comisario.

Jannaccone lo abrió.

—Era un hombre, a juzgar por el color y el corte de la ropa, y de cierta edad. Puede cerrar, gracias.

Cuando volvieron a salir al pasillo, Fazio probó suerte:

—¿Podríamos ver el otro dormitorio?

—Por favor, siempre en fila india.

En cuanto entraron en la habitación, Fazio hizo una observación más para sí mismo que para los demás:

—¿Por qué se han llevado la ropa?

—¿Qué ropa? —preguntó Jannaccone, sin entender a qué se refería.

La explicación se la dio el comisario:

—Está claro que tanto a la mujer como al tercer ocupante de la casa, antes de secuestrarlos, los obligaron a vestirse. Pero tampoco está la ropa de la víctima, que tuvo tiempo de huir en bicicleta y al que encontraron en camiseta y calzoncillos. Aquí solo están los zapatos.

—Un momento —dijo Jannaccone.

Salió y volvió casi al instante.

—En el baño no hay nada.

—Entonces queda claro que se la llevaron los atacantes —concluyó Montalbano. Soltó un suspiro profundo y continuó—: A ver, Jannaccone, creo que es importantísimo identificar a la persona que dormía en el otro cuarto.

—Mire, comisario, tenemos la sangre de la almohada y seguro que encontraremos una gran cantidad de huellas dactilares. Será un trabajo largo, pero lo conseguiremos.

—¿Cómo de largo?

—Calculo que con el día de hoy no bastará... Habrá que seguir mañana. Por suerte no hay ningún cadáver, así que podemos trabajar con total tranquilidad.

—En ese caso, me parece que no sirve de nada que nosotros nos quedemos.

—Estoy de acuerdo.

Durante el viaje de regreso, ni Montalbano ni Fazio abrieron la boca.

Cada uno reflexionaba a su manera sobre lo que había visto en el chalet.

En cuanto llegaron a la comisaría, Fazio preguntó:

—Según usía, ¿quién era ese señor mayor que vivía con Nicotra?

—No lo sé y no quiero hacer hipótesis en vano. Vamos a esperar las respuestas de la Científica. Solo puedo decirte una cosa a ciencia cierta, y es el tiempo que llevaba allí. Seis meses.

—¿Cómo lo sabe?

—Nos lo ha dicho indirectamente el padre de Gerlando al contarnos que hace seis meses que no le dejaban poner un pie en el chalet.

—Es verdad... Y está claro que a ese huésped lo tenían bien escondido, porque ni la vieja de la casa de al lado ni el padre lo han mencionado. ¿Y lo de la ropa de Gerlando?

—Debieron de cogerla para no perder el tiempo buscando el móvil, la cartera, los papeles que llevara en los bolsillos... No sabían si lo habían herido o no, era posible que de algún modo consiguiera dar la voz de alarma...

—Yo ahora me estoy preguntando si lo estamos mirando todo desde el lado que toca —dijo Fazio.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez el objetivo de los que entraron en la casa no era Gerlando, sino el huésped.

—De una sola cosa empiezo a estar seguro: si Gerlando no hubiera huido, no

habría habido ningún muerto, solo tres secuestrados. Y si todo hubiera salido bien, quizá habría durado uno o dos días y nadie se habría enterado de nada.

—Pero ni Gerlando ni su mujer eran ricos, no podrían haber pagado un rescate.

—Ellos no, pero ¿qué sabemos de ese señor? Además, ¿quién dice que como rescate haya que pagar siempre dinero?

Hubo una pausa.

—¿En qué piensas? —preguntó Montalbano.

—Me estoy devanando los sesos para ver si consigo entender qué hacía ese hombre en casa de los Nicotra. En un primer momento, incluso he pensado que lo tenían prisionero...

—¡Qué va! Si en su habitación no había ni cuerdas, ni mordazas...

—Exacto. Me da la impresión de que lo trataban como a una especie de pensionista. ¿Usía se ha hecho alguna idea al respecto?

—Para mí que se lo habían confiado a los Nicotra. Alguien les había encargado que lo atendieran.

—¿Cree que podría ser un fugitivo?

—Es posible. Sin embargo, no me parece el sitio más adecuado para esconder a alguien así. La vieja, por poner un ejemplo, nos comentó que al chalet llegaban coches con frecuencia. A un fugitivo no vas a verlo en pleno día y a cara descubierta.

—Quizá los que iban a verlo eran parientes, amigos...

—Eso también es posible. Pero nos queda una pregunta: si no era un fugitivo, ¿por qué se escondía? ¿Qué motivos tenía? La cosa debía de ser muy seria, porque, cuando supieron dónde estaba, los asaltantes irrumpieron en la casa para secuestrarlo y no vacilaron en disparar a matar.

—O sea, que ese hombre debe de ser un pez gordo —concluyó Fazio.

Montalbano lo miró pensativo.

—Puede que hayas dado en el clavo —reconoció.

6

El comisario dedicó la última media hora de la jornada laboral a firmar los papeles que, según le habían dicho, eran más urgentes. En una ocasión, había querido hacer un experimento. Había cogido una hoja con un sello que decía «Urgentísimo contestar de inmediato» y la había guardado en un cajón. Habían pasado meses y más meses, y nadie se había dado cuenta de que no había contestado. Convencido como estaba de que se trataba de un ritual burocrático de lo más inútil, había empezado a estampar su firma donde tocaba sin leerse ni una sola línea de lo que había escrito. Y eso le funcionaba a las mil maravillas, porque nunca le había llegado comentario alguno de la Administración.

Al rato, decidió que ya había trabajado bastante y que se había ganado el sueldo.

Se levantó, salió de su despacho y, al pasar por delante del cubículo de Catarella, lo vio enfrascado en un crucigrama. Tenía el ceño fruncido y mordisqueaba el lápiz.

—¿Puedo echarle una mano?

—Sí, señor *dottori*. No me viene la palabra.

—¿Qué dice la definición?

—«Junto al Cuerpo de Carabineros, da caza a los ladrones y a los asesinos y mantiene el orden público».

—¿De cuántas casillas es?

—Siete.

—Policía.

—¿Está seguro? Lo había pensado, pero luego lo he *discartado*.

—¿Por qué?

—¿Cuándo hemos dado caza nosotros a nadie junto a los carabineros?

No le faltaba razón.

—Eso es que me he equivocado. Hasta luego.

Cogió el coche y se fue a Marinella.

En cuanto arrancó, lo asaltó de golpe y porrazo, con la misma furia que un perro rabioso, una gran hambre atrasada. No había sido capaz de almorzar y ahora el cuerpo le pedía con insistencia reponerse sin perder tiempo.

Sin embargo, a veinte metros del desvío que llevaba a su casa, tuvo que parar porque tenía delante un atasco interminable.

¿Qué habría sucedido? A esa hora había tráfico, sí, pero una retención de esa magnitud no era normal. Seguro que había habido un accidente provocado por algún borracho o por alguien que iba drogado, como sucedía cada vez con mayor frecuencia.

La parada imprevista llevó el ataque de hambre hasta niveles de ofuscación.

En poco rato, había agotado el repertorio completo de blasfemias que conocía.

Y, para colmo, en un momento dado se dio cuenta de que no le quedaba tabaco.

Aquello era ya demasiado, así que, mordiéndose la punta de la lengua, decidió iniciar la peligrosa maniobra de salir de su carril y circular en contradirección.

En ese preciso instante, oyó una sirena que se acercaba. Era un coche de los carabineros. Volvió a la fila y lo dejó pasar. Luego recorrió los veinte metros en un abrir y cerrar de ojos y tomó el desvío.

Abrió la puerta de su casa y corrió hasta la cocina salivando.

Adelina le había preparado una doble ración de *sartù* de arroz y, ¡por fin!, una generosa fritura de calamares y gambas, plato que, tras la larga abstinencia, decidió disfrutar sin prisa, dejando escapar de vez en cuando una especie de lamento placentero.

Después de recoger la mesa fue al baño y se lavó la cara varias veces con agua fría. Era como un ritual de preparación para la llamada a Livia. Así se quedaba más relajado y, por lo tanto, más preparado para recibir el puñetazo en el corazón que suponía oír su voz tan triste y lejana.

La llamó.

Se habían acabado hacía tiempo las largas conversaciones nocturnas que con frecuencia concluían con una riña; Livia se acostaba temprano, agotada por haber tenido que aguantar un día más.

De repente, Montalbano se dio cuenta de que tenía otra voz, mucho más animada, y se alegró.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poquito. Hoy ha hecho buen día y he aprovechado para salir y hacer las compras indispensables.

—Es que tendrías que salir todos los días para que te diera el aire; moverte, pasear...

¿Lo había oído mal o Livia había soltado una risita? ¡Ojalá fuera cierto!

—Creo que a partir de hoy me voy a ver obligada a hacerlo.

Montalbano se quedó atónito.

—¿Quién va a obligarte?

—Adivina.

—No se me ocurre.

—Un ser pequeñito que en este momento duerme encima de mis rodillas.

El comisario lo entendió al instante.

—¿Has recogido un perro?

—No he tenido más remedio. Es un cachorro callejero diminuto que ha empezado a seguirme y ya no me ha dejado. Me ha conmovido y me lo he quedado.

—Has hecho muy bien. Ya verás cuánta compañía te hará. Tendrías que llevarlo al veterinario.

—Voy a hacerlo por la mañana.

¡Muy bien! Así, entre una cosa y otra, y teniendo que sacar a pasear al perrito, empezaría a salir a diario.

—¿Cómo lo vas a llamar?

—Aún no lo he decidido.

Siguieron hablando un rato más y luego se dieron las buenas noches y se mandaron un beso desde la distancia.

Mentalmente, Montalbano encendió una vela enorme y la puso a los pies de la estatua de un santo desconocido, aunque sin duda alguna existía, que protegía a los animales.

Luego se sentó delante del televisor para ver las noticias de las diez. Puso Televigàta; sentía curiosidad por descubrir cómo interpretaban el homicidio de Nicotra.

Con frecuencia, y de buena gana, ese canal se prestaba a servir de portavoz no oficial a la mafia. Era bien sabido que, entre sus accionistas, había testafierros tanto de los Cuffaro como de los Sinagra.

Salió Ragonese, su periodista estrella, que siempre encontraba una forma de atacar al comisario, de hablar mal de él por una cosa u otra, de desacreditarlo entre los habitantes de Vigàta:

«... ha sido identificado, a última hora de la mañana, por su padre. Hemos conseguido ponernos en contacto con el *dottor* Domenico Augello, de la comisaría de Vigàta, que nos ha dicho que no estaba autorizado a hacer declaraciones. El estilo Montalbano, basado principalmente en una altivez injustificada y un desprecio total por la información, impera en nuestra comisaría. Entre las distintas hipótesis que circulan sobre el móvil del homicidio, una nos parece la más convincente y, por nuestro deber de informadores, la ponemos en conocimiento de nuestros espectadores. Según se cuenta, la bella y joven señora Inge, esposa del pobre contable Gerlando Nicotra, era, digámoslo así, propensa a las aventuras extramatrimoniales. La noche fatídica, el señor Nicotra, que solía tomar unos somníferos que le provocaban un sueño profundo, se habría despertado inesperadamente y se habría percatado de que su mujer no estaba a su lado en la cama. Habría esperado un poco, pero, al ver que no regresaba y tras oír un cuchicheo procedente del piso de abajo, se habría asomado con cautela a lo alto de la escalera. Y así es como habría descubierto a su mujer en brazos de otro hombre. En ese punto, probablemente cogió una pistola para bajar y amenazarlos a los dos. El amante de la señora, en absoluto atemorizado, habría logrado, tras una breve refriega, desarmar a Nicotra, el cual, temiendo por su vida, habría intentado darse a la fuga con la bicicleta de su mujer. Entonces el amante le habría disparado, y de inmediato habría huido acompañado de la señora Inge. Esta reconstrucción, lo repetimos, es la que más nos convence. Por otro lado, es bien sabido que el contable Nicotra era un hombre de conducta ejemplar y un trabajador modélico que...».

Apagó el televisor; ya sabía todo lo que necesitaba saber.

La memoria le decía, y a eso se sumaba tal vez lo que había leído al respecto, que en Sicilia era tradicional que todos los delitos de la mafia se hicieran pasar, antes que

nada, por asuntos de cuernos.

El día siguiente ofreció como regalo un sol triunfante en un cielo carente de nubes.

Montalbano se quedó tan sorprendido y se sintió tan contento que, a pesar del mal oído que tenía, se puso a cantar «*E lucevan le stelle...*».

E incluso después de la ducha prosiguió con la exhibición cantora, hasta que en un momento dado la interrumpió de golpe.

Le pareció que sonaba el teléfono.

Aguzó el oído, con la mano de la maquinilla de afeitar medio levantada.

Nada.

Claro que probablemente habían llamado, pero ya había dejado de sonar.

¿Y entonces?

Y entonces, queridísimo Salvo, ¿quieres creerte de una vez que de verdad te estás quedando sordo?

El buen humor desapareció por completo y vino a sustituirlo un arrebatado de rabia contra sí mismo.

—¡Yo oigo perfectísimamente! ¿Entendido, gilipollas? —espetó a la cara que veía reflejada en el espejo.

Y la cara del espejo replicó:

—¡Mira quién habla! ¡El gilipollas eres tú, que no quieres aceptar la realidad!

—¿Qué realidad?

—¡Que estás sordo como una tapia!

La disputa quedó interrumpida por el timbre del teléfono.

—¡¿Ves como sí que oigo?! —gritó el comisario a la cara del espejo, antes de ir a contestar.

Era Mimì Augello.

Eso lo extrañó. Augello nunca lo llamaba a Marinella, prefería que fueran otros los que lo molestaran en su casa.

—¿Eras tú quien ha llamado hace un momento?

—Sí.

¡Diantre! El teléfono había sonado de verdad.

—¿Qué pasa, Mimì?

—Quiero instrucciones.

—¿Sobre qué?

—Sobre si tengo que creerme la información que me ha llegado a través de una llamada anónima que acabo de recibir.

Le quedó todo muy claro. El cabrón de Augello, el muy hijo de la gran puta, se estaba vengando por la reprimenda que le había soltado. Pero no podía hacer otra cosa más que seguirle el juego.

—¿Qué has descubierto?

—Que esta noche han quemado un coche en el término de Riggio y que la carrocería aún echa humo.

—Muy bien. Ve a ver de qué se trata.

—¿Estás seguro?

El tono irónico de Mimì le puso la mosca detrás de la oreja.

—¿De qué?

—De que vaya yo.

—¿Y por qué no ibas a ir?

—Porque Fazio, que está aquí a mi lado, me ha dicho que el término de Riggio limita con el de Pizzutello.

—¡Coño! —exclamó Montalbano.

—¿Lo ves? Hasta luego, te paso a Fazio.

—¿Oiga, *dottore*? Yo diría que vale la pena...

—¿... Ir a echar un vistazo? Estoy de acuerdo.

—Dentro de media hora como mucho estoy allí para recogerlo con el coche patrulla de Gallo.

Pasaron por la obra desierta y vieron delante del chalet los dos coches de la Científica.

—¿Les pregunto cómo lo llevan? —sugirió Fazio.

—No. Sigamos.

El bar-restaurante ilegal de la vieja estaba abierto y en plena actividad. Mientras salía un cliente con una bolsa de plástico en la mano, entraba otro.

Un centenar de metros más allá, a mano derecha, había una pista de tierra. Gallo la tomó y el coche pareció transformarse de repente en un barco en mitad de las olas. El camino era una mera sucesión de montículos y grandes baches de los que el vehículo apenas podía salir.

Y también había cambiado el paisaje.

A su alrededor, y hasta donde alcanzaba la vista, el terreno, que no debía de haberse cultivado desde hacía años, había quedado reducido a una gran extensión de hierbajos interrumpida de vez en cuando por las ruinas de alguna que otra casucha que, de tan blancas, parecían huesos en mitad del desierto.

¿De verdad había existido por allí la tierra de los limones (e incluso de las naranjas)? ¿O había sido una fantasía poética?

Que no se vieran ni hombres ni perros era casi normal, lo que causaba cierta inquietud y desasosiego era que en el cielo no hubiera pájaros.

Dentro del coche patrulla nadie hablaba; aquella desolación no animaba a decir nada.

—Pero ¿estamos seguros de que esa puñetera llamada anónima no ha sido para darnos por culo? —preguntó en un momento dado Montalbano, que ya estaba hasta

las pelotas.

—Ahí está —anunció Fazio.

A mano izquierda había una pendiente cubierta por miles de piedras blancas que parecían dispuestas adrede para conformar una plataforma en medio de la cual, casi como si fuera un monumento fúnebre, destacaba bien negra la carrocería del automóvil.

Gallo abandonó la pista, acercó el coche a los restos del vehículo, se detuvo y bajaron.

El áspero hedor de la pintura, de la goma y de los asientos devorados por el fuego aún era intenso.

Tanto el capó como la puerta del maletero estaban medio levantados y combados.

Con cierto alivio, comprobaron de inmediato que dentro no había ningún cadáver.

Fazio se acercó e intentó descifrar lo que quedaba de la matrícula trasera.

—No cabe ninguna duda —aseguró—. Es el de Nicotra.

Montalbano se quedó mudo.

En aquel preciso instante, una culebra verdiamarilla que pasaba del metro y medio de longitud salió de entre dos piedras blancas, rozó a toda velocidad los zapatos del comisario y desapareció por debajo de otra piedra.

—Al menos hay algún ser vivo —comentó.

—Yo me pregunto qué quiere decir todo esto —dijo Fazio—. Si dentro hubiéramos encontrado el cadáver de Inge, la cosa habría tenido algún sentido, habríamos entendido el porqué y el cómo, pero así...

—Está claro que desde este rincón dejado de la mano de Dios no nos ha llamado un vecino para decir que había un coche quemado. El que ha dado el aviso era uno de los que le han prendido fuego. Querían que lo supiéramos. Y eso explica el anonimato.

—Pero ¿por qué lo han hecho?

—Para utilizarnos de recaderos.

—No lo entiendo.

—Tendremos que informar oficialmente de que lo hemos encontrado, ¿no? Así el mensaje llegará a quien tenga que llegar. Evidentemente, hay negociaciones en marcha.

—Yo todavía no consigo explicarme por qué se llevaron el coche.

—No podían hacer otra cosa.

—¿Me lo explica?

—Los dos tipos que se presentaron en el chalet tenían una sola tarea: secuestrar al anciano. Pretendían llevárselo tumbado en el asiento posterior de su coche, atado y tapado con una manta. A los Nicotra iban a dejarlos con vida, a condición de que no dieran la voz de alarma de inmediato. Sin embargo, Gerlando tuvo la genial idea de salir huyendo, y uno de los asaltantes le pegó un tiro. En ese momento, cambió todo. Aquellos dos ya no sabían qué hacer, y decidieron que no había tutía y secuestraron

también a la mujer. Total, que uno de los dos se llevó al anciano echado en el asiento de atrás de su coche, y el otro se vio obligado a utilizar el de Nicotra para secuestrar a Inge. ¿Te cuadra?

—Sí, jefe. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora volvemos a comisaría. Cuanto antes, mejor. Este no es sitio para quedarse más de lo justo y necesario.

—¿Aviso a la Científica?

—Desde luego. Aunque no encontrarán nada. Pero es lo que quieren que hagamos y, como somos de lo más obedientes, vamos a hacerles caso.

—Se lo diré cuando pasemos por delante del chalet. No tiene sentido llamar por teléfono.

Al entrar, ordenó a Catarella:

—Mándame a Augello.

—No se encuentra *in situ*, *dottori*.

—¿Qué quiere decir que no se encuentra *in situ*?

—¿No sabe la significación? ¿Está de broma? Significa que no se encuentra en este *situ*, sino en otro.

Montalbano hizo como que no lo había entendido.

—¿Cómo? ¿Yo no estoy, Fazio está conmigo y él se va de paseo? ¿Y esto quién lo vigila?

—Lo vigilo yo, *dottori* —contestó Catarella, orgulloso.

Montalbano prefirió pasar eso por alto.

—Pero ¿ha dejado dicho adónde iba?

—No, señor *dottori*.

—¿Y cuánto rato hace que se ha marchado?

—*Pungamos* que más de dos horas, *dottori*. Poco después de que saliera Fazio para ir a buscarlo a usía de usted a Marinella, el *dottori* Augello ha recibido un *tilifonazo* y ha salido a la carrera *vilocísimamente* con la *cumpañía* del inspector Vadalà.

—Llámalo al móvil.

—Ahora mismísimo, *dottori*.

Y poco después:

—Se encuentra apagado, *dottori*.

«¡Yo, uno de estos días, al que voy a apagar es a él!», pensó el comisario, pero no lo dijo porque estaba delante de Catarella, que lo miraba como si la imposibilidad de encontrar a Augello fuera culpa suya.

Entró en su despacho hecho una furia. ¿Qué forma de actuar era aquella? ¿Era posible que Augello no se diera cuenta de la catástrofe que podía producirse si Catarella se quedaba al mando de la comisaría? ¿Y si, por una de esas casualidades,

al jefe superior se le ocurría hacerles una visita repentina? Montalbano apartó la idea de la cabeza. En cuanto volviera, se lo comería vivo.

Entró Fazio.

—Jefe, ahora mismo acaba de llamarme Vadalà, que ha acompañado al *dottor* Augello porque...

—Eso, vamos, cuéntame por qué. ¡Así me entero por fin de lo que pasa en esta comisaría! —estalló.

Fazio, que desconocía el motivo de la cólera del comisario, concluyó la frase por inercia:

—... porque le han pegado un tiro a Saverio Piscopo.

—¿Y ese quién es?

—¿Cómo que quién es? ¿No se acuerda? Es aquel albañil al que había detenido el *dottor* Augello...

Lo recordó y le entraron sudores fríos.

Y no solo por la noticia, sino también porque era posible que estuviera empezando a perder la memoria. De ser así, ya podía buscarse un asilo.

No serviría ni para sacar de paseo al perro de Livia, se lo dejaría olvidado por la calle. Ciego, sordo y desmemoriado. Dependiente total. No lo querrían ni en una residencia.

—¿Eh? —dijo, al darse cuenta de que Fazio estaba hablando. Y de inmediato, por miedo a que acabara por convencerse de que estaba sordo como una tapia, precisó—: Se me ha ido el santo al cielo, perdona.

—Decía que por suerte no lo han matado.

—¿Ah, no?

—No, pero está bastante grave. Se lo han llevado al hospital de Montelusa. Según Vadalà, están acabando de interrogar a los testigos y dentro de una media hora estarán de vuelta.

En cuanto se marchó Fazio, decidió llamar a Gambardella, pero tenía el móvil apagado.

A Piscopo le estaban haciendo pagar el hecho de haber hablado con el periodista; primero habían tratado de meterlo entre rejas con una acusación falsa y luego habían intentado matarlo.

Era una advertencia clara y precisa: el que colaboraba con Gambardella ponía en riesgo su vida.

Así, una vez que tuviera claro hasta el último mono cómo estaban las cosas, cada uno sería libre de hablar con el periodista o no.

Era una señal inequívoca de que había metido la mano en un agujero lleno de mierda.

Augello apareció al cabo de veinte minutos con el gesto más sombrío que una nube de tormenta. Era evidente que estaba furioso y trastornado por lo que había sucedido.

—Catarella me ha dicho que te has cabreado porque... Lo siento, Salvo, pero cuando me he enterado de que se trataba de Piscopo me he quedado descolocado, como fui yo el que...

—Estás más que perdonado, Mimì. Ahora siéntate, tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado.

—Ese pobre hombre acababa de salir de casa para ir a buscar trabajo cuando se le ha acercado por detrás una moto con dos tipos y uno le ha pegado un tiro en la nuca. Le ha dado de lleno.

—Un profesional.

—Seguro. Piscopo se ha desplomado. La moto ha parado y el que había disparado, que iba de paquete, ha bajado para asestarle el tiro de gracia, pero no le ha dado tiempo porque se ha presentado a la carrera un sargento mayor de la Policía Judicial que le ha disparado dos veces. Total, que ha vuelto a subirse a la moto y los dos han huido sin responder. Alguien ha llamado a una ambulancia, que por suerte ha llegado al momento.

—¿Has ido al hospital?

—Sí.

—¿Y cómo está?

—Muy grave, tienen que sacarle la bala, aunque por lo visto solo le ha rozado el cerebro. Parece que saldrá de esta.

Hizo una pausa y se quedó mirando al comisario.

—¿Estamos seguros de que no es un ajuste de cuentas entre camellos?

—Mimì, han intentado matarlo por un motivo que no tiene nada que ver con la droga. ¿Alguno de los testigos ha reconocido a los de la moto?

—Iban con casco integral.

Otra pausa. Y acto seguido:

—No sé, Salvo; para quedarme con buen cuerpo, ¿puedo saber de qué se trata?

Montalbano lo puso al corriente de la investigación que estaba llevando Gambardella.

—Si las cosas son como cuentas, esto me da miedo —replicó Augello.

—¿Por qué?

—Porque son capaces de acabar en el hospital lo que han empezado en la calle. Estoy convencido. Han fallado dos veces, así que estarán echando chispas.

—Tienes razón. Haz una cosa. Llama al fiscal Jacono y pídele una autorización para poner a un hombre de guardia, día y noche, delante de la habitación de Piscopo.

—Mejor voy a hablar con él en persona —respondió Mimì—. Nos vemos luego.

Nada más poner un pie en la *trattoria*, lo asaltó un gran estrépito de gritos y carcajadas. En todas las mesas de la sala, incluida la que ocupaba él cada día, había principalmente jovencitos con la misma camiseta azul y blanca. Se detuvo, sorprendido. Apareció Enzo.

—A usía le he preparado una mesa en la salita.

—Pero ¿quiénes son?

—Los jugadores del Vigàta.

Montalbano no sabía nada de fútbol. En la salita cabían dos mesas, y las dos estaban libres. Mejor, así comería en paz. Pidió los *antipasti*. Mientras esperaba, se asomó un chico de unos veinticinco años, con la misma camiseta azul y blanca.

—Perdone, comisario.

—Pase.

El muchacho entró. Estaba intimidado. Se quedó de pie.

—¿Qué deseaba?

—Me llamo Nicola Piscopo y soy el sobrino de Saverio. Si usía pudiera hacerme un favor...

—¿De qué se trata?

—Esta mañana, he preguntado en el hospital de Montelusa si podía pasar la noche con mi tío y me han dicho que no. Si usía pudiera interceder por mí...

—No tengo autoridad para eso. De todos modos, en el hospital tu tío estará bien atendido.

—De eso estoy seguro. Me dan miedo otras cosas.

Se miraron, se entendieron.

—Si sirve para tranquilizarte, te diré que he pedido una autorización para poner a un agente armado en la habitación de tu tío.

—Gracias —contestó el joven.

Hizo un ademán de reverencia y se marchó.

Jannaccone se presentó en la comisaría a primera hora de la tarde.

—Como hemos acabado el trabajo y vamos a volver a Montelusa, he pensado que de camino...

No estaba obligado a presentar un informe a Montalbano, estaba teniendo un detalle con él.

El comisario se lo agradeció e hizo llamar a Fazio.

—Hemos tardado tanto —empezó Jannaccone— porque nos hemos empeñado en encontrar algo que tenía que estar allí por fuerza, pero que no aparecía. Hasta el final no hemos comprendido por qué.

—Perdone, Jannaccone —dijo Montalbano, que no había entendido nada—. ¿Qué es lo que no han encontrado?

—Las huellas del anciano.

Fue como si les hubieran disparado. Montalbano y Fazio se quedaron con la boca abierta.

—Parece absurdo, pero es cierto —continuó Jannaccone—. Les doy un simple ejemplo. En la mesita de noche, ese hombre tenía el frasquito de un medicamento para el corazón. Pues bien, no había ninguna huella, ni tampoco en el vaso de al lado.

—¿Las borraron los asaltantes?

—Enseguida me ha quedado claro que no. Habría sido prácticamente imposible borrar todas las huellas de alguien que llevaba meses viviendo en esa casa, y menos en tan poco tiempo. Y solo las suyas, claro, porque las de los Nicotra sí estaban.

—¿Y entonces?

—Hemos resuelto el misterio casi por casualidad, porque se me ha ocurrido ir a rebuscar en el cubo de la basura. Había dos pares de guantes de hilo muy sucios. Está claro que el anciano los llevaba siempre, no se los quitaba nunca, bajo ningún concepto, ni siquiera cuando se acostaba.

—¿Habéis encontrado guantes sin usar?

—No. Quizá se les habían acabado las reservas y ese mismo día pensaban comprarle otros.

—Si se preocupaba tanto de no dejar huellas —señaló Montalbano—, quiere decir sin lugar a dudas que está fichado.

—Estoy de acuerdo —dijo Jannaccone—. Y quiero mencionar otra cosa extraña. En el cajón de la mesita de noche del anciano había un revólver del calibre nueve de fabricación rusa.

—Eso confirma que el señor no era ningún santo —contestó Fazio.

—Pero lo mejor es —prosiguió Jannaccone— que había otro revólver idéntico en el cajón de la mesita de noche de Nicotra.

—¿Armas rusas? —quiso confirmar el comisario.

—Sí.

—Puede que llegaran por la misma vía por la que llegan los Kaláshnikov —concluyó Fazio.

—Vamos, como si se las hubieran suministrado —dijo Montalbano.

—Exacto —confirmó Jannaccone.

—Sobre todo porque no me consta que Nicotra tuviera licencia de armas —añadió Fazio.

—Por lo demás, huellas tenemos, y bastantes. El trabajo de cotejo y comprobación va a ser largo. A ver si hay más suerte con la sangre de la almohada.

—Una última pregunta. El casquillo que recogió delante de la puerta del chalet ¿de qué fabricación es?

Jannaccone sonrió.

—No, *dottore*, a Nicotra le dispararon con una italianísima Beretta. Nuestro amor patrio está a salvo.

—¿Qué opina, jefe?

—Lo más sencillo. Que quienes dejaron al anciano al cuidado de Nicotra habían pensado en la posibilidad de un ataque y los habían armado a los dos. Pero no tuvieron tiempo de reaccionar. Ahora la pregunta vuelve a ser la misma de siempre: ¿quién es ese señor? Con un añadido: ¿por qué es tan importante su persona?

—¿Y cómo se contesta?

—Para empezar, intentando aclarar algunas cuestiones. Empecemos haciendo una criba. Mañana por la mañana, quiero los nombres, los apellidos y las edades de los fugitivos mafiosos de la provincia.

—Pero si usía decía que no podía ser un fugitivo.

—Era una suposición. De la cual aún sigo convencido. Ahora vamos a tratar de tener la certeza.

—¿Molesto? —preguntó Augello desde la puerta.

—No, Mimì, entra. ¿Qué te ha dicho el fiscal?

—Esta mañana, ese hijo de la gran puta me ha tenido tres horas en la salita de espera y no me ha recibido.

—Jacono tiene ese vicio.

—Después de comer, por fin se ha dignado a concederme media horita, pero no ha habido forma de convencerlo para poner a un hombre de guardia para Piscopo en el hospital.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque no le ha salido de los cojones. A propósito, he pasado por el hospital. La operación ha ido bien y se recuperará. He oído a un médico que se lo decía a los periodistas y a los de la televisión.

—Así pues, tratarán de matarlo otra vez. Y lo harán cuanto antes, para pillarnos por sorpresa. Puede que esta misma noche, para que la cosa surta mayor efecto y el que tenga intención de hablar cierre la boca.

—No te quepa duda.

Le había dicho algo al sobrino de Piscopo. Había sido como hacerle una promesa y ahora tenía que mantenerla.

—Pues vamos a hacer lo siguiente. Elige. O de las once a las dos o de las dos a las cinco.

—No te entiendo.

—Vamos a hacer guardia nosotros. No tenemos autorización, pero no pueden impedirnoslo. Además, como lo haremos voluntariamente, ni siquiera estarán obligados a pagarnos las horas extra.

—¿Y yo? —preguntó Fazio.

—Tú te quedas para mañana por la noche.

—Elijo el primer turno —dijo Augello.

—Pues entonces entérate de en qué planta...

—Ya me he informado. Está en cuidados intensivos. Segunda planta a mano izquierda. Tiene una habitación para él solo, la dieciocho.

Montalbano volvió pronto a Marinella. Cenó solo unas berenjenas a la parmesana para no sentir el estómago pesado, con una breve llamada deseó buenas noches a Livia, que le pareció bastante animada por la presencia del cachorro, y se acostó.

Disfrutó de tres horas de sueño profundo y a la una el despertador se apagó solo antes de que pudiera abrir los ojos.

Se dio una ducha somera y no se afeitó, aunque para compensar se bebió dos tazones de café. Luego salió hacia Montelusa. No había tráfico.

A las dos menos cinco, llegó al aparcamiento casi desierto del hospital, sacó la pistola de la guantera, se la metió en el bolsillo, bajó del coche y entró en el centro.

—¿Adónde va?

En el vestíbulo había un vigilante nocturno sentado detrás de un mostrador con cuatro teléfonos y otros chismes.

—Soy el comisario Montalbano.

—Ah, sí. Su compañero nos ha avisado. Suba, suba.

Naturalmente, como le pasaba siempre en los hospitales, se equivocó de ascensor. Tiró la toalla y subió por la escalera. En el pasillo había una luz tan tenue que daba más sensación de oscuridad que de claridad. La puerta de la habitación dieciocho estaba cerrada. Llamó con suavidad.

—¿Quién es?

—Montalbano.

La puerta se abrió y apareció Augello.

—Pasa.

La habitación estaba dividida en dos por una pared de cristal con una puerta.

Al otro lado, en la parte más amplia, se veía a un hombre que debía de ser Piscopo. Tenía la cabeza vendada y una buena cantidad de cables le salían de todo el cuerpo e iban a parar al interior de unas misteriosas máquinas que emitían un zumbido como el de una mosca.

En la primera zona apenas había sitio para una mesita y dos sillas. Mimì las había colocado de modo que, sentado en una, pudiera estirar las piernas encima de la otra.

—¿Cómo ha ido?

—Un muermo de campeonato.

—Mejor así.

Se despidieron y Augello se marchó.

Lo primero que pensó el comisario fue que no se había llevado nada para leer. Craso error. Iba a costarle Dios y ayuda aguantar tres horas sin hacer nada.

Lo segundo fue que, si se pasaba como muy mucho una hora mirando a Piscopo, que estaba tan tapado que parecía un figurante de una película de hospitales

americana, sin la menor duda acabaría volviéndose loco de atar y se liaría a cabezazos contra la pared.

De todos modos, se dijo que por la puerta principal era imposible que alguien se colara sin que el vigilante lo parase. Quizá sería más fácil pasando por urgencias.

Sin embargo, quedarse encerrado en aquella habitación, como había hecho Mimì, no le pareció muy lógico. Estar atrapado junto con el objetivo del posible asesino equivalía a tener poco espacio de acción.

Así pues, cogió una de las sillas, la sacó al pasillo, salió de la habitación, cerró la puerta y se sentó.

Poco rato después, empezaron a pesarle los párpados. ¡Virgen santa, le estaba entrando sueño!

Oyó unos pasos que se acercaban y se irguió en la silla. Era una enfermera que entró en una habitación vecina, pasó diez minutos dentro, salió y volvió a recorrer en silencio el pasillo hasta que desapareció.

Montalbano de pronto sintió unas ganas irresistibles de fumarse un pitillo. A mano derecha, tres habitaciones más allá, el pasillo terminaba en una cristalera. Si lograba abrirla, podría fumar tranquilamente con un ojo puesto en la habitación dieciocho.

Se levantó, llegó a la cristalera, giró el pomo. Se abría.

Entonces buscó una postura con la que pudiera tener medio cuerpo fuera y medio dentro.

Estaba ya a punto de coger el paquete de tabaco cuando se dio cuenta de que aquella cristalera daba a una terracita que servía de rellano a una escalera de incendios.

Se detuvo, pensativo.

¡Menos mal que le habían entrado ganas de fumar! Aquella escalera de incendios, en la que no había pensado, era la mejor vía para que alguien entrara en el hospital sin ser visto.

Claro que él tampoco quería que lo vieran desde fuera, por mucho que hubiera pocas posibilidades debido a la escasa iluminación.

Fue a coger la silla y la colocó delante de la cristalera. Ahí sentado, era imposible que lo vieran desde fuera.

Y por fin pudo encender el pitillo.

Casi se lo había fumado entero cuando oyó claramente, en el silencio absoluto de la noche, un ruido metálico procedente de la escalera de hierro. Duró un instante y luego paró.

¿Qué había sido eso?

Se le encendió una lucecita. Ese ruido se producía cuando se tiraba de la última parte de la escalera para hacerla llegar hasta el suelo.

Oía estupendamente. ¡Qué sordera ni qué sordera!

Alguien estaba subiendo.

¿Cómo debía actuar? ¿Salía y lo detenía de inmediato, o esperaba a que llegase a la cristalera?

Eligió la segunda opción.

Cerró muy despacito, alejó la silla, amartilló la pistola y se agazapó contra la pared en el punto menos iluminado por la luz mortecina de la lámpara lejana.

Esperó.

Poco después, apareció un hombre en la terracita y abrió la cristalera con lentitud y cautela.

Apenas tuvo tiempo de meter un pie en el pasillo antes de que Montalbano se le plantara delante, pistola en mano.

—¡Policía! ¡Quédate donde estás!

Durante una fracción de segundo, el hombre permaneció como paralizado.

Luego reaccionó, fulminante y silencioso, y le pegó un buen puñetazo en toda la cara.

El golpe fue tan violento que el comisario se tambaleó y retrocedió unos pasos, mientras la sangre empezaba a manarle de la nariz.

Entretanto, el hombre había vuelto a salir a la terracita y estaba bajando por la escalera precipitadamente.

Montalbano, todavía aturdido, salió también y gritó:

—¡Alto ahí o disparo!

Pero el tipo no se dio por aludido y siguió bajando, saltando los peldaños de dos en dos.

El comisario empezó a hacer lo mismo.

El otro llegó al suelo y echó a correr hacia el aparcamiento.

Montalbano también pisó el suelo y, justo en ese momento, un cómplice del desconocido, de cuya presencia no se había percatado, le asestó un golpe fuerte en la nuca con la culata de una pistola.

Se desplomó, abatido como un becerro en el matadero.

No supo cuánto tiempo pasó inconsciente.

Cuando recuperó el sentido, le dolía horrores la cabeza. Tenía la camisa y la americana manchadas de sangre. Debía de haberle chorreado desde la nuca.

El silencio era total; nadie se había dado cuenta de lo sucedido.

Logró ponerse en pie y, tambaleándose, se dirigió a urgencias.

Estaba fuera de sí.

Solo se tranquilizó un poco cuando no le encontraron ninguna fractura y se limitaron a darle tres puntos de sutura en el cogote.

—¡Virgen santa! ¡Madre del amor hermoso! ¿Qué le ha pasado, *dottori*? ¿Eh? ¿Un choque *atomovilístico*? ¡Tiene una nariz que parece, con *rispetto* se lo digo, una *birinjena*! ¿Le duele?

—Sí, ha sido un choque, pero nada grave. Mándame a Augello y a Fazio al despacho, y luego llámame al fiscal Jacono.

Fazio y Augello entraron y se quedaron atónitos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Mimì.

—Pues que tú naciste con una flor en el culo.

—¿Y eso a qué viene?

—Viene a que, si hubieras elegido el segundo turno de guardia, en este momento el que tendría la nariz hecha una berenjena y tres puntos en la nuca serías tú.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? ¡Ha sido pura casualidad! —protestó Augello.

Sonó el teléfono. Era Jacono. Montalbano conectó el altavoz.

—*Dottore*, lo llamo para informarle de que esta noche ha entrado un hombre en el hospital de Montelusa para asesinar a Piscopo.

Jacono debió de quedarse boquiabierto, porque antes de que contestara hubo un breve silencio.

—Pero ¿qué me está contando? ¿Quién se lo ha dicho?

—No me lo ha dicho nadie, porque quien hizo que se diera a la fuga fui yo.

—¿Y usted qué hacía en el hospital?

—Hacía guardia delante de la habitación de Piscopo. Y antes que yo la había hecho mi subcomisario, el *dottor* Augello, que primero había ido a verlo a usted para solicitarle una protección adecuada para Piscopo. Pero al parecer se la denegó empecinadamente. De no ser por nosotros, tendría que haber respondido ante sus superiores por un gravísimo error...

—Bueno, no me pareció que...

—¿Ahora ha cambiado de opinión?

—Bueno, yo diría que los hechos...

—En ese caso, permítame un consejo. Haga trasladar a Piscopo a otro hospital y manténgalo todo en secreto. Si lo deja allí, esa gente volverá a intentarlo, haya vigilancia o no. Muy buenas.

Colgó, aliviado.

—Y ahora dínos cómo fue —dijo Mimì.

Montalbano se lo contó todo.

—Pero el hombre, cuando entró, ¿llevaba un arma en la mano? —preguntó Fazio.

—No, no la llevaba. No podía ir por el pasillo con una pistola a la vista. Si salía de una habitación un médico o una enfermera... Pero seguro que iba armado, como el cómplice que esperaba al pie de la escalera.

—Cuando lo oíste bajar la escalera, ¿por qué no disparaste? —quiso saber Augello a su vez.

—Porque había comprendido que no tenían ninguna intención ni de dispararme a mí ni de armar revuelo. Su encargo era liquidar a Piscopo en silencio para terminar el trabajo que había quedado a medias.

En ese punto, Montalbano se volvió hacia Fazio y abrió la boca, pero el otro no tuvo tiempo ni de pronunciar la primera sílaba.

—Ya está hecho —dijo.

Al comisario se le subió la sangre a la cabeza y se puso rojo.

Cuando el inspector jefe decía esas tres dichosas palabras, a duras penas lograba controlarse. Esa vez, sin embargo, se rompieron los muros de contención.

—¡Me cago en la puta! —estalló, dando un sonoro puñetazo en la mesa.

Fazio y Augello primero intercambiaron una mirada, asombrados, y luego la dirigieron hacia el comisario con gesto inquisitivo.

Montalbano comprendió que debía dar una explicación, pero desde luego no la verdadera. No obstante, como le sucedía a menudo en esas ocasiones, no se le ocurrió nada. Con lo que optó por soltarles un cuento chino:

—De repente, me he acordado... De repente me he olvidado de acordarme de que... Nada, muchachos, un asunto privado. Perdonad, vamos a seguir. ¿Qué estaba diciendo?

—Me estaba preguntando si había preparado la lista...

—... de los fugitivos mafiosos, sí, ya me acuerdo. ¿Lo has hecho?

—Lo he hecho —contestó Fazio.

Y sacó un papel del bolsillo, pero antes de empezar a leer quiso tranquilizar al comisario, que ya lo estaba mirando mal:

—Ningún dato personal, aparte de nombres, apellidos y edades.

—Un momento —intervino Augello—. ¿Os importa ponerme al corriente de lo que estáis haciendo?

El comisario se lo explicó con pelos y señales. Y por fin Fazio pudo leer.

Resultó que los fugitivos de la provincia eran seis; tres de ellos de treinta años, dos de cuarenta, y el último, Pasquale Villano, de sesenta y cinco.

—A juzgar por la ropa que había en el armario, el único candidato probable sería Pasquale Villano —concluyó Fazio.

—A mí ese nombre me suena —comentó Augello—. Esperad, que voy a ver.

Se levantó, salió del despacho y volvió al cabo de un minuto con una fotografía en la mano.

—Estaba colgada en el pasillo con las de los demás fugitivos —dijo, mientras la dejaba en la mesa.

Montalbano la miró.

—No puede ser este.

—¿Por qué?

—Porque aquí pone que mide metro cuarenta y nueve, y la ropa del armario es de un hombre de estatura normal. Así pues, queda confirmado que no se trata de un

fugitivo de esta provincia.

—Y, en consecuencia, tampoco de una persona con obligación de presentarse en el juzgado de forma habitual —dijo Augello.

—O sea, que no se ocultaba para que no lo cogiéramos nosotros —concluyó Fazio.

—Pero tened en cuenta —apuntó el comisario— que era un ocultamiento relativo.

—¿Relativo en qué sentido? —preguntó Augello.

—En el sentido de que había gente que lo visitaba en pleno día y sin tomar precauciones especiales. Eso lo sabemos a ciencia cierta. Probablemente amigos o parientes que sabían dónde estaba.

—Entonces —dijo Augello—, ¿no podría ser que en lugar de un ocultamiento fuera una reclusión voluntaria?

—Explícate mejor.

—Se me hace difícil... Pongamos que alguien se quita de en medio y no se deja ver por ningún lado durante un tiempo, a cambio de que se haga determinada cosa...

—Podría ser. Aun así, ¿cómo se explican las armas que tenían en su poder? ¿Es posible que ese pacto que sugieres cabreara mucho a alguien?

—¿Y por qué no? A alguien que quería que las cosas fueran por otro camino.

—Me está entrando un dolor de cabeza tremendo —dijo Fazio.

—Pues imagínate a mí, que ya me dolía de antes —replicó el comisario.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría en la línea el señor Gambabella, que desearía...

—Pásamelo.

—¿*Dottor* Montalbano?

—Sí. Lo he estado llamando, pero no...

—Estoy al tanto de todo. Me gustaría hablar con usted. Podría al final de la tarde...

—¿A las ocho y media le va bien?

—Me va estupendamente, gracias.

Colgó. La breve conversación con Gambardella le había hecho recordar algo.

—¿Sabes si la obra de la canalización de agua sigue precintada? —le preguntó a Fazio.

—No, jefe, ya no.

—Entonces ¿ya han vuelto a trabajar?

—No me consta.

—¿Y por qué se quedan mano sobre mano?

—Sinceramente, no lo sé.

—Es muy raro, la verdad. Cada día de cierre supondrá una gran pérdida de dinero.

—Hoy mismo trato de enterarme de algo.

—¿Qué le ha pasado, *dottore*? ¿Qué se ha hecho en la cabeza? —preguntó Enzo en cuanto lo vio entrar en la *trattoria*.

—Nada, una estupidez. Resbalé y me caí.

—¿Y cómo puede haberse hecho daño a la vez en la nariz y en la nuca?

¡Uf, qué fastidio!

—Primero me caí hacia delante y luego hacia atrás.

Ninguna pregunta más, aparte de:

—¿Qué le traigo?

Prueba superada. En toda su vida, como mucho había comido a desgana cuatro veces, quizá cinco, pero aquel día la cifra llegó a seis.

Y el hecho de no poder explicárselo empeoró las cosas.

Para distraerse, decidió dar el paseíto de siempre por el muelle, hasta el pie del faro. El sol se escondía detrás de las nubes y el mar estaba gris. El mal humor del comisario se agrió un poco más.

Se sentó en la roca plana y encendió un pitillo.

En su misma roca, pero al borde del agua, estaba el cangrejo sempiterno al que de vez en cuando incordiaba tirándole piedrecitas.

—No tengo ganas de jugar —le dijo—. Y me harías un gran favor si me dejaras en paz.

Con cortesía, el cangrejo desapareció debajo del agua.

Y en ese preciso instante, a saber por qué, comprendió el motivo de su mal humor.

Estaba llevando el caso con el mismísimo entusiasmo con el que firmaba los papeles de la comisaría.

Sí, interrogaba a gente, acudía a las inspecciones oculares, debatía con Fazio y a veces se exponía a que le dieran algún mamporro que otro, pero era como si el verdadero Montalbano se hubiera ido a otro lado y hubiera cedido el control a una mala copia de sí mismo, una copia carente de intuición y de ideas, incapaz de hacer conexiones y deducciones atrevidas, sin iniciativa, sin pasión, sin vitalidad...

¿Por qué le pasaba eso?

¿El cansancio de la edad?

No, no podía ser ese el motivo porque, en ese caso, lo habría percibido enseguida y su honestidad lo habría llevado a presentar la dimisión de inmediato.

Entonces ¿dónde estaba el verdadero Montalbano?

La respuesta, clarísima, la supo en el mismo momento en que se hacía la pregunta.

En Boccadasse, allí estaba.

Al lado de una pobre mujer enferma y desesperada, haciéndole compañía, consolándola, dándole amor...

Era ese pensamiento constante, siempre presente, como un peso en el corazón y el cerebro, lo que no le permitía estar lúcido, preparado para percatarse hasta del

temblor de una hoja, para darse cuenta de cuándo dos más dos no son cuatro, para ser rápido de reflejos.

¿Y cómo vas a salir de esta, Montalbà?

Haciéndome una promesa solemne. Así conseguiré salir.

Me doy un día más de margen. Luego, si sigo sintiéndome así, paso el testigo sin pensármelo dos veces. A Mimì Augello.

Y me voy a Boccadasse. Y allí me quedo hasta que Livia vuelva a ser la de antes.

—*Dottore*, corren voces por todo el pueblo y por una vez están todas de acuerdo.

—¿Y qué dicen?

—Dicen que el trabajo en las obras de la canalización lo han parado las autoridades después de un control repentino por parte de tres inspectores regionales.

—¿Y eso cuándo fue?

—Justo la tarde del día siguiente al descubrimiento del cadáver en la galería.

—Un momento... ¿Cómo pudieron hacer una inspección si la obra seguía precintada?

—Bueno, jefe, en realidad solo estaba precintada la galería. Y al inspector regional le bastó con echarle un vistazo desde fuera para decir que no cumplía con lo establecido en el documento de aprobación de la contrata.

—¿Y cómo habría tenido que ser?

—¿Usía vio cómo estaban metidos los tres tubos?

—Estaban enterrados.

—Precisamente. Los habían metido en la tierra sin más. Y no tendrían que haberlo hecho así. Según la contrata, tenían que estar en una auténtica galería de hormigón, y bastante alta, para facilitar el acceso en caso de rotura.

—¿Y ahora les toca desenterrar los tubos, hacer la galería de hormigón y luego volver a colocarlos?

—Exacto.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque los de Rosaspina dicen que no ha sido culpa suya, sino de las autoridades regionales. Aseguran que, al no haberles pagado todavía lo que correspondía a la mitad del trabajo, los han obligado a improvisar para no perder tiempo. Ahora, al haber aumentado el coste del material, si quieren galería de hormigón el presupuesto se dispara. Y la región no está por la labor de desembolsar más dinero.

Montalbano se quedó pensativo un momento y luego dijo:

—Desde luego, es curioso.

—¿El qué?

—El sentido de la oportunidad de los inspectores.

—¿Usía cree que hay relación entre el asesinato de Nicotra y el momento de la

inspección?

—No es que lo crea, es una sensación.

—¿Me la explica?

—Imagínate que dos grupos que se hacen la competencia llegan a un acuerdo secreto para que uno de ellos pueda hacer una obra determinada. Ese acuerdo se basa en un equilibrio difícil, así que nadie puede meter la pata. Sin embargo, en un momento dado pasa algo que lo desequilibra todo. Todo tiene que volver a empezar, y con reglas nuevas. Los inspectores venidos de Palermo han..., cómo te diría, congelado la situación.

—Y, en su opinión, ¿qué sucede si, supongamos, no se llega a un nuevo acuerdo?

—Pues que los dos grupos vuelven a enemistarse. ¿No te había dicho que tenía la impresión de que había negociaciones en marcha? Estoy seguro de que cualquier día de estos nos enteraremos de cómo han ido las cosas. Y entonces podremos ponernos en marcha también nosotros.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría *in situ* el abogado Barbarera Nino, el cual querría hablar con usía personalmente en persona.

—Espera un momento —contestó el comisario, y acto seguido se volvió hacia Fazio—: ¿Tú conoces a un abogado que se llama Barbarera Nino?

—Será Nino Barbera, el abogado del consejo de administración de Rosaspina, el que recomendó...

—Sí, me acuerdo. Muy bien, Catarè, acompáñalo a mi despacho.

El abogado Barbera era un hombre de cincuenta años, bajo, elegante, engominado y de aire seguro.

Hechas las debidas y ceremoniosas presentaciones, el comisario lo invitó a sentarse delante de él y esperó, con una sonrisa cordial, a que empezara a hablar.

—*Dottore*, no sé si sabe usted que soy miembro del consejo de administración de la empresa Rosaspina, en la que trabajaba el pobre Gerlando Nicotra.

Montalbano no dijo ni mu, se limitó a seguir mirándolo con la misma sonrisa afable.

—Tengo que señalar que fui yo quien insistió en que Nicotra, que trabajaba en la empresa a la que sustituimos, siguiera trabajando con nosotros. No tengo motivos para ocultar que había recibido fuertes presiones en ese sentido del diputado Carratello, asesor de Obras Públicas y buen amigo mío. El pobre Gerlando se reveló de inmediato como un trabajador concienzudo, honrado, entregado a sus funciones, muy capacitado... Es una pérdida irreparable, sin duda alguna.

Montalbano continuaba sonriendo y sin decir nada. Parecía extasiado, no movía ni un músculo.

—Pero voy al grano. La caja fuerte de la empresa se encuentra en mi despacho. Allí guardamos, más que dinero en efectivo, documentos contables importantes. Las llaves las teníamos el pobre Nicotra y yo. Y dentro conservaba también mi pistola,

una Beretta. Cuento con licencia de armas. Pues bien, ayer, al abrir por vez primera la caja tras la trágica pérdida del pobre Nicotra, descubrí, con enorme estupor, que el arma había desaparecido.

Montalbano permaneció inmóvil unos segundos más. Luego pareció despertar.

—¿Lo miró bien? —preguntó, sumamente serio.

—¡Pues claro!

—¿Y no estaba?

—¡No estaba!

—¿Comprobó si, por casualidad, se había metido dentro de algún sobre?

—¡Lo comprobé!

—¿Y quién puede haberla cogido?

—Le he indicado quién tenía las llaves, ¿no?

Sin embargo, el comisario, que se lo estaba pasando en grande, quería que fuera el propio abogado quien pronunciara el nombre.

—Sí, pero eso no significa nada. Puede que usted le dejara la llave un momento a alguien que...

—En absoluto.

—Puede que la dejara el pobre Nicotra.

—Eso también lo descarto.

—¿Entonces?

Y así, puesto contra las cuerdas, el abogado acabó por decidirse:

—Lamento tener que decir lo que voy a decir. Pero solo pudo haberla cogido Nicotra.

—«El pobre Nicotra» —lo corrigió Montalbano.

—Ah, claro... Sí, desde luego.

—¿Con qué fin, en su opinión?

Por primera vez desde que había llegado, el abogado parecía algo menos seguro de sí mismo.

—Pues quizá... Ojo, cuento lo que he oído por ahí... Vamos, que en el pueblo corre el insistente rumor de que Inge, su mujer, que es muy guapa, una alemana, tenía un amante... Y en ese caso podría ser que él, al enterarse, loco de celos...

—Entiendo. Según usted, se habría hecho con la pistola para pegarle un tiro al amante, ¿no?

—No veo por qué otro motivo...

—Solo que, en lugar de matar al amante de su mujer, fue el amante de su mujer quien lo mató a él.

El abogado Barbera se encogió de hombros y suspiró profundamente, en señal de resignación.

—Por desgracia, así sucedió.

—¿Sabe, abogado? Los agentes de la Científica han encontrado, delante de la casa del pobre Nicotra, un casquillo de bala. Creen que al pobre Nicotra lo mataron

con un arma de fabricación italiana. Podría tratarse de su Beretta.

El abogado puso cara de desconsuelo.

—Si hubiera podido prever...

—¿De qué sirve lamentarse? Tranquilo. Usted no tiene ninguna responsabilidad —dijo Montalbano.

Y volvió a sonreír con cordialidad.

—Oiga, ahora acompañe a Fazio y ponga la denuncia por el robo de su arma. Le agradezco sinceramente su colaboración.

Fazio no tardó nada en tramitar la denuncia. Volvió enseguida al despacho del comisario. Tenía una pregunta que hacerle, llevaba un rato con ganas de soltarla.

—¿Por qué no le ha dicho al abogado que la historia de la pistola no cuadraba, puesto que Nicotra ya tenía un arma?

—Piénsalo bien, Fazio. Barbera ha venido a tirar la caña, a hacer una prueba. Quería ver mi reacción, comprobar si picaba. Y he hecho ver que caía en la trampa. Ahora iré a contar que me he tragado la historia de la pistola. Y darán otro paso. Porque está claro que estamos ante las primeras escenas de una obra de teatro que quieren montar. Sin embargo, de paso, el señor abogado nos ha desvelado, sin querer, algo importante.

—¿El qué?

—Que ellos no sabían, y siguen sin saber, que tanto Nicotra como su huésped estaban armados.

—¿Y eso adónde nos lleva?

—Nos lleva a tener una buena baza que podemos jugar cuando nos convenga.

Al llegar a Marinella, lo primero que hizo fue telefonar a Livia. Le daba miedo que se fuera a la cama antes de que él terminara con Gambardella.

El teléfono sonó un buen rato sin que nadie contestara. Era posible que Livia hubiera tenido un mal día y se hubiera acostado ya, después de desconectar la clavija del teléfono y la del mundo entero. Ya había decidido colgar cuando oyó:

—¿Diga? ¿Diga?

Era la voz de Livia, algo jadeante pero fuerte y clara como hacía tiempo que no la oía.

—Lo siento mucho, Salvo, pero he oído sonar el teléfono al abrir la puerta y...

—¿Habías salido?

—Sí, sí. Estoy agotada.

—Pero ¿llevabas mucho rato en la calle?

—Sí. Hace cuatro horas que...

Casi ni se creía lo que estaba oyendo. ¡Si hacía meses que salía media horita y ya

podía darse con un canto en los dientes!

—... doy más vueltas que una peonza. Por lo de *Selene*.

—¿Y esa quién es?

—Ah, claro, no te lo he dicho.

—¿Has llamado *Selene* al perro?

—Sí.

—Pero ¡*Selene* es a lo sumo un nombre de mujer!

—Es que *Selene* es una perrita. Está un poquito enferma, así que he querido consultar con dos veterinarios. Perdona, Salvo, ahora que lo pienso: ¿te crees que soy tan tonta que no sé lo que quiere decir *Selene*?

¡Virgen santa, qué maravilla! ¡Qué magnífica sorpresa! En la voz de Livia había vuelto a aparecer esa nota particular que significaba el principio de una riña. ¿Era posible que esa *Selene* hubiera obrado un milagro? Quiso comprobarlo y la provocó.

—Si se hubiera tratado de mí, y no de *Selene*, seguro que no habrías llamado a dos médicos.

—¿Tú estás tonto? ¿Ahora te comparas con un perro?

¡«Tonto»! ¡Lo había llamado «tonto»! ¡Palabra bendita caída del cielo!

Livia estaba muy recuperada, no cabía duda.

—Lo decía en broma, cariño.

No podrían haber acabado mejor.

En cuanto colgó, de lo contento que estaba, al comisario le entraron ganas de hacer la rueda. Pero por suerte se contuvo. De otro modo, seguro que habrían tenido que llevarlo al hospital y darle más puntos en la cabeza.

Se dirigía hacia la cocina para ver qué le había preparado Adelina cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir.

Coincidieron en que, a pesar de que hacía buena tarde, no habría sido prudente sentarse en el porche. Cualquiera que pasara por la playa habría podido verlos.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Gambardella, mirándole la cara.

El comisario no tuvo problema en contarle todo lo que había ocurrido en el hospital.

—Con esos métodos consiguen dar un susto de muerte a todo el mundo y que me hagan el vacío —respondió Gambardella—. Mi investigación está prácticamente parada. Y eso que hay mucho que desenterrar, en parte a raíz de lo que sucedió anteayer.

—No sé nada.

—Hace pocos meses, Albachiara ganó el concurso para la construcción de un centro penitenciario en el término de Riguccio, entre Montelusa y Vigàta. Hace quince días empezaron la obra, pero anteayer se la cerraron.

—¿Quiénes?

—El gobierno regional.

—¿Por qué motivo?

—Uf... Por lo visto, en la copia del contrato que está en manos de Albachiara se omitió por error o a propósito una cláusula importante, añadida de común acuerdo.

En ese momento, a Montalbano se le pasó por la cabeza un pensamiento veloz como una estrella fugaz. Pero no fue capaz de atraparlo. Se quedó con mal cuerpo. En otros tiempos, no le habría pasado.

Sin embargo, también se le ocurrió otra cosa. Y la dijo al momento, por miedo a que se le olvidara:

—Si no me equivoco, me había dicho que quería ponerse en contacto con una persona de la que le había hablado Piscopo...

—Sí, el antiguo jefe de obra, Filippo Ascioffa. Piscopo me había revelado que Albachiara lo había despedido por un desacuerdo con el director del proyecto, y que quería vengarse.

—¿Ha podido hablar con él?

Gambardella hizo una mueca.

—Desgraciadamente, perdí varias horas hablando con él por teléfono y al final bastó con que se enterase de lo de Piscopo; se dio cuenta de que era peligroso tener tratos conmigo.

—¿Y qué hizo?

—Cortó de golpe la comunicación y me dijo que no tenía ninguna declaración que hacer sobre su trabajo en Albachiara y que no volviera a importunarlo.

—O sea, ¿que se cerró la comunicación?

—No exactamente. Enseguida le envié una nota en la que me comprometía

solemnemente, en caso de que se decidiera a decirme algo, a no revelar jamás su nombre, y a que, si nos reuníamos, el encuentro se celebrase en el más absoluto secreto.

—¿Ha tenido respuesta?

—Sí. Esta.

Sacó del bolsillo una hoja doblada y se la entregó al comisario. Era una fotocopia.

Señor Gambardella:

Le advierto que, si no deja de telefonarme continuamente, me remitiré a la comisaría para denunciarlo por acoso.

Usted pretende convencerme, con la promesa de mucho dinero, de que declare algo que no es cierto, esto es, que la empresa Albachiara me despidió por no estar de acuerdo con el empleo de material de mala calidad en la construcción del complejo escolar de Villaseta. Eso es falso. El motivo de mi despido fueron las discrepancias con el ingeniero Riggio, director del proyecto, por cuestiones que no tenían nada que ver con la calidad del material.

Espero habérselo aclarado todo y no volver a tener noticias de usted.

Filippo Ascioffa

—Es muy claro. A saber a quién le habrá pedido que se la escribiera —comentó Montalbano.

—Sé que tiene una hija, muy guapa y muy espabilada, que está acabando la secundaria.

—¿Usted le ha ofrecido dinero?

—Por supuesto que no.

—¿Cuántas veces lo ha llamado?

—Una sola, y ni siquiera aludí al motivo por el que quería verlo. Fue él quien me dijo que no tenía nada que contar sobre su trabajo en Albachiara.

—Así pues, esta carta tiene un objetivo preciso. Ascioffa quiere que se sepa públicamente que no piensa colaborar con usted. Es una jugada muy inteligente.

—Eso mismo he entendido yo. Y le he echado una mano.

—¿Cómo?

—Lo que acaba de leer es una fotocopia. El original me lo he metido en el bolsillo y esta mañana he ido a las oficinas de Albachiara. Como periodista, quería saber el motivo de la interrupción de las obras. Sin embargo, una especie de cancerbero me ha impedido el paso porque no tenía hora concertada. He protestado, he berreado y, al sacar el pañuelo, he dejado caer al suelo el sobre con la carta original. Estoy seguro de que, a estas alturas, el consejo de administración de Albachiara ya la habrá leído.

—También lo estoy yo. ¿Cómo pretende proceder ahora?

—No pienso hacer movimiento alguno. Tengo que dar la impresión de haber roto toda relación con Asciola. Voy a esperar a que sea él quien dé el siguiente paso.

Siguieron hablando un rato. Montalbano le preguntó por su hijo y, poco después, Gambardella se despidió.

Mientras se calentaba la cena en el horno, salió al porche a fumarse un pitillo. En el cielo había una luna enorme. De niño, veía en ella una cara sonriente. La miró un buen rato, hasta que, a base de mucha voluntad y no menos autosugestión, le pareció volver a verla.

Volvió a entrar en la casa, sacó del trastero en el que guardaba los vinos una botella de *prosecco* y la metió en el congelador.

Puso la mesa en el porche y cenó despacio, disfrutando hasta el fondo del alma de cada bocado. Luego quitó la mesa, pero dejó el vaso y, después de llevarlo todo a la cocina, sacó la botella y la descorchó.

En el silencio, que el rumor ligero y constante de las olas del mar hacía aún más denso, el sonido del tapón al salir de la botella le pareció seco, igualito que un tiro.

Se levantó, llenó el vaso y luego, casi poniéndose firme, lo levantó con el brazo estirado hacia la luna.

—Muchas gracias, *Selene* —dijo.

Tras la llamada a Livia, sabía que podría seguir con el caso con el ánimo sereno.

Se sopló tres cuartos de botella y luego se fue a la cama.

Un instante antes de dormirse, recordó que, mientras hablaba con Gambardella, se le había ocurrido algo... Algo...

¿Qué era? Demasiado tarde.

Lo aferró la espiral del sueño, que lo arrastró hasta el abismo.

Acababa de sentarse a su mesa cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría *in situ* el señor Terrazzino, el cual querría hablar con...

—¿Te ha dicho qué quiere?

—*Espírese*, que se lo pregunto.

Y unos instantes después:

—Que dice que él, el señor Terrazzino, sería que es el propietario del chalet del término de Rizzutello donde que vivía el cadáver asesinado llamado Nicotira.

¿Y qué podía querer? En fin, era mejor escucharlo.

—Hazlo pasar y mándame a Fazio.

Fazio y Terrazzino, que era un señor de sesenta años menudo aunque bien vestido, entraron al mismo tiempo. El inspector jefe se sentó al momento, pero el otro, antes de acomodarse en la silla, se levantó las perneras de los pantalones

cogiéndolas por la raya y, una vez en su sitio, las soltó, las alisó con los dedos y se ajustó la americana, la corbata y las gafas. Montalbano, que se había quedado sin habla mientras lo observaba, al final pudo abrir la boca.

—Por lo que me han dicho, usted, señor Terrazzino...

—Para ser exactos, me llamo Terrazzano, Emilio Terrazzano.

—Disculpe. ¿Usted es el propietario del chalet donde vivía Nicotra con su mujer?

—Sí, señor. Pero, para ser exactos, debo hacer una precisión. Yo soy un hombre riguroso y ordenado. Resulta que el chalet se lo había alquilado, hace ocho años, a esa muchacha alemana, que por aquel entonces aún no se había casado con Nicotra.

—Explíquese mejor.

—Para ser exactos, Inge llegó a Vigàta, con apenas veinte años, era novia de un albañil, un tal Pino Pennisi. Al cabo de unos meses lo dejó porque se había hecho amante de don Gaetano Pasanisi. Como le digo, para ser exactos, don Gaetano la colocó en el chalet, pero, para evitar habladurías, quiso que el contrato estuviera a nombre de la muchacha. Luego, hace seis años, cuando murió don Gaetano, ella encontró consuelo enseguida con Nicotra, que acabó casándose con ella.

—Entendido. Y, para ser exactos, ¿a qué ha venido?

—Perdone, pero, para mayor precisión, ¿antes puedo hacer una pregunta?

—Cómo no.

—¿Es cierto que no se tienen noticias de Inge y que han quemado su coche?

—Es preciso.

—En ese caso, he venido para decirle que anoche me llamó a casa, desde Alemania, un abogado que hablaba en su nombre. Eran las siete y media, para ser exactos.

Montalbano y Fazio se sorprendieron. Se miraron boquiabiertos. Eso no se lo esperaban.

—¿Seguro que llamaba desde Alemania?

—Querido comisario, el número que aparecía en el teléfono no era de aquí y el señor hablaba italiano, pero con un acento alemán muy fuerte.

—¿Y qué quería?

—Me comunicaba la rescisión del alquiler y me informaba de que, al estar pagado por adelantado el mes corriente, quedaban en mi poder las tres mensualidades de la fianza entregadas a la firma del contrato. Me pidió que revisara el estado del chalet y, en caso de que no detectara daños o averías que descontar, le enviara el dinero, mediante un cheque a nombre de Inge, a la dirección del propio abogado.

—¿Le dejó su nombre y su dirección?

—Aquí los tiene.

Tendió al comisario un papel en el que estaba escrito: «Abogado Rudolf Sterling. Wochenerstrasse 142, Bonn».

Montalbano se lo devolvió después de copiarlo.

—¿Qué piensa hacer?

—Me gustaría saber si puedo entrar en el chalet para ver con detenimiento en qué estado lo han dejado y, si hay algún daño, cuantificar los gastos y deducirlos de la fianza.

—No creo que haya impedimento, sobre todo si lo acompañamos nosotros. Pero el problema es que no tenemos las llaves. Habría que...

—Hay una copia. La tengo yo, para mayor precisión —dijo Terrazzano—. Si durante estos años no han cambiado la cerradura...

Montalbano tomó la decisión en caliente:

—¿Tiene algún compromiso esta mañana?

—No.

—Pues vayamos ahora mismo.

A mitad del camino rural, la obra abandonada era una gran mancha sucia y oscura que destacaba en medio del verdor que, desde hacía dos días, estallaba con una fuerza incontenible.

Y esa vida renovada, fresca y reluciente provocaba que las obras parecieran una llaga infecta e incurable.

Entonces fue cuando a Montalbano le vino a la mente, clara y definida, la idea que se le había ocurrido mientras hablaba con Gambardella y sobre la que no había podido reflexionar.

—Cuando volvamos a comisaría, recuérdame que te pregunte una cosa sobre estas obras —dijo, poniendo una mano en el hombro de Fazio, que iba al volante.

Se detuvieron delante del chalet. Bajaron.

Terrazzano, que ya llevaba la llave en la mano, la metió en la cerradura y le dio la vuelta. La puerta se abrió. Entraron.

Fazio abrió las ventanas. Por suerte, la Científica lo había dejado todo bastante ordenado.

—Tengo que revisarlo todo con atención —anunció Terrazzano.

—No lo dudaba —contestó Montalbano.

El casero dedicó dos horas a examinarlo todo, desde los grifos y las cañerías correspondientes hasta las tazas de los retretes y sus respectivas cisternas, pasando por los techos y los falsos techos, las baldosas del suelo o el estado de las paredes. Lo hizo con tal minuciosidad que el comisario no pudo evitar ir poniéndose cada vez más nervioso.

Cuando volvieron a la planta baja, se le ocurrió hacerle una pregunta:

—Usted, para mayor precisión, ¿sabía que los Nicotra tenían un huésped fijo desde hacía unos meses?

—Sí. Me lo comentó Inge un día que me la encontré por casualidad. Para ser

exactos, en el curso Garibaldi.

—¿Le dijo quién era?

—Sí. Un tío suyo. Se había quedado huérfana de muy joven y ese tío había sido un segundo padre para ella.

Montalbano y Fazio no supieron qué decir.

En aquella historia ya no encajaba nada.

—Podemos marcharnos, he terminado —anunció Terrazzano.

Fazio cerró las ventanas. Salieron. El casero cerró la puerta.

—Solo me queda devolverle la fianza íntegra —dijo.

—¿Y no echa un vistazo al garaje? —preguntó el comisario.

—Es que el garaje no es cosa mía. Para ser exactos, ni siquiera tengo la llave.

—¿Qué significa que no es cosa suya?

—Significa que, hará unos seis meses, Inge me llamó y me pidió permiso para construir un garaje al lado del chalet. Y se lo di, a cambio de que todo corriera a su cargo.

—¿Dice que fue hace unos seis meses? ¿Podría ser más preciso?

Terrazzano reflexionó un momento y luego dijo:

—Con absoluta precisión, hace seis meses y medio. Estoy seguro porque aquel día...

Pero Fazio y Montalbano ya no lo escuchaban. Se miraron a los ojos y se entendieron.

¿Por qué al llegar el presunto tío había habido necesidad de construir un garaje?

Montalbano miró hacia la pequeña construcción.

Los de la Científica habían abierto la persiana metálica y la habían dejado sin cerrar: estaba bajada, pero no llegaba a tocar el suelo.

Se le fueron las piernas solas, sin que el cerebro les hubiera dado la orden.

Se agachó, agarró los tiradores de la persiana y entonces la levantó.

Aquello estaba muy oscuro.

Dio un paso adelante, buscó con la mano derecha el interruptor y lo accionó, pero la luz no se encendió.

Quizá se había fundido la bombilla.

Dio dos pasos hacia el interior.

Terrazzano subió al coche dado que, al parecer, para mayor precisión, aquello no tenía nada que ver con él. Fazio, en cambio, entró en el garaje e, instintivamente, accionó también el interruptor.

Nada.

Volvió a intentarlo dos veces más y al final la bombilla se encendió.

No había prácticamente nada que ver, más que un par de neumáticos en un rincón. Encima de una repisa, un martillo, tres destornilladores, unas tenazas... En el suelo, un trapo sucio.

El pavimento de cemento, dividido en grandes cuadrados, estaba manchado de

aceite de motor en el centro.

Fazio miro interrogativo al comisario.

¿Por qué se había quedado inmóvil, con los ojos entrecerrados, como si escuchara una canción lejana?

Entonces, y todavía sin moverse, le dijo en voz baja:

—Baja la persiana.

Fazio obedeció.

—Apaga la luz, pero aprieta el interruptor una sola vez.

Intrigado, Fazio cumplió la orden.

La luz no se apagó.

—Ahora vuelve a probar, pero apretando dos veces seguidas.

La luz se apagó.

—Ahora enciende apretando una vez.

Siguieron a oscuras.

—Prueba con dos veces.

Volvió la luz.

Entonces el comisario se acercó al interruptor, que era grande como los de tipo industrial y estaba cubierto de un plástico grueso pero transparente. Lo miró con detenimiento, dio un paso atrás y siguió mirándolo, pensativo. Fazio, para no distraerlo, contenía el aliento.

Luego Montalbano preguntó:

—¿Por casualidad no llevarás en el coche algo para hacer un agujero en la pared?

—No, jefe.

El comisario soltó una maldición.

—Pero en ese estante de ahí —continuó el inspector jefe— hay un martillo y tres destornilladores. Podemos probar.

—Muy bien, tráeme la linterna que llevas siempre en el coche, pero que no te vea Terrazzano. Y pídele que tenga un poco de paciencia. Será cosa de un cuarto de hora.

Cuando Fazio volvió, Montalbano le pidió la linterna y luego le dijo que bajara la persiana y apagara la luz con el método que ya conocían.

A continuación, encendió la linterna.

—¿Qué está buscando? —preguntó Fazio.

—Como ves, los cables eléctricos están empotrados, pero si una pared está mal enyesada, como es el caso, enseguida puede verse la marca de por dónde se han pasado los tubos. Y con una linterna se aprecia mucho mejor. Ahora, partiendo del interruptor, vamos a mirar hacia arriba siguiendo la perpendicular.

—¡Ahí está! —exclamó Fazio de repente.

—¿Dónde? —preguntó Montalbano.

—Hay una especie de franja de dos dedos de ancho que empieza unos veinte centímetros antes de que la pared forme el ángulo con el techo.

El comisario no veía nada.

¡Dichosa vejez! Pero no era el momento de autocompadecerse.

—¿Me deja la linterna? —pidió Fazio.

Montalbano se la dio.

Total, ¿para qué la quería?

—Y por el techo la franja se ve entera, incluso el agujero del que sale el cable.

—Perfecto. ¿Te queda claro por qué la franja empieza a verse cuando se acerca al techo?

—Sí, jefe. Porque hay más humedad.

—Exacto. ¿Quieres hacer una apuesta?

—Antes dígame de qué se trata.

—Te apuesto algo a que encontramos una segunda franja de un tubo empotrado, pero en este caso por el otro lado, entre la parte baja de la pared y el suelo.

—Pues no, jefe: no apuesto nada.

Orientó el haz de la linterna hacia abajo y al cabo de unos instantes dijo:

—¡Ahí está la franja!

Montalbano se agachó para mirar. La franja empezaba a ser visible a una decena de centímetros del suelo, y luego desaparecía.

—Coge el martillo y los destornilladores y quita el yeso que cubre la franja, pero muy despacio, haz el favor, no vaya a ser que te lleves los cables por delante.

Al cabo de cinco minutos apareció un trozo del macarrón utilizado habitualmente para pasar cables eléctricos.

—Pero ¿para qué sirve esta otra instalación? —preguntó Fazio.

—¿No te lo imaginas?

—No, jefe.

—Para llevar la luz al sótano.

Fazio se quedó boquiabierto.

—¿Me está diciendo que aquí debajo hay un sótano?

—Para ser exactos, sí.

—¿Y por dónde se entra?

—Ese es el quid de la cuestión. Haz una cosa. Llévate a Terrazzano a Vigàta y luego vuelve aquí inmediatamente.

Lo acompañó para despedir al casero. Vio salir a Fazio disparado como un petardo y entró otra vez en el garaje.

Intenta razonar, Salvo. Con una sola presión del interruptor se enciende la luz de abajo, con dos la del garaje...

¿Y si el mecanismo de apertura del acceso al sótano estuviera escondido en el mismo interruptor?

Era una hipótesis plausible que valía la pena comprobar.

Porque una cosa era segura: el mando de apertura del sótano no podía estar en el chalet, no habría escapado al registro minucioso que habían hecho primero la Científica y luego Terrazzano.

De ahí que, antes que nada, decidiera revisar las paredes del garaje centímetro a centímetro, en busca de un posible pulsador oculto.

No lo encontró.

Recordó lo cómodo y estupendo que era, de niño, creer en la existencia de una fórmula mágica que permitía descubrir puertas secretas y abrirlas.

¿Cómo era?

«Ábrete, pipiti; ciérrate, popiti...».

Para no descartar nada, medio en broma y medio para probar suerte, pero sintiéndose ridículo y algo avergonzado, recitó las palabras en voz alta.

No se abrió ninguna puerta secreta por arte de magia.

Entonces se puso delante del interruptor, posó el dedo encima y empezó la búsqueda.

Tres pulsaciones seguidas. Nada.

Cuatro. Nada de nada.

Cinco. Lo mismo.

Al llegar a diez, decidió dejarlo.

No, la cosa no iba por ahí. Además, alguien que tuviera prisa por entrar en el sótano no podía perder diez minutos haciendo «clic, clic» con el interruptor.

Había que pensar con calma.

Salió del garaje y encendió un pitillo.

Piensa que pensarás, llegó a la conclusión de que la única posibilidad era retirar el protector de plástico para ver qué había dentro y cuántos cables eléctricos desembocaban en aquel interruptor.

Volvió al trabajo con ganas renovadas.

El protector de plástico no estaba fijado al interruptor, como había creído, sino que era una especie de tapa que podía extraerse con dos dedos.

La retiró.

Arrancar el interruptor de la pared no solo no habría servido de nada, sino que además habría dificultado su exploración. Para abrirlo, había que aflojar cuatro tornillos.

Sin embargo, el destornillador que había utilizado Fazio era demasiado grande. Fue a coger otro del estante.

Lo probó y ese sí servía.

Aflojó el primer tornillo, pero cuando lo estaba sacando de su hueco con los

dedos para metérselo en el bolsillo se le resbaló y se le cayó al suelo, a pocos centímetros del pie izquierdo.

Apoyando en el interruptor la mano derecha, con la que también sujetaba el destornillador, se agachó doblando las rodillas para recogerlo.

Y en ese preciso instante advirtió que, bajo la presión involuntaria de su mano, toda la parte superior del interruptor se había movido un poco.

Se quedó quieto en esa postura, sorprendido. ¿Cómo era posible que se hubiera movido si aún estaba fijado por tres tornillos más? ¿Era posible que los hubieran puesto solo para despistar?

Se levantó, olvidándose del tornillo caído.

Presionó ligeramente el interruptor con la palma de la mano derecha y en esa ocasión notó con claridad que toda la mitad superior se movía un poco.

Entonces hizo más fuerza para girar la parte superior en el sentido de las agujas del reloj.

El interruptor dio media vuelta completa, hasta quedar boca abajo.

Y ahí se detuvo, con una especie de chasquido.

Acto seguido, el suelo empezó a vibrar bajo sus pies.

Asustado, Montalbano dio un buen salto hacia un lado.

Poco a poco, pero sin hacer el más mínimo ruido, uno de los grandes cuadrados de cemento del suelo, justo el que estaba más cerca de la pared del interruptor, se levantó para dejar al descubierto la entrada que ocultaba.

Al llegar a una posición totalmente vertical, la trampa de cemento se detuvo.

Montalbano se asomó para echar un vistazo. Lo hizo con cautela, como si de repente pudiera aparecer un hombre armado.

Se veía el principio de una escalerilla de hierro, y más allá, la oscuridad total.

Alargó un brazo y accionó una sola vez el interruptor vuelto del revés.

En el sótano se encendió una luz muy intensa.

Volvió a mirar.

Ahora se distinguía toda la escalerilla. Descendía casi perpendicular, fijada a la pared por dos brazos de hierro, y debía de tener una longitud mínima de tres metros.

El trozo de suelo del sótano que alcanzaba a ver también era de cemento compacto.

La curiosidad de saber qué había allí abajo lo devoraba vivo, pero le daba mucho miedo bajar.

Los posibles imprevistos eran muchos, y todos ellos peligrosos.

¿Y si la trampa se cerraba mientras estaba en el sótano? ¿Habría otro interruptor para abrirla?

Y, en ese caso, ¿funcionaría igual que el de arriba?

En caso contrario, si el sistema de apertura era completamente distinto, ¿lograría descubrir el mecanismo antes de morir por falta de aire?

Entonces encontró una solución a medias.

Sacó el móvil del bolsillo de la americana y se lo metió en el del pantalón; luego se quitó la americana, la dobló tres veces y la puso de través en el borde de la trampilla. Así no podría cerrarse del todo, lo que le permitiría respirar subido a la escalerilla y llamar a Fazio cuando lo oyera volver.

Solo entonces se dio la vuelta y, agarrándose a la escalerilla, de cara a la pared, empezó a bajar.

Llegó al suelo.

Se dio la vuelta y se quedó de una pieza.

Se encontraba en una habitacioncita de unos dos metros y medio de lado.

Tres paredes eran de obra y estaban enyesadas, pero la cuarta, la que quedaba delante de la escalerilla, estaba ocupada en gran parte por la gigantesca puerta de acero de una caja fuerte.

Una caja fuerte clavadita a las que se ven en las películas, con sus cerraduras, sus ruedecitas y sus combinaciones numéricas.

La puerta estaba entornada.

Recuperado del asombro, el comisario la abrió del todo utilizando las dos manos.

Las paredes del interior estaban cubiertas por una estantería de dos metros de largo y uno de fondo.

Completamente vacía.

¿Qué podría haber contenido?

Fuera cual fuese la respuesta, en el preciso instante en que se hacía aquella pregunta se dio cuenta de que quedarse a mirar la caja fuerte sería solo una pérdida de tiempo.

Subió, se hizo a un lado, recuperó la americana y giró el interruptor.

La tapa de la trampilla se cerró sin hacer, tampoco esa vez, el más mínimo ruido. También volvió a colocar en su sitio el protector de plástico. Apagó la luz del sótano y la del garaje, salió y bajó la persiana metálica hasta el suelo.

Miró el reloj. Era casi la una.

Sacó el móvil y llamó a Jannaccone.

—Dígame, *dottore*.

—¿Qué estaba haciendo?

El jefe de la Científica no contestó de inmediato, sorprendido por la pregunta.

—Estaba... a punto de salir a almorzar.

—En ese caso, lo llamo dentro de una horita.

Era una broma, sabía que Jannaccone no soltaría el hueso.

—No, no, *dottore*, dígame.

—Tengo una curiosidad. Cuando inspeccionó el chalet de los Nicotra, ¿miró también en el garaje?

—Sí, claro.

—¿Y no encontró nada?

—No, nada. ¿Por qué?

—Porque yo sí que he encontrado una cosita.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Un sótano con una caja fuerte gigante.

—¡Coño!

—Eso mismo digo yo.

—Voy de inmediato con la brigada.

—No, váyase a comer tranquilamente. Ya no hay ninguna prisa. Nos vemos a las tres.

A continuación, llamó a Fazio.

—¿Dónde estás?

—Volviendo. Dentro de unos diez minutos...

—Mira, yo ya he acabado y me voy a pie al negocio ilegal de la vieja. Reúnete conmigo allí.

Era posible que la anciana cocinara bien, y a él se le había despertado un hambre canina.

Llegó al bar-restaurant en el mismo momento en que Fazio detenía el coche a su espalda. Había ido volando.

—¿Qué ha encontrado?

—Algo de mucho calado. Pero mejor no hablarlo aquí. Ahora vamos a pensar solo en comer.

Ambos entraron y fueron a sentarse a una mesa ya puesta para dos.

La vieja salió de la cocina, los miró, los reconoció al instante y puso cara de pocos amigos.

—En el pacto no decía que iban a venir a *almurzar* de gorra.

—¿Y quién le dice que no queremos pagar? Pagaremos, no se sulfure. ¿Qué tiene que esté rico?

—Tallarines caseros con ragú.

—Muy bien —dijeron los dos a dúo.

—Y, de segundo, conejo a la cazadora.

—Muy bien —repitieron al unísono.

—¿El vino cómo lo quieren? ¿Pasable o bueno?

—Bueno —contestó el pequeño coro.

Antes de que atacaran los tallarines, se llenaron las otras dos mesas. La vieja hacía negocio. Comieron de maravilla y pagaron once euros por cabeza.

—Casi casi me dan ganas de sacarme un abono —dijo Fazio al salir.

No esperaban ver lo que vieron.

Con el trasero apoyado en la puerta de su coche, los esperaba Pitineddru, el coloso cuarentón hijo de la anciana. Los miraba con los brazos cruzados.

—¿Le parece que busca pelea? —preguntó Fazio en voz baja.

—No creo, pero de todos modos no bajas la guardia, que ese pedazo de monstruo es capaz de cualquier cosa.

Una vez delante de él, Pittrineddru se mantuvo impasible, no se movió ni un milímetro.

—Tenemos que subir al coche —dijo Fazio con amabilidad—. Si pudieras apartarte un poquito...

—No.

—¿Y por qué no?

—Primero tienen que decirme una cosa.

—¿Qué quieres saber? —intervino Montalbano.

—¿Han *incontrado* a Inghi?

Al pronunciar el nombre de la alemana, echó un vistazo rápido a la puerta del negocio. Le daba miedo que saliera su madre y lo sorprendiera hablando con la policía. Y para el comisario esa mirada fue reveladora.

—Si te digo una cosa, ¿tú me dices otra a mí?

—Vale.

—Parece ser que Inge ha vuelto a Alemania.

Pittrineddru hundió la cabeza en el pecho y murmuró algo.

—¿Qué has dicho?

El grandullón levantó la cabeza y lo miró. Con sorpresa, Montalbano y Fazio comprobaron que tenía los ojos llorosos.

—He dicho que mejor viva que muerta.

—¿Tú querías a Inge? —preguntó Montalbano.

Pittrineddru hizo un gesto de asentimiento.

—¿Hacíais el amor?

El mismo gesto.

—¿Y cuándo?

—A veces *telefoniaba* porque quería que le llevaran la compra e iba yo.

—¿Y dónde os encontrabais?

—Donde ella quería. En el garaje, en la sala de estar...

Y entonces, cuando ya le caían las lágrimas por las mejillas, salió huyendo hacia la parte de atrás de la casa.

Como aún quedaba bastante tiempo antes de que llegara la Científica, y Fazio se moría de ganas de ver con sus propios ojos la caja fuerte, Montalbano le dio esa satisfacción. Entraron en el garaje y bajaron la persiana tras ellos.

Cuando el inspector jefe volvió a asomar por la trampilla y el comisario la cerró, salieron otra vez al exterior.

Era evidente que estaba sorprendido.

—Hasta ahora, los sótanos secretos que había visto servían para ocultar a

fugitivos, esto es una auténtica novedad. ¿Usía qué cree que guardaban en la caja fuerte?

—No quiero pensar en nada. Tengo la esperanza de que Jannaccone pueda decírnoslo con certeza.

—Una cosa está clara. Nicotra era algo más que el contable único de Rosaspina.

—Ya —contestó Montalbano.

—¿Por qué está tan taciturno? —le preguntó Fazio.

—Es que no consigo ver una perspectiva general. No he tenido tiempo para reflexionar. Demasiadas novedades, demasiadas cartas sobre la mesa. Esta mañana nos hemos enterado de que Inge podría estar viva en Alemania y de que el hombre de los guantes era su tío... ¿Es eso cierto? ¿O se trata de una maniobra de distracción? ¿Y qué tenían que ver los Nicotra, incluido el tío, con la caja fuerte? ¿No eran más que los guardianes? ¿O tenían las combinaciones para abrirla y cerrarla? ¿A qué se debió el asalto al chalet? ¿Fue para llevarse lo que hubiera dentro de la caja fuerte? ¿O la caja fuerte ya estaba vacía? Como ves, nos faltan demasiadas piezas para tener una perspectiva clara.

—Ya llegan —anunció Fazio.

Aparecieron dos coches. Jannaccone bajó disparado del primero. Se había llevado a tres hombres.

Montalbano le dijo que era mejor que todos entraran con ellos en el garaje, aunque estuvieran apretados. Así no despertarían la curiosidad de quien pasara por allí.

Una vez dentro, bajó la persiana metálica, prendió la luz y le explicó a Jannaccone cómo funcionaba el interruptor.

El subjefe de la Científica quiso probarlo y abrió la trampilla de cemento.

—Ahí debajo hay una gran caja fuerte vacía —informó el comisario—. Me interesa saber qué contenía. A ver si lo descubren.

—Lo descubriremos —prometió Jannaccone.

—Nosotros dos los dejamos trabajar en paz, pero necesito pedirles algo: es sumamente importante que nadie se entere de que hemos descubierto este sótano...

No tuvo tiempo de acabar la frase, porque Jannaccone ya empezaba a bajar por la escalerilla.

—Para en la obra —ordenó Montalbano en cuanto arrancaron.

Al cabo de cinco minutos, se detuvieron de nuevo. El comisario bajó.

—Quédate en el coche —dijo.

El fango seco ya no formaba una capa compacta. Lo atravesaban centenares de hendiduras que parecían heridas abiertas. Y dentro de esas hendiduras estaba volviendo a aparecer el verde de la hierba.

Eso era precisamente lo que quería ver.

Volvió al coche, algo más tranquilo. Fazio lo miró y no dijo nada. Arrancó de nuevo.

—Tienes que hacerme un favor —dijo Montalbano a Fazio cuando ya entraban en la comisaría.

—Usía dirá.

El comisario buscó un papel en su mesa, lo encontró y se lo tendió.

—Aquí están el nombre y la dirección del abogado alemán. Tienes que conseguirme su teléfono. Si se lo pido a Catarella, me volverá loco o me conectará con un número de Laponia.

Fazio salió y volvió al cabo de diez minutos.

—Aquí lo tiene.

Había escrito el número debajo de la dirección. Montalbano puso el altavoz y marcó.

Contestó al momento una voz masculina que soltó a toda pastilla una serie de palabras, entre las cuales una pareció que sonaba como el apellido del abogado.

—Me gustaría hablar con el abogado Rudolf Sterling.

—Soy yo —contestó la voz, en italiano.

—Ah, muy bien. Al habla el comisario Montalbano, de la policía italiana. Buenas tardes.

—Buenas tardes, *señorr*. ¿Qué *quierre* saber?

—¿Es usted quien ha telefoneado al señor Terrazzano, de Vigàta, en representación de su cliente, Inge Schneider?

—Sí.

—Me gustaría saber si puedo hacerle unas preguntas sobre esa señora.

El abogado se lo pensó un poco antes de responder.

—Usted puede hacer, pero yo quizá no contesta.

—Bueno, no se trata ni muchísimo menos de traicionar el secreto profesional...

—No es por secreto.

—Y, entonces, ¿por qué?

—Porque yo sé poca de esta *señorra*. Inge Schneider *fino* a mi despacho vez *primerra* hace tres días.

—¿Y hasta entonces no la conocía?

—No.

—¿Tuvo manera de comprobar si se trataba realmente de Inge Schneider?

—No entiende.

—¿Le pidió que le mostrara algún documento de identificación?

—No. *Perro* ¿por qué tendría que hacer eso? Me dijo su nombre, su *númerro* de teléfono de casa...

Desde su punto de vista, el abogado tenía toda la razón.

—¿Podría describírmela?

—*Perro*... No tenía nada de particular... Alta, rubia, unos treinta años...

¿Cuántos millones de mujeres altas y rubias de treinta años habría en toda Alemania?

—Una última pregunta, abogado. ¿Podría darme el número de teléfono que le dejó?

—Sí, *clarro*. Un momento.

Fazio preparó papel y bolígrafo, el abogado dictó el número y él lo anotó.

—¿Puedo saber por qué hace pregunta? —dijo entonces.

Montalbano fingió no haberlo oído.

—Le agradezco su cortesía. Hasta otra.

Y colgó.

Se quedó pensativo.

Fazio le tendió la hoja.

—Si quiere llamarla...

Pero el comisario no parecía muy convencido.

—No es tan sencillo. Imagínate que vive en una pensión y me contestan en alemán. No voy a entender nada.

—¿Hago venir a Martorana? —propuso Fazio.

Era un agente que hasta los trece años había vivido en Alemania, adonde había emigrado su padre.

—Muy bien.

Fazio volvió con Martorana.

—Se lo he explicado todo —dijo.

—Bueno, llama —pidió Montalbano, y puso el altavoz por si contestaba Inge.

En vez de eso, se oyó la voz de un hombre.

Hablaron un poco, y luego Martorana, sin colgar, explicó al comisario que aquel número correspondía a un bar por el que pasaba la señora Schneider para saber si tenía alguna llamada. En consecuencia, el hombre del bar pedía el número de teléfono para dárselo a Inge y que pudiera devolverle la llamada.

—No —contestó el comisario—. Da las gracias y cuelga.

Martorana se despidió y se fue.

—¿Me explica por qué no ha querido dejarle el número? —preguntó Fazio.

—Porque, al ver que primero salía el prefijo de Italia y luego el de Montelusa, Inge no tardaría ni un minuto en deducir que quienes la buscamos somos nosotros.

—¿Y no sería mejor?

—Mejor para nosotros, pero quizá no para ella.

—¿Qué quiere decir?

—Si Inge hubiera escapado de sus secuestradores, lo primero que debería haber hecho sería venir aquí, a comisaría. Y no lo ha hecho. Señal de que quiere mantenerse alejada. ¿Por qué? Los motivos pueden ser muchos. Por ejemplo, que sea una condición de sus captores para haberla puesto en libertad: ningún contacto con la policía. Por eso no quiero que se entere de que vamos tras su pista...

Hizo una pausa y luego añadió:

—Siempre que sea la verdadera Inge.

Fazio pareció algo sorprendido.

—¿Usía lo duda?

—Piensa conmigo. Antes de que apareciera Terrazzano, estábamos más que seguros de que Inge seguía en manos de los que habían matado a su marido y quemado su coche, ¿verdad?

—Verdad.

—Después nos hemos enterado, primero gracias a Terrazzano y luego gracias al abogado Sterling, de que en realidad está libre en Alemania. Aparte de que habría que saber cómo ha llegado hasta allí, quién le ha dado el dinero para el viaje, etcétera, etcétera, yo ahora me pregunto: después de todo lo que ha pasado, las agresiones, el asesinato de su marido, el secuestro, ¿cómo tiene ánimo, una vez a salvo, de ponerse a buscar a un abogado para que recupere la fianza? ¿A ti te parece una forma normal de comportarse?

—No, jefe.

—En fin, supongamos que todo sea cierto, que Inge esté libre en Alemania y quiera recuperar la fianza: ¿me explicas qué necesidad tenía de meter por medio a un abogado? ¿No habría sido más fácil que llamara ella misma a Terrazzano?

—Pues sí. ¿Y por qué cree que no ha llamado ella?

—Tu pregunta solo tiene una respuesta: porque Terrazzano conoce a la perfección la voz de Inge.

—Eso también es verdad.

—Resumiendo, las probabilidades de que Inge sea una falsa Inge son bastante altas, demasiado altas.

—Pero ¿qué sentido tiene montar todo este cacao? Ponerse en contacto con alguien en Alemania, buscar a una mujer que se parezca a Inge, mandarla a ver a un

abogado...

—Empiezo a hacerme una idea, pero es tan fantasiosa, tan aventurada, que por el momento no quiero ni mencionártela.

—Por favor, *dottori*. No se lo contaré a nadie.

—Fazio, cada vez tengo más clara la sensación de que, con este caso, estamos toqueteando una bomba sin ser conscientes de ello. Y los que saben que tenemos una bomba entre manos no quieren ni que nos enteremos ni hacerla estallar.

—¿Y entonces?

—Para mí, pero es una impresión personal, que están tratando de cambiar las cartas que están encima de la mesa, y para ello han montado una espectacular obra de teatro de la que ya hemos visto los dos primeros actos.

—¿Y cuáles son?

—¿No lo sabes?

—No, jefe.

—El primer acto consistió en hacernos creer que Nicotra se agenció la pistola de Barbera para matar al amante de su mujer, y que la cosa acabó al revés. El segundo acto debía convencernos de que Inge está viva, se encuentra bien y ha vuelto a Alemania. ¿Te acuerdas de aquella película que se titulaba *El demonio de los celos*? Esa gente nos está poniendo delante de las narices una cosa parecida. «En Sicilia solo se muere de cuernos», escribió uno de por aquí.

—Y en el tercer acto ¿qué pasa?

—Ni lo sé, ni quiero saberlo. Yo no soy ni el autor ni el director, sino un espectador que, sin embargo, en un momento dado, tiene todo el derecho a decir lo que piensa, si lo aprueba o lo desaprueba.

—Y en la pausa entre el segundo acto y el tercero ¿qué hacemos? ¿Nos fumamos un pitillo?

—Algunas cosillas sí que podríamos hacer.

—Dígame una.

—¿Verdad que de camino al chalet, con Terrazzano, te he pedido que me recordaras que tenía que hablarte de algo?

—Sí, jefe... Tendrá que perdonarme, porque luego, con todo lo que ha pasado...

—Es una cosa que puedes hacer esta noche tranquilamente en tu despacho. Se trata de una simple información. Quiero saber cuántas obras, y de qué empresas, han clausurado las autoridades en la provincia de Montelusa desde la muerte de Nicotra.

Fazio lo miró con los ojos como platos. Estuvo a punto de hacer una pregunta, pero prefirió abstenerse.

—Me pongo ahora mismo —dijo.

Estaba levantándose para salir de la comisaría y marcharse a Marinella cuando entró Mimì Augello.

—¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Me cuentas dónde te has metido toda la tarde?
—le preguntó.

—Vamos a dejarlo. Una riña furibunda entre un tío y una sobrina que estaba acabando a navajazo limpio...

—¿Un asunto de dinero?

—Esas riñas familiares tan terribles siempre son por asuntos de dinero. En este caso, se trataba de una jovencita a la que, al quedarse huérfana, su tío, hermano de su padre, acogió en su casa. Luego la chica se ha casado con uno que al tío no le hace mucha gracia...

Y siguió contando la historia, aunque Montalbano había dejado de escucharlo, perdido detrás de una idea repentina.

De repente, se levantó.

—Perdona, Mimì, pero tengo que irme.

Y salió a la carrera. Dejó a Augello con la palabra en la boca y se fue directo al aparcamiento, cogió el coche y se dirigió al término de Pizzutello.

Tenía la esperanza de que la *trattoria* ilegal de la vieja también abriera por la noche.

Redujo la velocidad al acercarse al chalet de los Nicotra.

Los vehículos de Jannaccone ya se habían marchado. La persiana del garaje estaba bajada hasta el suelo y además los de la Científica le habían colocado un candado. Habían hecho bien.

El sol ya se había puesto y estaba empezando a caer la oscuridad. Sería una noche tranquila.

Pasó por delante del bar-restaurant sin detenerse.

Estaba abierto y alcanzó a ver incluso a alguien sentado a una mesa.

Un poco más allá, dio media vuelta. Se detuvo unos veinte metros después del negocio.

Bajó, recorrió a pie un tramo del camino y luego vio el sendero que llevaba a la parte de atrás de la casa.

Llegó a una amplia explanada donde había un corral de cabras, un gallinero y una gran red que hacía las veces de conejera.

La silueta gigantesca de Pitrireddru iba de un lado a otro por el interior del gallinero.

Montalbano se acercó y lo llamó a media voz:

—¡Pitrireddru!

El hombre se detuvo, mirando hacia la oscuridad, algo inclinado hacia delante, con una mano a modo de visera encima de los ojos.

—¿Quién es?

—El comisario Montalbano. Hemos hablado después de comer.

—Ah —dijo Pitriueddru.

Salió del gallinero y se acercó.

—¿Ha vuelto Inghi? —preguntó, esperanzado.

—No, todavía no, pero, en cuanto llegue, te aviso.

—¿Prometido?

—Prometido. ¿Te apetece un pitillo?

Pitriueddru soltó un suspiro.

—Sí que me *apetece*, pero mi madre no quiere que fume. Ni fuera ni dentro de casa. Dice que es malo para los pulmones.

—Tú cógelo y fúmatelo conmigo, que tu madre en este momento no te ve.

Pitriueddru dio la primera calada con satisfacción. Escondía el pitillo dentro de la mano.

—Si me ve mi madre, me arrea una buena torta.

Entonces soltó una risotada que pareció un rebuzno, dio una segunda calada y preguntó:

—¿A qué ha venido?

—Quiero hacerte unas preguntas.

—Pregunte.

—¿Tú sabías que Inge tenía acogido a un tío suyo que comía y dormía en su casa?

—Sí, *siñor*.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo dijo Inghi y me pidió que no se lo *cuntara* a nadie, ni siquiera a mi madre.

—¿Y por qué no quería que se supiera?

—Ni idea.

—Y, cuando hacíais el amor, ¿el tío dónde estaba?

—Siempre en su habitación, arriba, no bajaba nunca. Y nosotros procurábamos no hacer ruido.

—O sea, que no lo viste nunca.

El coloso parecía incómodo.

—No, *siñor*.

No sabía mentir; ese «no, *siñor*» había sonado nasal y falso.

—O sea, que no puedes decirme nada de él.

—Una vez lo oí hablar por el móvil. Estaba arriba, pero como estaba cabreado daba gritos.

—¿Y cómo hablaba?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a Pitriueddru.

—¿Cómo iba a hablar? Con la boca.

—No, quería decir si hablaba en alemán.

—No, *siñor*, hablaba como estamos hablando nosotros dos.

Montalbano, que tenía muy claro el embuste de Pitrireddru, volvió sobre el mismo punto.

—Pero ¿la cara no se la viste nunca?

El gigante hizo una especie de baile osuno, apoyándose primero en un pie y luego en el otro.

—¿Quieres otro pitillo?

—Sí, *signor*.

Montalbano se lo encendió y esperó con paciencia a que por fin se decidiera a hablar.

—Lo vi una vez... Pero...

—¿Pero...?

—Antes usía tiene que jurarme que, cuando vuelva Inghi, no le diré nada.

—Te lo juro.

—Un día que tenía ganas de ella le llevé la compra sin esperar a que llamara por *tilífono*. Al lado de la puerta, que estaba abierta, vi su bicicleta, señal de que estaba en casa. Entré, pero Inghi no estaba abajo. Dejé la compra encima de la mesa y subí por la escalera con mucho cuidado para llamarla sin que me oyera su tío. La habitación del *signor* se veía sin tener que llegar hasta arriba. Y así vi que Inghi estaba desnuda, de rodillas, con la cabeza hundida entre las piernas de su tío, que también estaba desnudo, sentado en el borde de la cama.

—¿Él te vio?

—No, *signor*, no podía verme porque tenía la cabeza completamente echada hacia atrás.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Me vine para la tienda.

—¿Estabas enfadado?

—Sí, *signor*.

—¿Por qué no le dijiste nada a Inge?

—Porque luego pensé que, en el *fundo*, era su tío. Esas cosas pasan mucho entre parientes y no hay que molestarse.

—¿Te acuerdas de cómo era aquel hombre?

Pitrireddru volvió a hacer el baile del oso al verse forzado a recordar.

—Espere... Espere... Eso, ahora me viene... Era un *signor* como de sesenta años sin un solo pelo en la cabeza, con bigote, llevaba guantes blancos... y en el brazo izquierdo tenía un dibujo.

—¿Un tatuaje?

—Sí, *señor*, una de esas cosas.

—¿De qué era?

—De un sol con sus rayos, pero tenía la cara de un hombre.

—¿Te acuerdas de algo más?

—No, *signor*. ¿Me lo diré enseguida cuando vuelva Inghi?

—Te avisaré de inmediato. Mira, te dejo el paquete de tabaco. Escóndelo bien.

De camino a Marinella, se sentía como el cazador que, al acabar la batida, vuelve con el morral vacío.

Al llegar llamó a Augello.

—Mimì, quería disculparme por haberte dejado a medias.

El otro no dijo ni mu.

Montalbano creyó que se había cortado la comunicación y se puso a dar voces a la desesperada.

—¡Mimì! ¡Mimì!

—Estoy aquí —dijo Augello—. Estaba recuperándome de la impresión. Es que oírte pedir disculpas es un acontecimiento tan raro que ni un terremoto te deja igual de aturdido.

—Y además quiero darte las gracias.

—¡Tú lo que quieres es que me dé un síncope! ¿Gracias por qué?

—Por una idea que me has dado. Buenas noches.

Acto seguido, llamó a Livia.

—¿Cómo estás?

—¿Sabes qué ha hecho *Selene* hoy? —preguntó ella, muy emocionada, en lugar de contestar.

—No. Cuéntame.

¡Santo cielo, qué maravilloso era oír que Livia había vuelto a ser la de siempre!

Durante diez minutos, solo habló ella y del mismo tema: *Selene*. Hasta el final no se acordó de él.

—¿Y tú cómo estás?

—Ya casi curado. Mañana me quitan los puntos.

Se hizo el silencio por un momento y luego Livia preguntó alterada:

—¿Qué puntos?

¡Mierda! ¿Por qué había pronunciado esas palabras?

¿Para hacerle la competencia al perro?

—Nada, una tontería...

—Ahora no me tengas en ascuas. Dímelo.

—Resbalé y...

—¿Por qué no me habías dicho nada?

La voz de Livia era la del principio de una riña.

Y, en efecto, hubo un amago de riña. Un amago de riña que hizo muy feliz al comisario.

Su felicidad se multiplicó por dos al ver lo que le había dejado Adelina en la cocina.

Luego, como ya era la hora de las noticias de las diez, encendió el televisor y

puso Televigàta. Estaba hablando Ragonese.

«... de dos indiscreciones de fuentes de confianza que se han puesto en contacto con nosotros. La primera es que Nicotra se habría hecho con una pistola que se guardaba en la caja fuerte de la empresa. ¿Con qué fin, nos preguntamos, si no el de matar al amante de su mujer o a la pareja sorprendida en pleno acto? La segunda es que la mujer de Nicotra, Inge Schneider, se encontraría ya en Alemania. Y eso da validez a la tesis que hemos defendido desde que se produjo el delito: que se trata de una traición conyugal que lamentablemente acabó con derramamiento de sangre. Sin embargo, en este caso la víctima es el marido, desarmado por el amante, que le disparó en legítima defensa o por accidente. Una tesis que, por lo que sabemos, el comisario Montalbano se niega a tomar en consideración mientras pierde el tiempo y el dinero que pagamos todos los contribuyentes tras alguna de sus rebuscadas fantasías...».

Ragonese había hecho una especie de resumen de los capítulos anteriores.

Y eso quería decir que se había acabado el entreacto y que el inicio del tercer acto estaba a la vuelta de la esquina.

Cambió de canal.

Ponían una competición ciclista que tenía lugar bajo una leve llovizna.

A la cabeza de todos iba un corredor solitario. Una voz en *off* decía:

«Bartoletti guía al pelotón...».

Ese verbo lo golpeó como un mazazo en plena frente.

«Guía».

Y si Nicotra...

¿Y si Nicotra se hubiera metido en la galería no para esconderse de quien le había disparado, sino para dar una indicación precisa al pelotón, es decir, a sus amigos o a la propia policía?

Como si dijera: «La verdad de mi muerte hay que buscarla aquí, en la obra».

Si los tiros iban por ahí, se confirmaba la idea que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo, aunque todavía era demasiado confusa, demasiado incierta...

Al día siguiente, por la mañana, subió al coche y se fue al hospital de Montelusa para que le quitaran los puntos.

Luego volvió a subir al coche y se dirigió a la jefatura. Se detuvo delante de un café que era prácticamente el bar de la policía, y desde allí llamó con el móvil a Jannaccone.

—*Dottore*, estoy a punto de salir para ir a verlo —dijo este.

—Pero si yo ya estoy en Montelusa.

—Entonces venga.

—No, no me gustaría encontrarme con...

—Hoy no viene.

—En ese caso, voy para allá.

Aparcó mejor, bajó del coche a toda prisa y diez minutos después estaba delante de Jannaccone.

No tuvo necesidad de abrir la boca.

—No tardamos mucho en descubrir lo que contenía la caja fuerte —anunció Jannaccone—. Encontramos fragmentos minúsculos de papel moneda.

—¿Euros?

—Sí.

—¿Auténticos?

—Sí. Piense que esos fragmentos estaban en todos los estantes. Allí dentro debía de haber millones y millones de euros.

—Dinero negro.

—Eso creo yo.

—¿Huellas dactilares?

—Sí. De un solo hombre.

—¿Han conseguido...?

—Sí, eran las tuyas, *dottore* —contestó Jannaccone con una sonrisa. Y prosiguió —: ¿Se acuerda de que dentro del chalet se distinguían con mucha claridad las pisadas de los dos que habían entrado?

—Claro.

—Las mismas pisadas, menos evidentes, las encontramos en el sótano, delante de la caja fuerte.

—O sea, ¿que sería lógico suponer que esos dos, además de matar a Nicotra y de secuestrar a su mujer y al huésped anciano, también sustrajeron el dinero?

—Eso parece.

—De esta historia de la caja fuerte... habría que hablar lo menos posible...

Jannaccone lo entendió al vuelo.

—Bueno, pero piense que, en un momento u otro, tendré que presentar mi informe al jefe superior.

—¿Hay prisa?

—No, puedo esperar cuatro, cinco días...

—Gracias.

—Ah —añadió Jannaccone—, me pareció que sería mejor cerrar bien la persiana del garaje con un candado. Aquí tiene las llaves.

Después de contarles a Fazio y a Augello lo que había descubierto gracias a Pitrireddru primero y a Jannaccone después, Montalbano quiso escuchar sus opiniones.

Sin embargo, en lugar de eso, Augello, que en un momento dado había puesto cierta cara de sorpresa, le salió con una pregunta:

—¿Me repites cómo era el tatuaje?

—Según Pitrireddru, era un sol con sus rayos y con cara de hombre. En el brazo izquierdo.

Augello se quedó en silencio, con la mirada perdida.

—Oye, que no tengo el don de leerte el pensamiento —dijo el comisario.

—Perdona —contestó el otro—, pero estoy seguro de que ese tatuaje lo vi hace unos años... Lo que pasa es que no recuerdo ni dónde ni quién era el hombre que lo llevaba.

—¿En serio? —preguntó Montalbano—. Si consiguieras acordarte, sería como si nos tocara la lotería.

—Por ahora mejor que lo deje, cuanto más me esfuerzo peor resulta. En fin, si quieres saber mi opinión, te digo que me parece que por fin tenemos el móvil de todo este asunto.

—¿Y cuál es?

—El robo del dinero de la caja fuerte.

—¿Tú crees que fue eso?

—Estoy convencido.

—¿Para ti cómo fueron las cosas?

—Esos dos hombres irrumpieron en el chalet y los sorprendieron a todos cuando ya estaban durmiendo. Mientras uno retenía a punta de pistola al viejo y a Inge, el otro obligaba a Nicotra a bajar al sótano, sacar el dinero y meterlo en tres o cuatro sacos. Entonces...

—Demasiado arriesgado —lo interrumpió Fazio.

—¿En qué sentido? —preguntó Augello.

—En el sentido de que dos hombres solos, para una operación tan difícil, me parecen pocos.

—Además —agregó el comisario—, dice Jannaccone que en el sótano encontraron las pisadas de los dos, no las de unos pies descalzos, que habrían sido los de Nicotra. Y, entretanto, ¿quién vigilaba a Inge y a su supuesto tío?

—¿Y no podría ser que antes de ir al garaje hubieran amordazado y atado con una cuerda a Inge y al tío, de forma que no pudieran moverse?

—Sí, es posible, pero llegados a este punto tenemos que hacernos una pregunta —dijo Montalbano—: ¿quiénes eran esos ladrones?

—Explícate mejor.

—Me cuesta creer que fueran ladrones comunes, de los que desvalijan casas o cometen atracos. Esto es algo gordo, se trataba de robar una cantidad de dinero enorme que no se consigue ni sumando lo que hay en todos los bancos de Vigàta. Esos dos fueron a tiro hecho porque estaban al tanto de la existencia de la caja fuerte oculta en el garaje. ¿Y cuántas personas conocían ese secreto? Seguro que se pueden contar con los dedos de una mano y te sobran.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que podría ser un robo por encargo. Los ladrones actuaron por cuenta ajena. Y, tarde o temprano, los que han sufrido el robo acabarán por descubrir a quienes lo encargaron. Y a ver dónde encaja el muerto... ¿Por qué no cambiamos de tema? —Y, dirigiéndose a Fazio, preguntó—: ¿Qué noticias me traes?

Fazio sacó una hoja del bolsillo y la leyó.

—*Dottore*, las autoridades regionales han parado obras de las empresas Rosaspina, Albachiara, Soledoro, Lo Schiavo, Spampinato y Farullo. Seis en total.

—Dame ese papel.

Fazio se lo entregó y el comisario lo estudió durante un rato. Luego preguntó:

—La sociedad que había empezado los trabajos de canalización de agua se llamaba Primavera, ¿no?

—Exacto.

—Pero ¿lo de Primavera, Rosaspina y toda esa ristra de empresas son apellidos o nombres de fantasía?

—De fantasía, *dottore*. En cambio, Lo Schiavo, Spam...

—Son apellidos, eso ya lo veo.

Le entró un impulso repentino de ver una de esas obras paradas.

—Aparte de la de Rosaspina, ¿cuál es la obra más cercana?

—La de Albachiara, en el término de Riguccio.

—Ahora tienes que averiguar otra cosa. Quiero saber quién está al mando de esas seis empresas.

—Los nombres de Rosaspina los tengo y ya se los dije. Para los demás harán falta unos días.

—Muy bien, pero no te entretengas mucho.

Y dio por terminada la reunión.

Salió de la comisaría una hora antes de lo habitual porque quería ir a ver la obra clausurada de Albachiara, empresa que, según le había contado Gambardella, había ganado la contrata para la construcción de un centro penitenciario.

De camino al término de Riguccio, se preguntó de dónde le había llegado ese fuerte impulso, y se dio cuenta de que no conseguía quitarse de la cabeza la suposición que había hecho la noche anterior, esto es, que Nicotra, al ir a morir dentro

de la galería, hubiera querido dar alguna información.

Por la mañana, al despertarse, había visto que el día iba a ponerse feo. El cielo estaba cubriéndose. Y, en efecto, ya había empezado a llover en serio.

Llegó y detuvo el coche, pero se quedó dentro. Llovía demasiado para salir, se habría empapado.

En la obra había en total tres excavadoras que estaban estacionadas al principio de un enorme espacio despejado, al pie de una colina que, debido a las grandes lluvias de los últimos días, estaba desmoronándose en parte por abajo.

Había otra cosa que Montalbano no distinguía, ya que los limpiaparabrisas no funcionaban bien.

Algo apartada, hacia el margen izquierdo de la explanada, había una construcción que debía de ser de cemento y que parecía una pirámide de una sola pieza de quince metros de altura.

¿Para qué podía servir algo así?

Arrancó y se acercó. Abrió la puerta para verla mejor.

Entonces lo entendió.

Habían retirado el fango del espacio central para amontonarlo en aquel punto, pero, al estar todavía medio líquido, había ido resbalando poco a poco hasta adoptar una forma piramidal antes de secarse.

El comisario se quedó mirándola, embelesado.

Una pirámide de fango.

Era precisamente la representación, al mismo tiempo concreta y simbólica, de todo lo que, poco a poco, parecía cada vez más evidente en su cabeza.

Y se preguntó si no habría sido Nicotra, como el ciclista solitario, el que lo había «guiado» hasta aquel lugar.

Cuando llegó a la *trattoria*, el aguacero ya se había transformado en un auténtico temporal. La visita a la obra y el mal tiempo le habían quitado el apetito.

Al entrar, solo vio a otros dos clientes habituales. El televisor estaba encendido.

Hablaba Zito, de Retelibera, su amigo.

Decía que la clausura casi simultánea de seis obras de la provincia de Montelusa habría provocado una situación grave, y que una delegación de trabajadores de la construcción que llevaban tiempo sin cobrar y que corrían peligro de despido había ido a ver al gobernador civil, quien había prometido interceder de inmediato ante la administración regional para lograr el desbloqueo de las obras en cuanto las empresas hubieran regularizado su situación.

Justo en aquel momento se acercó Enzo para tomar nota. Pero no lo vio como siempre, parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —le preguntó el comisario.

—Estoy pensando en mi cuñado 'Ntonio, que es padre de tres hijos y tiene miedo

de quedarse sin trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Es aparejador de Farullo, una empresa a la que han cerrado la obra de Sicudiana.

Montalbano aguzó el oído.

Enzo continuó:

—Han empezado a hablar de una reducción de personal en caso de que el cierre se prolongue.

—¿Y tú sabes por qué los inspectores de la región...?

Enzo lo interrumpió.

—Ese es el quid de la cuestión.

—¿En qué sentido?

—Mi cuñado 'Ntonio jura y vuelve a jurar que por su obra no ha pasado ningún inspector. Los jefes de la empresa dicen que han tenido que cerrar por orden de los inspectores, pero es un embuste. Además, 'Ntonio asegura que en esa obra todo está en regla.

—Entonces ¿qué explicación hay?

—Ninguna.

—Me gustaría hablar con tu cuñado. Si no le molesta, ¿podría venir a comisaría a las tres?

—Ahora mismo lo llamo y se lo pregunto.

Volvió al cabo de cinco minutos.

—Muy bien, irá a las tres. Bueno, ¿y qué le pongo hoy?

Comió poca cosa, para enorme disgusto de Enzo.

Salió de la *trattoria* y acabó empapado. El agua caía sin piedad y un viento furioso y fuerte impedía incluso caminar. Las alcantarillas rebosaban y las aceras estaban inundadas.

'Ntonio Garzullo era un hombre de unos cuarenta años, flaco, gafotas y que vestía bastante mal. Estaba muy nervioso.

—*Dottore*, Enzo ha hecho una gilipollez tremenda al contarle algo que dije solo para desfogarme y estando en familia —empezó, mientras se secaba la cabeza con el pañuelo.

—Enzo sabía perfectamente que no estaba hablando con un comisario, sino con un amigo. Y sépalo también usted. Vamos a tener una charla en privado de la que no va a enterarse nadie.

'Ntonio pareció tranquilizarse un poco y quiso justificar las palabras que acababa de decir.

—Es que, como comprenderá, si llega media palabra a oídos de la gente de Farullo, me ponen de patitas en la calle.

—No les llegaré nada, se lo aseguro.

—Dígame qué quiere saber.

—Para empezar, ¿está absolutamente seguro de que los inspectores regionales no se han presentado nunca por esa obra?

—Sí, señor. Como que me llamo 'Ntonio. Estoy en la obra de la mañana a la noche. Jamás han puesto un pie allí. Y tampoco han ido por las oficinas.

—Entonces ¿cómo se han enterado de que la orden de clausura procedía de la administración regional?

—Nos lo dijo oficialmente el director del proyecto, el ingeniero Gangitano, que nos reunió a todos para darnos la noticia.

—¿Recuerda las palabras exactas?

—Dijo que los inspectores habían encontrado algo que no se correspondía con la contrata.

—¿Se trata de una contrata importante?

—Sí, señor. La construcción de una promoción de viviendas de protección oficial.

—¿Usted se lo explica?

—No, señor. Pero hay otra cosa extraña.

—¿El qué?

—Que en la obra de la empresa Spampinato, en Montereale, ha pasado exactamente lo mismo.

—¿En Montereale tampoco han ido nunca los inspectores a la obra, pero la han cerrado?

—Exacto. Y al enterarme me entró curiosidad e hice algunas preguntas. ¿Quiere saber qué conclusión saqué?

—Desde luego.

—Los inspectores solo fueron a dos obras, la de Rosaspina y la de Lo Schiavo. Por las otras cuatro no se les ha visto el pelo.

—A mí me ha dicho una persona informada que también han ido a la de Albachiara.

—No, señor. Puedo asegurárselo. Quieren hacer creer que sí, pero no es cierto.

Entonces se encendió y se apagó al instante una especie de bombilla en la cabeza del comisario.

—¿A todos los que trabajaban en su obra Farullo los tenía en regla?

De golpe y porrazo, 'Ntonio Garzullo, que estaba de lo más tranquilo, se alteró y se revolvió en la silla.

—¿En qué sentido?

—Me ha entendido perfectamente.

Los truenos provocaban un estruendo tan continuo que para hablar tenían que alzar la voz.

'Ntonio contestó entre dientes, de mala gana:

—Digamos que... un sesenta por ciento. Los otros no tienen papeles. Son

clandestinos, sin permiso de residencia, sin nada... Pero, por el amor de Dios, *dottore*, le pido que...

—Tranquilo.

—De todas formas... No son los únicos que lo hacen, en todas las demás obras ocurre lo mismo.

—¿A los que no tienen papeles les pagan en negro?

—Sí, señor.

—¿Y a los que están en regla cómo les pagan?

—No entiendo la pregunta.

—¿Con un cheque? ¿Con una transferencia bancaria? ¿En efectivo?

—En efectivo. Total, ninguno llega a los mil euros.

La bombilla volvió a encenderse y a apagarse en el cerebro del comisario.

Se planteó una pregunta concreta: ¿y si a todos, daba igual que tuvieran papeles o no, les pagaban en B?

¿No sería un sistema genial para blanquear dinero negro?

Sonrió a 'Ntonio, le dio las gracias y se despidió de él.

En cuanto se quedó solo, llamó a Pasqualino, el hijo de Adelina, que era un ladrón al que él mismo había detenido. Sin embargo, de vez en cuando el hombre le hacía algún que otro favor.

—Dígame, *dottore*.

—¿Estás ocupado?

—No, señor.

—Me gustaría hablar contigo.

—Estoy por la zona. Voy enseguida.

Se presentó al cabo de diez minutos, se quitó el impermeable, que chorreaba, y se sentó.

—Necesito una información.

—A su servicio.

—¿Por un casual no habrás oído hablar de un gran robo que se produjo hace unos días?

—¿Un robo de qué?

—Dinero. Estaba en una caja fuerte.

—¿De un banco?

—No, de un particular.

—¿Aquí, en Vigàta?

—Sí. En el término de Pizzutello.

—¿Donde mataron a aquel chico?

—Exacto.

Pasqualino negó con la cabeza.

—No es cosa nuestra. Y no creo que hayan sido ladrones de fuera, porque nos habríamos enterado.

Con eso tenía la confirmación de que no se trataba de un robo perpetrado por delincuentes comunes, como defendía Mimì.

En cuanto se fue Pasqualino, entró el subcomisario.

—Estoy estrujándome el cerebro para recordar dónde he visto ese tatuaje del sol... ¿Ese Pitrireddru no te dio más detalles?

—Te he contado todo lo que me había dicho.

—Si pudiera confirmarme lo de que llevaba bigote, decirme si se fijó en alguna cicatriz...

—No creo que se acuerde. Aparte de que es lo que es, una mula parda con cabeza de chiquillo, debió de quedarse conmocionado con la escena que vio.

—¿Crees que si voy a hablar con él se liaría conmigo a puñetazos?

—Es probable. Claro que, si consigues identificar a ese hombre, habremos dado un paso de gigante.

—Ya lo sé. Es lo que me desespera.

—Podríamos ir juntos. De mí se fía. Pero tendría que contarle un embuste, como que ha llamado Inge y ha preguntado por él, y no me veo con fuerzas, me da pena.

—Oye, se me ha ocurrido una idea. ¿Y si voy a verlo yo solo diciendo que soy un amigo de Inge, que vengo de Alemania y que le traigo recuerdos suyos?

—Puede que funcione.

—Entonces, cuéntame cómo llegar.

—Pero ¿pretendes ir allí con este mal tiempo?

—Sí, que si no esta noche no duermo.

Montalbano le hizo hasta un croquis del camino y del sendero que llevaba a la parte trasera de la casa de Pitrireddru, y le recomendó ir al atardecer para evitar a la vieja.

Hacia las cinco y media recibió una llamada de Gambardella. Tenía la voz alegre.

—Querido *dottor* Montalbano, ¿lo molesto?

—En absoluto.

—No lo he entendido. Esto parece el diluvio universal.

—Digo que no me molesta.

—Quería contarle que me ha llamado Ascioffa. Por lo visto, mi truquito de la carta extraviada ha funcionado.

—¿Qué le ha dicho?

—Que esta mañana lo ha llamado el ingeniero Riggio, el director del proyecto con el que se había peleado, para comunicarle que, si quería volver a trabajar con Albachiara, en cuanto se desbloqueara la situación de la obra, no habría problema.

—¿Y Ascioffa?

—Le ha dado las gracias, fingiendo estar emocionado, y ha aceptado la oferta. Ahora se siente más seguro. Me llamará dentro de unos días. ¿Qué le parece?

Si esperaba recibir la enhorabuena del comisario, el periodista se llevó un chasco.

—Vayan con mucho cuidado —le advirtió.

—¿Por qué? —Gambardella se sorprendió.

—Ese cambio de idea repentino de Albachiara... No sé... Me huele a chamusquina.

—Pues yo creo que han mordido el anzuelo. Y que con eso pretenden ganarse el silencio de Ascioffa.

—Sea como sea, vuelvo a recomendarle prudencia.

—No nací ayer —replicó, un tanto molesto, Gambardella.

—Y hágame un favor. Si va a reunirse con Ascioffa, comuníqueme con antelación la hora y el lugar.

Justo cuando colgó el teléfono, se fue la luz en toda la comisaría.

El temporal estaba en su máximo apogeo: el viento azotaba los cristales de las ventanas y los continuos relámpagos iluminaban el cielo como si estuvieran en pleno día. En ese momento, se produjo una especie de entreacto cómico.

Catarella apareció en la puerta con una vela en una mano y un posavasos en la otra. Las dos le temblaban.

—Le traigo una vela.

—¿Por qué tiemblas?

—Porque los *relámpagos* me impresionan.

Intentó dejar el posavasos encima de la mesa, pero, debido al temblor, se le resbaló y cayó al suelo.

Se agachó para recogerlo y, al hacer ese movimiento, acercó la vela al montón de papeles por firmar, que empezaron a arder al instante.

Entre maldiciones, Montalbano les dio un empujón y las hojas prendidas cayeron en parte al suelo y en parte encima de Catarella, que se estaba levantando.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me quemó! —gritó el pobre, mientras salía corriendo del despacho.

Se produjo un gran guirigay. Entraron dos agentes, que apagaron los papeles a base de pisotones.

—Id a ver dónde se ha metido Catarella —ordenó el comisario.

En ese momento volvió la luz, y con ella, Catarella. Estaba completamente empapado, pero orgulloso.

—*Dottori*, en cuanto he *impizado* a arder he pensado que lo mejor era salir *curriendo* a la calle y meterme debajo del aguacero para apagar las llamas. ¿Lo he hecho bien?

En el momento de entrar en su casa aún diluviaba, si bien parecía que había pasado lo peor.

Decidió cenar en la cocina, ya que, por culpa del fuerte viento, no podía ni dejar abierta la cristalera del porche.

El mar había cubierto la playa, se había apoderado de ella, la había hecho desaparecer. Unos metros más y llegaría hasta la pared de la casa.

Se resarcía de lo poco que había almorzado comiendo en abundancia, disfrutando de cada bocado de la estupenda ensalada de marisco y los rollitos de pez espada que había preparado Adelina.

Luego lo recogió todo y llamó a Livia.

—Aquí también llueve mucho desde esta mañana. Claro que yo he tenido que salir igualmente.

—¿Y eso?

—*Selene* me ha montado una buena, se ha hartado de estar encerrada en casa. He aprovechado un momento que no llovía y...

Se interrumpió y estornudó.

—¿Lo ves? —dijo Montalbano, enfadado—. No hagas tonterías, Livia, aún no te has recuperado del todo y enseguida te... No tienes que ser imprudente.

—¿Me estás soltando un sermón? ¿En serio? ¡Qué importancia tiene un leve constipado!

Mejor así. ¡Qué maravilla volver a oír a una Livia guerrera! Gracias, santa *Selene*, eternamente alabada.

Luego se sentó en la butaca y encendió el televisor para ver las noticias de Retelibera.

«... el desplome de un ala del edificio B se ha producido a las siete y media de la tarde, durante un violento temporal. El vigilante del complejo, Augusto Pillitteri, de cincuenta y seis años, que por casualidad se encontraba en el interior, ha sufrido heridas en la cabeza y el tórax. Está ingresado en el Hospital San Antonio de Montelusa con pronóstico reservado. Hace unos meses, otro edificio del mismo complejo escolar de Villaseta...».

Al oír esas dos últimas palabras, Montalbano se irguió en la butaca y prestó mucha más atención.

«... se declaró impracticable cuando hacía poco que se había entregado al Ayuntamiento. Hemos preguntado por una posible explicación al ingeniero Emanuele Riggio, director de construcción del complejo por parte de la empresa Albachiara, y amablemente nos la ha ofrecido. He aquí sus declaraciones».

Desapareció la cara de Zito y apareció la del ingeniero. Era un individuo de unos cincuenta años, de rasgos marcados, pelo casi al cero, ojos fríos y una herida en lugar

de labios.

«Hay muy poco que contar. Todo el complejo se levanta en una zona, no elegida por nosotros, que quede claro, sino por los Ayuntamientos de Vigàta y Montelusa, que es proclive a los corrimientos de tierras. Por supuesto, antes de empezar las obras, nuestra empresa se dirigió a un experto, el ilustre profesor Augusto Maraventano, quien, tras una prueba pericial, determinó que la zona era perfectamente edificable. Tras la declaración de impracticabilidad de uno de los edificios, el tribunal ordenó una nueva prueba pericial geológica que, por desgracia, demostró el inexplicable error de la evaluación hecha por el profesor Maraventano. En consecuencia, Albachiara quedó exculpada de toda responsabilidad. El hundimiento de hoy debe atribuirse única y exclusivamente al violento temporal, que, es evidente, ha provocado un nuevo corrimiento debido a las filtraciones».

Cuando desapareció el duro rostro del ingeniero, que al decir la última frase se había vuelto aún más duro, reapareció el de Zito.

«Debido al temporal, ha habido otros daños en varias localidades de la provincia. En Montelusa...».

Montalbano apagó el televisor.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la sala de estar.

Pese a que el ingeniero había hecho aquella declaración preventiva, no cabía duda de que el desplome haría renacer con más fuerza los rumores y las insinuaciones que había habido la vez anterior, cuando se habían conocido los daños en el primer edificio.

Albachiara iba a verse de nuevo envuelta en dudas y sospechas en un momento muy delicado, pues tenía la obra del término de Riguccio parada por irregularidades.

Y todo eso quería decir que el reportaje de Gambardella, basado en las revelaciones de Ascioffa, podía suponer un golpe mortal para la empresa y mandar a alguien a la cárcel.

En cualquier caso, si la gente de Albachiara no había tenido escrúpulos a la hora de pegarle un tiro a un pobre albañil que no sabía prácticamente nada de sus tejemanejes, a saber qué le harían a Ascioffa, que sí conocía cosas, y muchas.

Lo suficiente para acabar con la empresa.

Se fue a la cama preocupado por el periodista y el jefe de obra.

Tenían que actuar con suma cautela. ¿Serían capaces?

Cuando se durmió, el viento había amainado, pero la lluvia continuaba.

Se despertó más tarde de lo habitual.

Seguía lloviendo y, a pesar de que eran las ocho, dentro de casa casi no se veía nada. Se había ido la luz. Al cabo de una hora ya estaba listo para salir.

El camino de su casa a la carretera provincial de Vigàta se había transformado en un torrente de fango. A su coche le costó Dios y ayuda superar la subida. En la

provincial había una hilera interminable de vehículos inmóviles, uno pegado al otro. Tardó más de una hora en llegar a la comisaría.

—¡Ah, *dottori*! Parece que estaría en la sala de expectativa el abogado Idiota con un cliente suyo, el cual querría hablar con usía personalmente en persona.

—Catarè, ¿qué chorradas me estás contando?

—¿En concretamente, *dottori*?

—No es posible que el abogado se llame así.

—A mí también me ha *paricido* bastante extraño, pero puedo poner la mano en fuego.

—¿Está Fazio?

—Se encuentra *in situ*.

—Mándame primero a Fazio y luego al abogado.

El inspector jefe entró en el despacho.

—¿Alguna novedad? —preguntó el comisario al verlo.

—Sí, jefe.

—Lo hablamos luego. Ahora siéntate y escucha conmigo, a ver qué quiere un abogado que ha venido.

Llamaron con suavidad a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el comisario, levantándose.

Entró un individuo de unos cuarenta y cinco años, alto, distinguido, de sonrisa cordial y maneras desenvueltas. En la mano izquierda llevaba una cartera elegante que debía de costar un ojo de la cara.

Tras él iba otro señor, de unos cuarenta años, flaco, mal vestido y desaliñado, con los ojos hundidos y barba de varios días.

—Soy Eugenio Isiota, abogado.

Apretón de manos a tres bandas.

—Y este es mi cliente, Pino Pennisi.

El susodicho no dio la mano a nadie, se quedó con los brazos colgando a ambos lados, la mirada clavada en el suelo y las rodillas ligeramente flexionadas.

—Siéntense —dijo Montalbano, señalando las dos sillas de delante de su mesa.

Fazio, que se había quedado de pie, garabateó algo en un papel y se lo dio al comisario.

—Es el número de teléfono que me había pedido —dijo, mientras iba a sentarse en la butaca.

En el papel ponía: «Pen trajo a Inge a Vig».

Entonces Montalbano recordó lo que les había contado Terrazzano.

Inge había llegado a Vigàta procedente de Alemania porque era novia de un albañil.

Aquel Pino Pennisi que ahora tenía delante.

—Cuénteme —dijo el comisario con cordialidad.

La sonrisa amable del abogado desapareció de golpe y su gesto se tornó serio.

—Mi cliente, Giuseppe Pennisi, llamado Pino, ha venido a entregarse —dijo, con voz solemne.

Fue exactamente como si hubiera dicho que fuera llovía. Fazio permaneció impasible. Montalbano, por su parte, no pareció conferir valor alguno a esas palabras.

Abrió un cajón, buscó algo dentro, no lo encontró, cerró el cajón y preguntó a Fazio:

—¿Tienes un caramelo?

—No, *dottore*, lo siento.

Entonces se sintió obligado a dar explicaciones al abogado, que lo miraba atónito:

—A veces me entra un picor en la garganta que solo con los caramelos...
Perdone, ¿estaba diciéndome que su cliente había venido a entregarse?

—Sí... —contestó el abogado.

Se había desinflado un poco, el numerito de los caramelos le había estropeado el efecto que esperaba conseguir.

—¿Qué ha hecho?

—Mató a Gerlando Nicotra en legítima defensa.

Montalbano y Fazio se miraron y se entendieron.

Había empezado el tercer acto.

—Ah —dijo el comisario.

Y no añadió nada. Se hizo el silencio. Montalbano parecía perdido en la observación de las gotas que, debido al viento, repiqueteaban contra los cristales de la ventana.

Al fin, se decidió a hablar:

—Si tuviera un caramelo...

—¿Quiere que vaya a buscárselo? —propuso Fazio, levantándose.

—Sí, gracias.

Fazio salió. Montalbano soltó un par de veces un «ejem, ejem», se puso en pie, fue hasta la ventana, hizo dos veces más «ejem, ejem» y se sentó de nuevo. El abogado observaba sus movimientos, estupefacto.

Volvió Fazio, dejó un caramelo encima de la mesa y se sentó. El comisario le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca con evidente satisfacción.

—Ya me encuentro mejor —dijo.

—¿Quiere saber cómo sucedió todo? —preguntó el abogado, que quería recuperar las riendas de la situación.

—¿Y por qué no?

—Mi defendido... —empezó Isiota.

—Preferiría oírsele contar al señor Pennisi.

Pennisi tragó saliva dos veces antes de empezar a hablar. Luego abrió la boca y la cerró al instante, como si de repente se hubiera quedado sin fuerzas.

—Ánimo —le dijo el abogado.

—¿Desde el principio? —preguntó el otro.

—Sí.

Pennisi dejó escapar un largo suspiro y empezó:

—Conocí a Inghi cuando trabajaba de albañil en Alemania. Por entonces estaba a punto de cumplir veinte años. Nos enamoramos y empezamos a salir. No tenía ni padre ni madre. Más o menos un año después, me enteré de que aquí había trabajo y decidí volver. Inghi se vino conmigo. Nos metimos en casa de una hermana de mi madre e Inghi empezó a trabajar de cajera en un supermercado. Seis meses más tarde, una noche, al llegar a la casa, no estaba. Mi tía me dijo que había vuelto después de comer, había hecho la maleta a toda prisa y se había marchado con un hombre que la esperaba en un coche. Y desde entonces, y durante unos años, no volví a verla.

—Un momento —lo interrumpió el comisario—. ¿Me está diciendo que se adaptó inmediatamente a la situación? ¿No fue a buscarla? ¿No intentó que volviera a casa?

—No, señor.

—¿No tuvo siquiera la curiosidad de saber cómo se llamaba el hombre con el que se había ido?

—Eso ya lo sabía. Era don Gaetano Pasanisi, el propietario del supermercado.

—¿Cómo se había enterado?

—Inghi me había dicho que le iba detrás y le hacía regalos y propuestas. Y, como se quejaba porque yo llevaba poco dinero a casa, enseguida entendí que el hombre con el que se había largado era él, y por lo tanto era inútil ir a buscarla.

—¿Me confirma que no habían vuelto a verse durante todos estos años, ni siquiera por casualidad?

—Sí, señor. Ella dejó el supermercado, don Gaetano la mantenía.

—Continúe.

—Entonces, hace dos meses, como trabajo en la obra de Rosaspina, en el término de Pizzutello, una mañana, al llegar, me topé con ella. Me miró y me sonrió. Yo seguí andando, pero me llamó. Charlamos un poco y luego se subió a la bicicleta y siguió su camino.

—¿Recuerda qué se dijeron?

—Prácticamente solo habló ella. Me dijo que se había casado con un tal Nicotra, que era contable, y que no tenían hijos. Incluso me señaló dónde vivía, allí al lado de la obra. Me preguntó si estaba casado y le dije que sí y que tenía dos hijos.

—¿Usted conocía a Nicotra?

—Sí, señor, de vista. A veces lo había visto pasar con el coche, pero no sabía que estaba casado con Inghi.

—¿Cómo se despidieron?

Sorprendido, Pennisi miró primero al abogado y luego al comisario.

—¿Qué quiere decir?

—Me gustaría saber únicamente si, en el momento de despedirse, se dieron la mano, se abrazaron o no hicieron nada de todo eso.

Pennisi miró de nuevo al abogado, parecía tener dificultades.

—Cuénteselo todo —dijo Isiota.

—Ella... me abrazó.

—¿Y usted qué hizo?

—También la abracé.

—¿Se dieron un beso?

—No, señor.

—¿Se acuerda de qué hora era?

—Alrededor de las ocho y media de la mañana. Yo llegaba tarde al trabajo.

—¿Y eso pasó en la carretera que lleva a la obra?

—Sí, señor.

—¿No había peligro de que los viese alguien?

—Claro que lo había, aunque creo que no nos vio nadie.

—Siga.

—Al cabo de una semana, cuando iba por la carretera de camino al trabajo...

—¿Iba en coche?

—No, señor, en moto. Al cabo de una semana, pasó exactamente lo mismo. Me preguntó si, al acabar la jornada, podía ir a verla, porque tenía ganas de hablar de los viejos tiempos. Me dijo también que su marido llegaba hacia las ocho, así que teníamos una hora y pico. Le contesté que estaba ocupado, pero insistió y al final le dije que sí.

—¿Y fue?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Volvió a enamorarse de ella?

—No, señor.

—¿Todavía la deseaba físicamente?

—Sí, señor. Quizá en parte porque me pareció que seguía colgada de mí y podía vengarme de ella por haberme dejado.

—¿Se acostaron?

—Esa vez, no.

—Cuénteme exactamente qué hicieron.

—En cuanto llegué, me dijo que, en una de las habitaciones de arriba, estaba un tío suyo que había venido de Alemania, pero que no bajaría y no nos molestaría.

—Un momento. ¿Le había mencionado alguna vez a ese tío cuando estaban juntos en Alemania?

—Me parece que no.

—Siga.

—Nos sentamos en el sofá y empezó a hablar cogiéndome la mano.

—¿De qué le habló?

—Me dijo que no era feliz en su matrimonio, que su marido la descuidaba, que le

había hecho muchas promesas y no había cumplido ninguna, que todo le iba mejor cuando estaba conmigo y trabajaba de cajera...

—¿Se besaron?

—Sí, señor.

—¿Quedaron en volver a verse?

—Sí, señor. Me explicó que no siempre estaba libre de seis a ocho, pero que podía volver al cabo de tres días. Me aseguró que entonces haríamos el amor.

—¿Dónde?

—En el mismo sitio, en la sala de estar, abajo, donde estaba el sofá.

—Tengo una duda. ¿Oyó alguna vez a ese tío suyo, por ejemplo, andar por la habitación?

—Claro. Pero Inghi me aseguró que no bajaría. Y la verdad es que no lo vi nunca, ni de refilón.

—¿En alguna ocasión oyó su voz?

—Una vez, cuando hablaba por el móvil.

—¿Cómo hablaba?

Ante esa pregunta, Pennisi se quedó pasmado, igual que Pittrineddru.

—¿Qué quiere decir?

El abogado decidió intervenir:

—El señor comisario quiere saber si hablaba en italiano o en alemán.

Había hecho énfasis en la última palabra.

—Alemán —repitió Pennisi.

—¿Cuántas veces volvieron a verse, antes de la noche en la que los sorprendió Nicotra?

—Cuatro.

—¿Siempre de seis a ocho?

—Sí, señor.

—Bueno, ahora cuénteme lo de aquella noche.

—La última vez, Inghi me contó que su marido le había dicho que al día siguiente se iría a Palermo después de comer y que volvería un día más tarde, a última hora de la mañana. Era una buena oportunidad para pasar por fin toda una noche juntos. Acordamos que, para no correr riesgos, iría poco después de las doce y que, antes de llamar a la puerta, tenía que mirar si el coche seguía en el garaje. Y eso hice.

—¿Qué excusa le dio a su mujer?

—Que tenía un trabajito que hacer de extranjis.

—¿De noche? ¿Lloviendo?

—Me inventé que se trataba de levantar una pared dentro de una casa y que era una cosa urgente.

—Prosiga.

—Llegué y no vi el coche. Inghi estaba esperándome y me abrió la puerta. Me dijo que me quitara los zapatos.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque no quería que le pusiera la casa perdida de barro y, además, porque así evitaba hacer ruido al subir la escalera. Ella, de hecho, iba en zapatillas. Me los quité, los cogió y los dejó debajo del radiador de la otra punta de la sala, para que se secaran. Hizo lo mismo con el impermeable.

—Entonces ¿subieron al dormitorio?

—Sí, señor, después de que Inghi apagara la luz.

—¿Recuerda si la puerta de la habitación del tío estaba abierta o cerrada?

—Estaba abierta unas tres cuartas partes.

—¿Con la luz encendida?

—No, señor. Lo oí roncar.

—¿Y luego?

—Inghi me hizo pasar y cerró la puerta.

—¿Con llave?

—No, señor. Yo me desnudé, ella se quitó la bata y entonces nos acostamos. Fuera había un estruendo enorme de agua y viento.

—¿Tenían la luz encendida?

—No, señor. Inghi me dijo... Me dijo que le apetecía más hacerlo a la luz de los relámpagos.

—¿Cuándo llegó Nicotra?

—Hacia las tres y media el estruendo se había calmado un poco y los dos oímos que llegaba un coche y se paraba. Inghi lo reconoció por el sonido del motor. Me dijo, temblando, que era su marido. Yo recogí mi ropa, salí y me metí en la habitación del tío mientras ella arreglaba un poco la cama. Luego me dijo desde el otro lado de la puerta que me fuera en cuanto su marido se durmiera.

—¿Dejó la puerta de la habitación del tío abierta tres cuartas partes?

—Sí, sí. Y por eso me vestí con dificultad...

En ese momento, Pennisi se detuvo, abrió la boca, volvió a cerrarla y se removió en la silla. El abogado, que no esperaba la interrupción, lo miró preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Pennisi no dejaba de abrir y cerrar la boca, como si le faltara aire. Luego murmuró:

—No puedo seguir hablando.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —preguntó Isiota, todavía más inquieto.

—Porque tengo la boca seca.

La cara del abogado se relajó de golpe.

A Montalbano le entraron ganas de reír; Isiota había tenido un susto de muerte al imaginarse que Pennisi se había olvidado el papel que tenía que interpretar o había decidido no continuar con la comedia.

Luego Fazio, obedeciendo a un gesto del comisario, se levantó, sirvió un vaso de la botella que estaba siempre encima de una especie de archivador, y se lo ofreció a Pennisi.

El hombre se lo bebió de un trago.

—¿Quiere seguir o prefiere hacer una pausa? —preguntó Montalbano.

—Seguimos, seguimos —dijo el abogado.

—Deje que lo diga él.

Pennisi asintió, pero Montalbano no abrió la boca y entonces Isiota insistió:

—Mi defendido está listo para...

—Lo he entendido. ¿Cuánto tiempo tardó Nicotra en meter el coche en el garaje y subir?

—No me acuerdo.

—Haga un esfuerzo.

—Seis, siete minutos. Mientras tanto yo ya me había vestido y estaba escondido detrás de la puerta.

—¿Tenía miedo?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Usted. ¿Tenía miedo?

—Claro.

—¿Sudaba?

—No me...

—¿Temblaba?

—Le digo que no me...

—¿Tenía la garganta seca como hace un momento?

—¡Ay, Virgen santa! Me...

—No entiendo el sentido de esas preguntas —intervino Isiota, con voz nerviosa.

—¡Abogado, me asombra usted! ¿Pretende argumentar legítima defensa o no?

—¡Desde luego!

—Pues entonces. Con estas preguntas pretendo averiguar cuál era el estado de ánimo de su defendido. Pero si usted no... Yo desisto, ¿sabe?

—Qué va, al contrario...

—No, no, dejemos a un lado ese argumento. Una vez arriba, ¿qué hizo Nicotra?

—Le preguntó a Inghi si estaba durmiendo y ella no contestó. Entonces entró en el baño y se pasó un buen rato dentro.

—¿Cuánto?

Pennisi lo miró boquiabierto. Estaba sudando a mares y le temblaban las manos.

—¿A qué se refiere?

—¿No puede ser más exacto? Eso de «un buen rato» es bastante aproximado, ¿no le parece?

Aturdido, Pennisi le preguntó a su abogado:

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—¡Y yo qué sé! —replicó el otro, de mala manera.

—¿Pongamos que un cuarto de hora? —sugirió el comisario.

—Sí, eso.

—¿Y luego?

—Cuando volvió al dormitorio, ya eran más de las cuatro. Al cabo de un rato se levantó murmurando y bajó, quizá a beber un poco de agua. Por fin, una media hora después me di cuenta de que se había dormido.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Por la respiración regular.

—¿No sospechó que pudiera fingir?

—No, señor.

—Según usted, ¿cómo se enteró Nicotra de que había un desconocido en su casa? ¿Vio su impermeable y los zapatos en la planta baja?

—No creo que se fijara.

—¿Por qué?

—Porque estaban al fondo, al lado del sofá, y allí la luz estaba apagada.

—¿Entonces?

—Para mí que la historia de que debía irse a Palermo no era cierta. Se lo había inventado, era una trampa en la que caímos Inghi y yo. Si acaso, se percató de que yo estaba en la casa al ver la moto aparcada al lado del garaje.

—Eso no explica cómo se enteró Nicotra de que su mujer le ponía los cuernos con usted.

—A lo mejor se lo sopló alguien.

—¿Quién?

—Algún compañero mío que me había visto cuando iba a encontrarme con Inghi.

—¿Qué motivo habría tenido para complicarle la vida?

—Yo qué sé, quizá me tenía envidia... Porque me la... Inghi era... Es una chica muy guapa.

—Cuénteme qué hizo cuando creyó que Nicotra se había dormido.

—Empecé a andar con mucho cuidado.

—¿A andar?

—Salí de la habitación.

—¿Y el tío de Inge no se despertó en ningún momento?

—No, señor.

—¡Qué raro! —exclamó el comisario.

—Probablemente no oía bien o tomaba algún somnífero —apuntó el abogado.

—Ya, ya... ¿Y después de salir de la habitación?

—Seguro que tardé un cuarto de hora en bajar por la escalera; iba muy despacio.

—¿Y al llegar abajo qué hizo?

—Como estaba confundido y asustado, y en lo único que pensaba era en salir pitando de aquella casa, fui directo a abrir la puerta, que no estaba cerrada con llave. Y en ese preciso instante, cuando ya estaba a punto de salir a la calle, me di cuenta de que iba descalzo. Corrí al otro extremo de la habitación, me puse los zapatos, que estaban debajo del radiador, agarré el impermeable y volví a la puerta. Entonces la voz de Nicotra me dejó paralizado.

—¿Qué dijo?

—«Quieto o disparo».

—¿A gritos?

—Creo que no.

—¿Con un susurro?

—Yo lo oí y ya está.

—¿Se quedó inmóvil y...?

—Instintivamente, levanté los brazos para poner las manos en alto y, mientras se acercaba, oí que decía que quería ver la cara del que se estaba tirando a su mujer.

—O sea, ¿que ni siquiera por un momento lo confundió con un ladrón?

—No, señor.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me di cuenta de que estaba jodido. Cuando lo tuve al lado, me ordenó que me diera la vuelta. Yo, sin pensármelo dos veces, me dije que de perdidos al río, me volví de golpe y le tiré con fuerza el impermeable que tenía en la mano derecha levantada y...

—Felicidades. Buena reacción —comentó Montalbano. Y luego, dirigiéndose a Fazio, añadió—: ¿A que fue una buena reacción?

—Estupenda —respondió el otro.

Y siguió escribiendo, como había empezado a hacer un rato antes, cuando al volver con el caramelo, el comisario le había hecho un gesto disimulado para que tomara notas.

—¿Y luego?

—Luego le agarré la mano y traté de quitarle la pistola, aunque no lo conseguí. Me atizó un rodillazo en la entrepierna, pero, a pesar del dolor, no lo solté. Empezamos a forcejear y, de pronto, los dos estábamos prácticamente fuera de la casa y él me daba la espalda, pero con el brazo de la pistola vuelto hacia mí. Le retorcí tanto la mano que tuvo que abrirla, y fue entonces cuando lo desarmé, le di un buen empujón y disparé en un solo movimiento. No tenía intención de hacerlo, fue una cosa que me salió de manera instintiva.

—El instinto defensivo natural —subrayó Isiota.

—Siga, siga —pidió Montalbano, entusiasmado.

—Después del disparo, me quedé boquiabierto. Lo vi subirse a la bici de Inghi, que estaba al lado de la puerta, y salir huyendo. Entonces fue como si ella, que había bajado y había presenciado parte de la pelea, se volviera loca.

—¿Qué decía?

—Se puso a pegar gritos, me abrazaba con mucha fuerza y temblaba de la cabeza a los pies. Decía que iban a echarle la culpa a ella y que no podía dejarla así. Y luego subió corriendo, llamando a su tío.

—Que no se asomó en ningún momento...

—No, señor.

—¿No le parece raro que no bajara ni siquiera al oír el disparo?

—Puede que tuviera miedo.

—Continúe.

—Yo aproveché para salir a toda pastilla; me subí a la moto y me largué de allí a toda velocidad.

—¿Por el mismo camino que Nicotra?

—Es el único que hay.

—¿Y no lo alcanzó?

—No, señor. Ni siquiera lo vi.

—Deduzco que tampoco ha vuelto a ver a Inge.

—Exacto.

—Oiga, ¿y qué ha hecho con la pistola? Era una pistola, ¿verdad? No un revólver.

—Sí, señor, una pistola de aquí, una Beretta. Un amigo mío tenía una idéntica. Me di cuenta de que la llevaba en el bolsillo de camino a casa, ni me acordaba de habérmela guardado.

—¿Aún la tiene?

—No, señor, la tiré desde el puente al Simeto, que se había convertido en un río de fango, más que de agua.

—Una última curiosidad. Nos encontramos la almohada de la cama del tío manchada de sangre. ¿Le golpeó usted aquella noche, quizá para que se tranquilizara?

—No, señor. Pero Inghi me habló de esa historia.

—¿Qué historia?

—Un día me dijo que, a veces, su tío se ponía a sangrar de repente por la nariz.

—¡Ah, claro! —exclamó el comisario—. ¿Aquel día volvió a ver si Inge seguía en la casa o se había ido?

—No, señor, no volví.

—¿Sabe que hemos encontrado el coche de Nicotra quemado?

—Sí, señor. Me enteré por la televisión.

—En ese caso, no podrá explicarnos...

—No, señor.

—Y eso es todo —dijo en ese punto el abogado—. Ahora, si podemos releer la declaración...

—¿A qué declaración se refiere? —preguntó el comisario, poniendo cara de acabar de caerse de un guindo.

—Pues a la que recoge la confesión de mi cliente... Lo que ha ido escribiendo su...

—Pero ¿tú le estabas tomando declaración? —preguntó Montalbano a Fazio, sorprendido.

—¿Yo? No, no. Si ni siquiera me lo ha ordenado. Yo estaba redactando el informe aquel que quería.

—Ajá. ¿Lo ve? No hay declaración.

El abogado perdió por completo la compostura.

—Pero... Pero ¡¿qué coño es esta forma de proceder?! —preguntó a gritos.

—Utilice un lenguaje correcto y baje la voz.

—¡¿Qué significa esto?! Se pasa media hora recogiendo la declaración de mi defendido y luego...

—¡Yo no he recogido nada! ¡No trate de cambiar las cartas que están encima de la mesa! Usted me ha preguntado si quería oír cómo había sucedido todo, y yo, por pura cortesía, he accedido.

—¡Está negando la evidencia! Pero ¡si se ha puesto a hacer un montón de preguntas puntillosas!

—¡Ha sido por puro instinto! Me he dejado llevar por la curiosidad. ¡Es una historia apasionante!

El abogado se mordió los labios, se recolocó la corbata y trató de tranquilizarse un poco.

—¿Debo deducir de su actitud que se niega a proceder a la detención?

—¿Está de broma? ¡No deduzca nada, por favor se lo pido! He tomado buena nota y voy a proceder como es debido. Tenga cinco minutos más de paciencia. Ahora llamo a quien corresponde.

Seleccionó un número de la memoria del teléfono y luego habló:

—¿*Dottor* Jacono? Buenos días. Perdona que lo moleste, pero se ha presentado en comisaría el abogado Isiota con su defendido, el señor Pennisi, que declara haber matado a Gerlando Nicotra. ¿Qué hago? Ah, ¿quiere verlo cuanto antes? Sí, sí, muy

bien.

Colgó.

—Todo controlado. El fiscal Jacono lo espera con su cliente. ¿Desea que lo lleven en un coche patrulla o prefiere ir con su vehículo?

—Voy con el mío. Muy buenas —se despidió el abogado, con la cara roja de rabia.

Agarró del hombro a Pennisi, que se había quedado sentado, estupefacto, y lo sacó de allí a rastras.

Fazio no pudo contener la risa.

—¡Virgen santa! ¡El abogado estaba a punto de estallar como un globo! ¡Qué teatro le ha montado!

Montalbano, en cambio, estaba serio.

—¿Qué pasa? ¿Le preocupa algo?

—No, pero estaba pensando que detrás de toda esta historia hay cabezas muy ingeniosas. Han cuidado hasta el más mínimo detalle. La historia de que Inge le hiciera quitarse los zapatos mojados a Pennisi, por ejemplo. ¿Sabes por qué han pensado en eso? Porque nosotros podríamos haber argumentado, en función de las pruebas de la Científica, que las huellas de los zapatos de Pennisi no estaban por ningún lado. ¡Si hasta han encontrado una buena explicación para la sangre de la almohada! Al tío le sangraba la nariz con frecuencia... Un tío que hablaba en alemán, por supuesto. Para quitarse el sombrero. Por suerte, no están al tanto de las tres bazas con las que contamos nosotros: el testimonio de Pitruineddru; el hecho, que ellos desconocían, de que tanto el tío como Nicotra estaban armados, y por último el descubrimiento de la caja fuerte subterránea.

—¿Y ahora qué pasará?

—Depende.

—¿De qué?

—Si Jacono ha leído el informe de la Científica, se preguntará de dónde ha salido la Beretta, cuando en esa casa había dos revólveres rusos, y empezará a apretarle las tuercas a Pennisi. Si no lo ha leído, lo detendrá.

—Pero ¿usía me explica por qué no habla con Jacono y lo pone al corriente de la situación?

—Porque, cuanto más convencidos estén de que hemos mordido el anzuelo, mejor para nosotros. Y ahora vamos a hablar de lo que me interesa. ¿Tienes todos los nombres?

—Sí, jefe. Tengo los nombres de los jefes de las seis empresas.

Sacó un papel del bolsillo. Montalbano le paró los pies.

—No hace falta que me los recites. Ahora presta mucha atención. Antes que nada, quiero saber si alguno de ellos tiene relaciones de parentesco, sanguíneo o político, cercano o lejano, con los Sinagra o con los Cuffaro. Y, si no hay parentesco, entérate de si en el pasado ha habido otro tipo de relación: amistad, negocios, sobornos...

¿Está claro?

—Clarísimo.

—Luego tienes que hacer otra cosa de suma importancia. Nicotra, antes de ser contratado por Rosaspina, cuando aún trabajaba para Primavera, ¿tenía subordinados u otros contables que dependieran de él? Y, en caso afirmativo, ¿esas personas dónde trabajan ahora?

Entró Augello.

—Buenos días a todos. Estoy constipado.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó Fazio al comisario.

—De dos días.

El inspector jefe se levantó y salió del despacho como una flecha.

—¿Ya sabes la gran noticia del día? Ha venido a entregarse el asesino de Nicotra.

—¿En serio? —preguntó Augello, sorprendido.

—Es una historia de cuernos que te gustará. Siéntate, que te la cuento. Y de paso te explico por qué es todo una trola.

—Esa gente quiere tapar una mierda más grande que una montaña. ¿De qué debe de tratarse? —preguntó Augello al final.

—Voy haciéndome una idea.

—Cuéntamela.

—Aún es pronto para hablar del asunto. ¿Y tú qué? ¿Fuiste a ver a Pitrireddru?

—Vamos a dejarlo. Lo único que saqué fue este constipado.

—Pero ¿hablaste con él?

Augello hizo una mueca.

—Cuando llegué estaba diluviando y por el caminito que lleva a la parte de atrás de la casa me calé hasta los huesos. Pitrireddru trajinaba en el gallinero, que está cubierto por un techado. Lo llamé, salió y se me acercó. «¿Quién eres?», me preguntó. Iba a contestarle que era un amigo de Inge, pero solo me dio tiempo de decir «Soy...», antes de que me atizara un puñetazo en la boca del estómago gritando: «¡Tú lo que eres es policía, hijo de puta!». Y volvió a meterse en el gallinero.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué querías que hiciera con una bestia como esa? ¿Detenerlo? ¿Pegarle un tiro? Cogí el coche y volví. Un chasco de tres pares de narices.

—¿Y no hay forma humana de que te acuerdes de dónde has visto al del tatuaje?

—Oscuridad absoluta.

Llegó a la *trattoria* tan tarde que Enzo ya había empezado a recoger los cubiertos.

—¿Queda alguna cosa para mí?

—Ahora mismo digo que echen la pasta.

—No, deja. Nada de primero. Tráeme una ración abundante de *antipasti* de marisco.

—Sí, señor. ¿Y luego le parece bien una lubina?

—Me parece estupendo.

Enzo, sin embargo, no se movió.

—¿Pasa algo?

—Perdone, pero ¿es verdad que el que mató a Nicotra ha ido a entregarse?

—Sí, es verdad. ¿Cómo te has enterado?

—Lo he oído por la tele, en *Televigàta*.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, en las noticias de las once.

¿Cómo era posible?

A las once, Pennisi y su abogado aún seguían en comisaría, de modo que, teóricamente, nadie podría haber estado al tanto de todo aquello. En consecuencia, estaba claro que quienes habían dado la noticia a *Televigàta* habían sido los autores de la comedia, con el fin de que todo el mundo se enterase cuanto antes.

Pero ¿por qué tanta prisa?

La respuesta era sencilla. Para cerrar el caso lo antes posible y, al mismo tiempo, cualquier otra investigación relacionada con él.

Acababa de terminarse la lubina cuando Enzo se acercó para decirle que lo llamaban por teléfono.

—Pido *comprinsión* y *pidón* si lo molesto mientras almuerza...

—Dime, Catarè.

—Ha *tilifoneado* el fiscal Giacono, que dice así como que si usía se *prisenta in situ* de él mismo, que vendría a ser el fiscal Giacono, a las tres y media.

Miró el reloj. Iba con el tiempo justo.

—No he tenido más remedio que enviar a Pennisi a la cárcel —fue lo primero que dijo Jacono, mientras indicaba al comisario que se sentara—, pero aún no me he decidido a pedir la ratificación de la detención.

—¿Por qué?

—Precisamente por eso lo he hecho venir. Para hablar tranquilamente con usted de este asunto, que me ha dejado, lo confieso, bastante perplejo.

—Estoy a su entera disposición —dijo el comisario—, pero, antes, ¿podría leer la declaración de Pennisi?

—Aquí la tiene —dijo Jacono, tendiéndosela.

Montalbano la ojeó.

Se correspondía palabra por palabra con lo que se había dicho en la comisaría.

Se la devolvió a Jacono.

—¿Qué es lo que no le convence?

—Bueno... Para empezar es una impresión general, digamos que me parece un tanto forzada... A ver si me explico mejor. ¿Usted sospechaba de Pennisi? ¿Se había puesto a investigarlo?

—Ni remotamente.

—Así pues, no se sentía acosado. Entonces, y dado que ni por un momento ha demostrado arrepentimiento, ¿por qué ha sentido la necesidad de autoinculparse? Si no lo hubiera hecho él, su nombre nunca se habría considerado.

—¿Algo más?

—Sí, el arma del delito, por ejemplo, que según Pennisi era una Beretta. Como estaba al tanto, por el informe de la Científica, de que Nicotra guardaba en la mesita de noche un revólver grande y en perfecto estado, he preguntado a Pennisi si estaba seguro de que se trataba de una pistola. Y ha dicho que más que seguro. Por lo tanto, me pregunto: ¿de dónde sale esa arma?

—Puedo responderle a eso sin problemas. Estaba guardada en una caja fuerte en las oficinas de Rosaspina, por lo que me contó espontáneamente el abogado Nino Barbera, que forma parte del consejo de administración de la empresa. Según él, Nicotra la sustrajo.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —saltó Jacono—: ¿ir a robar una pistola para matar al amante de su mujer cuando se tiene un revólver al alcance de la mano!

—Desde luego. Y no es la única incongruencia, la verdad. Hay otras dos de tamaño macroscópico, de modo que el relato de Pennisi me hace dudar incluso de que haya llegado a entrar en ese chalet.

—Cuénteme.

—La primera: Pennisi ha declarado que, nada más entrar en la casa, Inge le pidió que se quitara los zapatos mojados y llenos de barro, y que los puso en el suelo,

debajo del radiador, para que se secan. La Científica, que revisó con detenimiento el suelo de la sala de estar, encontró las huellas de los zapatos enfangados de dos personas, sí, pero debajo del radiador no había ni rastro de barro. Sin embargo, si Inge hubiera puesto los zapatos allí debajo, empapados y sucios como estaban, alguna marca habrían dejado.

—Muy cierto. Prosiga.

—La segunda es un descuido enorme y casi ridículo, como el de la Beretta. Pennisi nos ha contado que, al oír que Nicotra volvía inesperadamente, recogió su ropa y corrió a esconderse en la habitación del tío, que al parecer dormía a pierna suelta. Según él, se metió justo detrás de la puerta, que estaba abierta tres cuartas partes. Atención, tres cuartas partes. Ha dicho también que le costó vestirse porque había poco espacio. Pero todo eso no es ni remotamente posible.

—¿Por qué no?

—Porque la puerta de la habitación del tío, como todas las puertas de ese piso, se abre hacia fuera y no hacia dentro. Por lo tanto, habría sido inevitable que Nicotra viera a Pennisi ya desde la escalera. Para esconderse, en todo caso, no tendría que haber entrado en el dormitorio, sino quedarse en el mismo pasillo, detrás de la puerta abierta tres cuartas partes.

Jacono se quedó mudo unos instantes, con la mirada perdida, ensimismada. Luego preguntó:

—¿Usted personalmente qué opina?

—¿Ha leído el informe de la Científica sobre el descubrimiento de la caja fuerte subterránea?

—Sí.

—Creo que el quid de la cuestión es justo esa caja fuerte con millones de euros dentro.

—Yo también creo que van por ahí los tiros.

—Así pues, intentan despistarnos, alejarnos de algo no grande, sino enorme. Claro que, por suerte, no saben, ni deben saberlo por ahora bajo ningún concepto, que hemos encontrado la caja fuerte. Y tampoco saben, porque nunca llegaron a enterarse, que tanto Nicotra como el supuesto tío estaban armados. Son dos cartas importantísimas que jugaremos en el momento preciso.

La cara por lo general seria de Jacono se puso más seria.

—Vamos al grano, será lo mejor. Me está sugiriendo indirectamente que sería más útil para la investigación que fingiera creerme la autoinculpación de Pennisi.

Montalbano no vaciló ni por un momento.

—Si lo prefiere, se lo sugiero directamente.

Jacono reflexionó y al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Qué espera obtener?

—Está claro que la irrupción en el chalet y la subsiguiente muerte de Nicotra han puesto en graves dificultades a un grupo determinado. Dicho grupo está tratando de

presentarnos lo sucedido como una traición conyugal con final trágico. La escena que quieren presentarnos es esa y, si me lo permite, se la describo: sorprendido por el marido, Pennisi lo desarma, lo mata y huye. La mujer de Nicotra, por miedo a que la inculpen, se sube al coche y huye también, llevándose a su tío. Vuelve a dar señales de vida en Alemania, a través de un abogado, con un pretexto banal.

—Esa parte no la conozco —dijo Jacono.

Montalbano se la explicó y continuó:

—Si aparentamos habérselo creído y los convencemos, ellos se sentirán más tranquilos y harán algo que no pueden hacer mientras siga en curso la investigación.

—Habla de «ellos», pero ¿tiene alguna idea de quiénes son esa gente?

—Una idea embrionaria, sí. Y al menos uno de ellos se ha destapado.

—¿Se refiere al abogado Barbera?

—Exacto. Y está en el consejo de administración de Rosaspina, de la que Nicotra era contable único. Y en la que, por cierto, trabaja de albañil nuestro Pennisi. No olvidemos que Nicotra fue a morir a una obra de Rosaspina. Unos metros más y habría llegado a la provincial, donde podría haber pedido socorro a algún conductor que pasara por allí. En cambio, prefirió desviarse y hacer que encontráramos su cadáver en la obra. Quiso, en mi opinión, enviarnos una señal preciosa.

—A ver si lo entiendo. ¿Usted opina que en el meollo de todo esto está Rosaspina?

—No, *dottore*, Rosaspina sería solo una parte del todo.

Jacono no insistió. Hizo otra pausa para pensar y luego dijo:

—La única vía para hacer creer a todo el mundo públicamente que hemos picado es solicitar la ratificación de la detención. Cosa que haré hoy mismo.

—Gracias, *dottore*.

En cuanto salió, se le ocurrió algo y llamó a Zito a Retelibera.

—¿Me harías una entrevista rapidita?

—¿Quieres hablar del caso Nicotra?

—Sí.

—Te espero con los brazos abiertos.

Un cuarto de hora después estaba delante de una cámara de televisión para aparecer en directo en las noticias de la tarde, tras haber acordado las preguntas con Zito.

—Comisario Montalbano, ¿confirma los rumores según los cuales un albañil, Pino Pennisi, se habría entregado por haber matado al contable Gerlando Nicotra?

—Los confirmo. He prestado declaración pormenorizada ante el fiscal Jacono, quien hoy mismo va a pedir al juez de la audiencia preliminar la ratificación de la detención.

—¿Puede decirnos el motivo?

—Hacía tiempo que Pennisi era amante de la mujer de Nicotra, Inge Schneider. Nicotra los sorprendió y amenazó con matar a Pennisi, el cual logró desarmarlo y, en la refriega, acabó disparándole.

—¿Dónde se encuentra actualmente la señora Inge?

—En Alemania. Huyó tras el crimen, temiendo que la inculparan, junto con un tío suyo que vivía con ellos desde hacía unos meses.

—Pero ¿cómo se explica que hayan encontrado quemado el coche con el que huyó la señora Inge de su casa?

—Naturalmente, de eso Pennisi no ha sabido decirnos nada. Mi opinión es que la señora, una vez tomada la decisión de regresar a Alemania, prendió fuego ella misma al vehículo con la ingenua intención de despistarnos.

—Entonces ¿podemos dar por cerrado el caso?

—Estoy convencido de ello.

Volvió contento a la comisaría, porque la maniobra le había salido a las mil maravillas.

—¿Está Fazio?

—No se encuentra *in situ*, *dottori*.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No, *signor dottori*.

—Llámalo al móvil y pásamelo al despacho.

Se sentó y sonó el teléfono.

—¿Dónde estás?

—En Montelusa, *dottore*. Estoy haciendo las pesquisas que me ha pedido usía.

—Haz otra al mismo tiempo.

—Dígame.

—Quiero saber cómo pagan a los trabajadores de las seis obras.

—Explíquese mejor.

—¿Cómo reciben la paga? ¿Transferencia bancaria? ¿Cheque? ¿Efectivo? De una ya lo sé, pero tú de todos modos infórmate sobre las seis. Nos vemos mañana por la mañana.

En cuanto colgó, lo llamaron por la línea directa. Era Gambardella.

—¿Puedo pasar hacia las nueve?

—Lo espero.

Entró Catarella.

—Pido *comprinsión* y *pirdón*, pero he sufrido distracción y he tenido un olvido.

—¿De qué te has olvidado?

—De que *in situ*, que vendría a ser aquí, está el contable Nicottira, el padre del cadáver asesinado, que quería hablar con usía personalmente en persona.

—Que pase.

El contable 'Gnazio Nicotra se había transformado desde su primera visita a la comisaría. El dolor por la muerte de su hijo lo había doblado por la mitad y se movía con cierto aturdimiento, como si estuviera borracho.

A Montalbano le dio muchísima lástima. Se levantó, fue a su encuentro y le ofreció una silla.

—Si puedo serle útil en cualquier cosa...

—No tengo nada especial que pedirle. He venido para... Lo siento, solo quiero hablar con alguien, no tengo a nadie con quien desahogarme.

—Lo escucho.

—No logro hacerme a la idea de que haya sido precisamente Pennisi el que primero lo haya traicionado y luego matado.

¿«Precisamente Pennisi»? ¿Qué significaban esas palabras? Prefirió no hacer preguntas.

—Pennisi —continuó el viejo— había sido novio de Inge y se la había traído aquí, pero ella lo había dejado porque era un libertino. Estaba siempre a verlas venir y era un jugador empedernido y un putero. Cierta día, Inge, ya casada con mi hijo, recibió una llamada de Pennisi suplicándole ayuda; ella lo habló con Giugiù, que no dudó en buscarle un trabajo en la empresa de la que era contable.

—¿Rosaspina?

—No, eso vino después. Entonces mi hijo estaba en Sicudiana, en la empresa Belgiorno, de Rosales; y luego, cuando Rosales montó Primavera, Giugiù quiso que Pennisi se fuera a trabajar con él, y lo mismo cuando quebró Primavera y la sustituyó Rosaspina. Rosales tenía una fe enorme en Giugiù, lo consideraba casi un hijo.

—¿Y eso?

—Rosales tenía un único hijo, Stefano, que desde primaria era amigo de Giugiù. No pasaba un día en que mi hijo no fuera a casa de los Rosales. Entonces, cuando tenía diez años, a Stefano lo atropelló un coche y murió. Y Rosales, desde aquel momento, tuvo debilidad por Giugiù. Ahora, el pobre hombre está como está.

—No sé nada de ese tal Rosales, es la primera vez que oigo su nombre. ¿Qué le pasa?

—Emilio Rosales ha sido un grandísimo empresario cuya actividad siempre se ha desarrollado entre Sicudiana y Trapani. La única vez que ganó una contrata por aquí con Primavera le fue mal. Tuvo que cerrar e interrumpir la obra. Lo juzgaron y lo condenaron, aunque actualmente está enfermo, en arresto domiciliario en Sicudiana, y se ha retirado de los negocios.

Pero al viejo Nicotra lo que le apetecía era hablar de la ingratitud humana, de gente como Pennisi, que devolvía los favores recibidos con la traición y la muerte.

Y así fue como Montalbano volvió a su casa una hora más tarde de lo habitual.

Cuando llegó a Marinella, eran ya casi las ocho y media. Entró en la cocina para ver

lo que le había preparado Adelina, pero se contuvo. No iba a tener tiempo de cenar como a él le gustaba, tendría que haber engullido un bocado tras otro sin disfrutar, de modo que prefirió no abrir ni la nevera ni el horno.

Lo único que podía hacer antes de la llegada de Gambardella era llamar a Livia.

Y eso hizo.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor. *Selene* me mantiene ocupada, gracias a ella no tengo malos pensamientos, me... Oye, hace un montón de tiempo que ya no me cuentas nada de ti, de tu trabajo...

¡Por fin volvía a interesarse por él! Sintió que se le llenaba el corazón de alegría. La contentó de inmediato.

—Voy a contarte una historia verdaderamente particular. Resulta que esta mañana ha venido a la comisaría un sujeto a inculparse de un homicidio que sin duda alguna no ha cometido.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Quizá para proteger a un ser querido, a alguien de su familia?

—Su familia no tiene nada que ver, quiere despistarnos para tapar a un hatajo de granujas.

—Pero ¿por qué se presta?

—Pues, mira, es un albañil aficionado a los juegos de azar. Seguramente le habrán propuesto pagarle las deudas y darle una buena suma para su mujer y sus hijos.

—Pero ¡se pasará años entre rejas!

—¿Tú crees? Para empezar, ya han apelado a la legítima defensa. Además, ¿no sabes cómo funcionan las cosas en este país? Por muy mal que le vaya, como máximo dentro de cinco años estará en la calle. Y no le hará falta ponerse a buscar trabajo. Es una buena inversión, ¿no te parece?

Livia no contestó. Montalbano continuó:

—Sin embargo, por desgracia para él, las cosas no van a ser así. Acabará igual en la cárcel por haber obstaculizado la investigación, pero no se embolsará ni un euro.

—Pobrecillo —dijo Livia.

El comisario se alteró.

—¡Cómo que pobrecillo! Si es un...

Llamaron a la puerta.

—Perdona, Livia, estaba esperando a una persona que acaba de llegar. Buenas noches.

Fue a abrir. Entró Gambardella. Como había empezado a llover otra vez, Montalbano lo invitó a sentarse en el sitio de siempre.

—He oído que el fiscal ha pedido la ratificación de la detención de Pennisi. Entonces ¿fue una historia de cuernos?

El comisario vaciló un momento. ¿Podía contarle la verdad?

Decidió que sí.

—Para nada. Es un intento de despistarnos bien maquinado que, por el momento, nos conviene dar por bueno. Pero cuénteme usted.

—He estado en contacto directo con Ascioffa.

—¿Se han visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—En un lugar más que tranquilo. Una cantera abandonada cerca de Montelusa.

—¿Está seguro de que no los ha visto nadie?

—Segurísimo.

—Perdone, pero me parece que usted ve las cosas demasiado fáciles. Y no ha cumplido el pacto, lo que habíamos acordado. Le había rogado que me informara con antelación...

—Lo sé. Pero, créame, no ha sido por negligencia. No me ha dado tiempo.

—Está jugando con fuego, ¿se da cuenta?

—Pero, comisario...

—Después del desplome del segundo edificio, Albachiara vuelve a estar expuesta a las críticas. Está pasando por un momento difícil. Y se defenderá por todos los medios, incluido el homicidio. ¿Está claro? Ya nos ha hecho una demostración con Piscopo.

—Le doy mi palabra de que no volverá a suceder, la próxima vez lo avisaré con tiempo.

—Muy bien, cuénteme.

—Ascioffa me ha explicado los motivos de su despido. El enfrentamiento que tuvo, en calidad de jefe de obra, con el ingeniero Riggio, el director del proyecto, giraba básicamente sobre dos puntos. El primero era la calidad de los materiales utilizados, muy inferior a la indicada en la contrata. El segundo era que la ejecución difería notablemente del proyecto aprobado.

—¿En qué sentido?

—Ascioffa me ha traído varios ejemplos, pero no he entendido gran cosa. Me ha dicho que las vigas maestras de hormigón estaban simplemente posadas encima de las paredes, y no ensambladas, con lo que había un riesgo grave de inestabilidad. Ascioffa tenía miedo de que esos defectos acabaran saliendo a la luz y de que le endosaran toda la responsabilidad. De modo que, como no había sacado nada en limpio de una primera reunión, pidió una segunda. El ingeniero lo convocó a su despacho, sin testigos. Y allí se produjo la disputa que provocó su despido.

Montalbano hizo una mueca.

—¿Qué pasa?

—Pasa que Ascioffa no tiene ninguna prueba de lo que dice.

Gambardella sonrió.

—Ascioffa es un hombre inteligente.

—¿A qué se refiere?

—A la segunda reunión, llevó una grabadora en el bolsillo. Lo tiene todo grabado. Montalbano pegó un salto en la butaca.

—¿En serio?!

—En serio.

—¿La llevaba encima?

—No. Pero está dispuesto a dejármela oír la próxima vez que nos veamos.

—Me gustaría estar presente.

—No creo que Ascioffa lo acepte.

—Usted inténtelo.

—Trataré de convencerlo.

—Y, cuando tenga la grabación, ¿de qué forma piensa proceder?

—Se la llevaré a un notario para hacer una transcripción jurada.

—¿Y luego?

—Luego la publicaré.

—¿Por qué no se la entrega al fiscal?

—Porque me quedaría sin exclusiva.

—Deme su palabra de honor de que, antes de publicarla, hablará conmigo.

—Muy bien. Tiene mi palabra de honor.

—Y ahora me gustaría que me diera una información.

—Dígame.

—¿Alguna vez ha oído hablar de un tal Emilio Rosales?

—Claro. Rosales, en mi opinión, es uno de los canallas sin escrúpulos más inteligentes, imaginativos y yo diría que geniales que han actuado en nuestra isla.

Montalbano lo miró sorprendido.

—¿Lo dice en serio? No alcanzo a entender por qué nunca había oído hablar de él.

—Porque siempre ha conseguido permanecer en un segundo plano. Porque siempre se ha librado por un pelo. Es o, mejor dicho, era de una habilidad diabólica. Tiene amistades políticas muy sólidas. Se codea con lo más granado de la sociedad, ha sido presidente de equipos de fútbol, clubes deportivos y exclusivos... Tenga en cuenta que su nombre solo salió a la luz con motivo del juicio a la empresa Primavera, de la que era presidente... Y de esa historia se ocuparon los carabinieri. Además, el juicio se celebró en Trapani, o sea que...

—Me han dicho que está muy enfermo y que sigue en arresto domiciliario en Sicudiana.

—Lo han informado mal. Ya no está sometido a ninguna restricción.

—Entonces ¿puede moverse libremente?

—No, ha dejado los negocios y la enfermedad lo obliga a no salir de casa. Se dice que hace meses que no quiere ver a nadie y no recibe visitas.

A saber por qué, aquel personaje despertaba su curiosidad.

—Hábleme de él.

—Podría pasarme horas.

—Hágame un resumen, cuénteme solo las cosas que, en su opinión, sean esenciales.

—Rosales es hijo de un pescador de Trapani que logró, con grandes sacrificios, que se sacara la carrera de Derecho. Era un muchacho atractivo y dejó embarazada a su novia de la universidad, paisana suya y única heredera de la rica familia Bordinaro. Se casaron de penalti y Rosales se llevó una dote considerable, pero ya fuera por llevar un tren de vida lujoso o por una especulación fallida, acabó casi con una mano delante y otra detrás. Entonces fundó una sociedad financiera, Bella Stagione, que prometía chollos y estafó a varios centenares de incautos. Lo juzgaron, pero salió absuelto. Al que condenaron fue a su socio, sobre el que hábilmente hizo recaer toda la responsabilidad. Fundó una sociedad popular, XXI Marzo, para la explotación de un misterioso yacimiento aurífero en Sudáfrica que resultó ser otra estafa colosal. Y la cosa acabó de una forma increíble: entró en el juzgado como acusado y salió como damnificado.

—Genial.

—¿Qué le decía yo? Luego, por lo que cuentan, pasó a ser la, digamos, cara limpia del capo de Trapani, Aguglia, y se metió en construcción. Sus empresas se llevaban las mejores contratas y, aunque varias veces lo acusaron de corrupción, licitación colusoria y cosas por el estilo, siempre se iba de rositas. Sin embargo, hace

unos años cometió un error.

—¿Cuál?

—Para ampliar su campo de acción, tuvo la osadía de meterse en esta zona, invadiendo un territorio que tradicionalmente había pertenecido a los Cuffaro y a los Sinagra.

—¿Al ganar la contrata de la canalización de agua?

—Lo ha pillado al vuelo. Y la quiebra de Primavera, con la detención de Rosales y de otros, no fue sino el resultado de la guerra que le declararon los Sinagra y los Cuffaro.

Después de cenar en la cocina, sintió la necesidad de tomar el aire.

Salió al porche. Llovía, pero eran cuatro gotas. Aun así, el banco estaba empapado, de modo que sacó una silla y dispuso el *whisky* y el tabaco. No encendió la luz, le bastaba la del comedor.

El ruido de las olas no solo no le impedía pensar, sino que además lo ayudaba como si lo acunara.

Pensó en Primavera, la empresa de Rosales que había quebrado.

Le vino a la cabeza *La primavera* de Botticelli.

Y también una canción antiquísima que decía: «Es primavera, despertad, chiquillas...».

La primavera, las rosas.

Rosebud.

¿A qué venía eso de Rosebud?

Ah, sí, era de esa película tan buena de Orson Welles, ¿cómo se titulaba...? Sí, esa del millonario moribundo que dice «Rosebud» y nadie consigue entender que se refiere al trineo con el que jugaba de niño, que se llamaba así...

Qué extraño el apego que se tenía a veces a ciertos nombres... Uno los lleva siempre encima...

Por ejemplo, lo de Rosales: la Bella Stagione, la XXI Marzo, la Primavera...

Un momento, Montalbà, un momento.

¿Acaso Rosaspina, Albachiara o Soledoro no serían también nombres que le gustarían a Rosales?

Desde luego que sí.

Pero qué idea tan tonta.

Si Rosales había intentado desafiar a los Cuffaro y a los Sinagra con la obra de Primavera y lo había perdido todo, no era concebible que esas otras tres empresas también fueran cosa suya.

Claro que esos tres nombres...

Rosaspina... Albachiara... Soledoro...

No, devanarse los sesos no le serviría de nada.

Por el momento, no había otra que esperar los resultados de lo que estaba buscando Fazio.

Se fue a la cama, pero durmió mal.

A las siete estaba bebiéndose un señor tazón de café cuando sonó el teléfono.

—¿Hablo con el *dottor* Montalbano? —preguntó una voz que, de buenas a primeras, no reconoció.

—Sí. ¿Quién...?

—Me han dado su teléfono en la comisaría. Perdona que lo moleste en casa. Soy Jacono.

¿El fiscal? ¿Qué querría a esas horas?

—Dígame.

—Me han informado desde la cárcel de que, a primera hora, ha estallado una reyerta en la galería doce... Pennisi se ha visto implicado y... Resumiendo, lo han matado de tres cuchilladas.

El golpe fue tan violento e imprevisto que el comisario se quedó sin respiración.

—Voy para allá a ver qué ha sucedido, pero he querido hacérselo saber de inmediato. Lo mantendré informado.

—Gra... gracias —balbució Montalbano.

Y, sin embargo, tendría que haberlo previsto.

Seguro que aquella pelea en la galería doce no había sido casual, sino que respondía a una orden de fuera con el único fin de matar a Pennisi.

Con su muerte, resultaba imposible poner en tela de juicio los embustes que había dicho.

Y la función teatral, con el sello definitivo de la muerte, había adquirido aspecto de verdad.

Acababan de marcar un punto gigantesco a su favor. Iba a ser difícil superar la desventaja.

Pero no estaba descorazonado, al contrario.

Sentía crecer dentro del pecho una rabia que antes no había tenido, una rabia sorda, dura y pesada que le convenía mantener a raya para no cometer ninguna estupidez, pero que rugía en su interior como un motor al máximo de revoluciones, apenas retenido por el freno.

Estaba apurando los dos últimos sorbos de café que quedaban en el tazón cuando llamaron a la puerta.

¿Quién sería?

Fue a abrir, intrigado, y se encontró con Gambardella.

Un Gambardella que, evidentemente, se había vestido a toda prisa, con la camisa

medio por fuera de los pantalones, sin corbata, despeinado y con miedo en la mirada.

Entró, sin dar los buenos días y sin ni siquiera pedir permiso, y se dejó caer en la butaca.

—¿Qué sucede?

—Hace media hora he recibido una llamada de Ascioffa. Por la voz, parecía aterrorizado. Se ha ido de Vigàta con su familia y no ha querido decirme desde dónde telefoneaba.

—Trate de calmarse y de contármelo por orden.

—Deme un vaso de agua.

Montalbano se lo llevó.

—Básicamente me ha dicho que tira la toalla y que ha destruido la grabación.

—Pero ¿¿por qué?!

—Bueno, por lo que he entendido, anoche, justo después de cenar, la hija de Ascioffa, Anita, salió para ir a casa de una amiga del colegio a hacer los deberes. La amiga vive a diez minutos a pie, pero al cabo de media hora llamó para preguntar por qué Anita aún no había llegado. Ascioffa acababa de colgar cuando el teléfono volvió a sonar. Una voz de hombre dijo que la chica estaba con ellos, que iban a divertirse un ratito con ella y luego la mandarían a casa. Si avisaba a la policía, la matarían. Y concluyó diciendo que sería mejor para todos que Ascioffa cambiara de aires en cuanto volviera su hija. Al cabo de dos horas, se presentó Anita, desencajada. Por suerte, no la habían tocado. La habían secuestrado dos hombres y la retuvieron, atada y amordazada, en una furgoneta. Ascioffa ha seguido el consejo: ha hecho las maletas y se ha largado.

—Evidentemente, debieron de verlos cuando se reunieron en la cantera y han reaccionado deprisa. Ya se lo había advertido.

El periodista se encogió de hombros, resignado.

El comisario hurgó en la herida:

—Y acaban de llamarme para decirme que a Pennisi lo han matado en la cárcel.

Gambardella puso los ojos como platos.

—De una forma u otra, tenían que hacer tabla rasa, cerrarle la boca a todo el mundo —dijo.

A esas alturas, Montalbano tenía la sangre tan cargada de rabia que notaba cómo le latía en las sienes.

—Discúlpeme.

Se metió en el baño, abrió el grifo y puso la cabeza debajo del chorro de agua fría. Luego se secó y volvió junto a Gambardella.

—Es inútil perder el tiempo aquí —dijo, con un tono sumamente antipático—. Tengo que irme a comisaría.

Gambardella se levantó y lo siguió. Una vez fuera, cada uno se metió en su vehículo. El periodista salió a toda prisa, pero el motor del coche de Montalbano arrancó y, acto seguido, se paró. Volvió a arrancar y volvió a pararse. No tenía ni una

gota de gasolina. Menos mal que llevaba un bidón pequeño en el maletero.

Abrió la puerta, bajó y en ese preciso instante se abrieron las nubes y descargaron un auténtico océano. En un abrir y cerrar de ojos, quedó calado hasta los huesos.

Cuando acabó de meter la gasolina en el depósito, se dio cuenta de que tenía que cambiarse de ropa. Se había pasado todo aquel rato soltando maldiciones. Entró en casa, corrió a la cocina, agarró un plato y lo estampó contra la pared. Se hizo añicos. Luego hubo un segundo y un tercero.

Al final se sintió algo más tranquilo.

Se cambió y se marchó.

Fazio ya estaba al tanto de la muerte de Pennisi.

—Nos han jodido, *dottore*.

«¡Y eso que no sabes que se nos ha escapado Ascio!», pensó Montalbano.

En vez de eso, dijo:

—No, hombre. Todo depende de lo que vayas a contarme.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Dime si, entre los jefes de las seis empresas, hay alguien que tenga que ver, por una vía u otra, con los Cuffaro o los Sinagra.

—Esa respuesta está clara. Pero tengo que mirar el papel.

—Pues míralo.

Se lo sacó del bolsillo y lo consultó.

—Es un asunto extraño y complicado. Cojamos, por ejemplo, Rosaspina. En el consejo de administración está el *dottor* Filipepi, que es el médico de los Cuffaro.

—Eso lo sabemos.

—Sí, jefe, pero he descubierto que el abogado Barbera ha defendido en dos casos a los Sinagra.

—¿Qué me estás contando? ¿Los Sinagra y los Cuffaro juntos en la misma empresa?

—Exacto. Y la cosa se repite en Albachiara y Soledoro.

—¿En los consejos de administración siempre hay alguien que tenga relación con los Cuffaro por alguna vía y alguien de los Sinagra?

—Eso mismo.

—¿Y en las otras tres empresas qué pasa?

—En los consejos de Lo Schiavo, Spampinato y Farullo no hay ningún representante ni de los Cuffaro ni de los Sinagra. Pero me llamó la atención un nombre: el del contable Fasolo, de Spampinato.

—¿Por qué?

—Lo había oído nombrar y no recordaba dónde. Luego me vino a la cabeza.

—Cuenta.

—El contable Fasolo formaba parte del consejo de la quebrada Primavera, y en el

juicio resultó absuelto porque el presidente, Rosales, lo exculpó. Y ahora me gustaría abrir un paréntesis y hablarle del tal Rosales...

Pero ¡qué buen policía era Fazio!

—Luego me lo cuentas. También te había preguntado otra cosa.

—Me había preguntado si Nicotra, cuando trabajaba en Primavera, tenía ayudantes y adónde habían ido a parar. ¿Es eso?

—Sí.

—Usía tiene línea directa con alguna bruja. Nicotra tenía dos ayudantes contables, Foderaro y Giuffrida. Foderaro trabaja ahora en Lo Schiavo, y Giuffrida en Farullo. Y los han ascendido a contables únicos.

—¿Y sabes de dónde salen los contables de Albachiaro y de Soledoro?

Fazio lo miró maravillado.

Pero ¡qué buen policía era su jefe!

—Sí, *dottore*. Proceden...

—No me lo digas, a ver si lo acierto. Proceden de Primavera.

—Se equivoca de poco. Proceden de XXI Marzo, que fue una empresa de...

—Rosales.

Fazio se rebeló:

—Pero ¡bueno! ¡Usía quiere darme por culo!

—¿Qué dices?

—¡Si ya sabe quién es Rosales!

—Te aseguro que hasta anoche no sabía nada.

Hizo una pausa.

Se levantó, fue hasta la ventana, la abrió. Encendió un pitillo, le dio tres caladas, lo tiró, cerró la ventana y volvió a sentarse.

—¿Te das cuenta de lo que hemos descubierto?

—Empiezo a hacerme una idea, pero es mejor que me lo explique usía.

—Me has confirmado lo que sospechaba.

—Es decir...

—Que esas seis empresas representan un acuerdo entre las mafias de Vigàta y de Trapani. Y que el control recíproco se realiza mediante la colocación en los distintos consejos de administración de representantes de cada una de las partes. Un control cruzado.

—No cuadra.

—¿Por qué?

—Porque, por poner un ejemplo, en el consejo de Rosaspina no hay ningún representante de Rosales.

—Pero estaba Nicotra de contable único. Y ten muy presente una cosa que tú mismo me has dicho.

—¿El qué?

—Que todos los que llevan el dinero en las seis empresas son gente de Rosales.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, si los demás son contables únicos, él, Rosales, es el contable uniuqúisimo.

—Entonces, si las cosas son como cree usía, ¿todo el capital de las seis empresas es suyo?

—¿Lo dices en broma? ¿Crees que los Cuffaro y los Sinagra se pondrían a las órdenes de Rosales?

—Jamás. Sin embargo, me pregunto cómo es posible que, después de que Rosales consiguiera la contrata con Primavera y le declarasen la guerra y la ganasen, ahora sean uña y carne.

—Está claro que, mientras estaba encarcelado o nada más salir, Rosales tuvo una de sus ideas geniales y se la planteó a sus enemigos. Y por lo visto los convenció para hacer un pacto; un pacto que funcionó hasta que alguien irrumpió en el chalet de Nicotra. Ese asalto, la muerte del contable y el secuestro de Inge y del supuesto tío rompieron el equilibrio. Y Rosales dio orden a sus amigachos políticos de que lo bloquearan todo a la espera de que las aguas volvieran a su cauce.

—Pero aún no sabemos quién dio la orden de irrumpir en el chalet ni por qué. Ahí hay una niebla impenetrable.

—Ya.

—Y el acuerdo que hemos descubierto no nos sirve de nada fuera de aquí, porque no hay ninguna prueba.

—Ya.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría en la línea el fiscal Giacono, que querría hablar con...

—Pásamelo —dijo Montalbano, y conectó el altavoz.

—Al habla Jacono. Quería informarlo de que uno de los reos que han participado en la reyerta de esta mañana ha cantado. La ha provocado un tal Renato Pusateri, que luego ha asesinado a Pennisi.

—¿Sabe por qué está preso Pusateri?

—Chantaje e intento de homicidio.

Dio las gracias al fiscal y colgó.

—¿Por qué has hecho una mueca al oír el nombre de Pusateri?

—Porque sé quién es.

—¿Y quién es?

—Uno que está a sueldo de los Sinagra.

—O sea, que todo encaja. Está más claro que el agua. Los Cuffaro encuentran al chivo expiatorio y los Sinagra se lo cargan.

—¿Y ahora cómo seguimos?

—En mi opinión, hoy mismo tiene que pasar algo más. Algo que será la confirmación definitiva de lo que pienso.

—¡Ay, Virgen santa! ¿Algún otro asesinato?

—No, qué va. Será una buena noticia. ¿Apostamos o qué?

—No, jefe, yo con usía no me juego nada.

—Te lo cuento igual. Antes de esta noche, llegará la noticia de que la administración regional ha desbloqueado las distintas obras.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que se ha recuperado el equilibrio y que, con la muerte de Pennisi, ya no tienen nada que temer.

—Pero aún queda Inge, que...

—A Inge y al tío hace ya tiempo que los liquidaron, estoy convencido. Era demasiado peligroso dejarlos con vida. Habían visto y oído demasiadas cosas. De todos modos, con lo de Inge ya se cubrieron las espaldas al hacernos creer que había reaparecido en Alemania.

—Muy bien, de acuerdo, pero ¿me explica qué beneficio puede tener para el caso la reanudación de las obras?

—Directamente, ninguno, pero indirectamente sí lo hay. Me explico. Sabes que Rosales lleva meses enfermo, no sale de casa y no recibe a nadie, ¿no?

—Sí, jefe, ya lo sé.

—Sin embargo, a nosotros nos consta que ha seguido con sus negocios como si tal cosa. ¿Cierto?

—Cierto.

—En cambio, sabemos que no mantiene contacto directo con ninguna persona. ¿Me sigues?

—Lo sigo.

—Entonces ¿cómo se comunica con las seis empresas?

—Por teléfono.

—Premio.

—¿Quiere pincharle el teléfono?

—Premio al cuadrado.

Fazio hizo su habitual mueca negativa.

—¿No estás de acuerdo?

—No, yo sí.

—Pero...

—Pero ningún fiscal lo autorizará.

—¿Y quién ha hablado de pedir autorización?

Fazio puso los ojos como platos.

—¿Lo dice en broma?

—No.

—*Dottore*, ¿tiene ganas de acabar entre rejas?

Entró Augello, pero, al ver que Fazio y el comisario estaban muy enfrascados en su conversación, se sentó sin abrir la boca.

—Si a usía se le mete entre ceja y ceja pincharle el teléfono a Rosales...

—¡Me cago en la puta deoros! —bramó Augello de repente, poniéndose en pie de un salto.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Montalbano, sorprendido.

Fazio, por su parte, se lo quedó mirando con extrañeza.

No obstante, Augello no contestó. Tenía en los labios una sonrisa entre lo tonto y lo prodigioso.

En ese momento, estalló el temporal lanzando un relámpago tras otro. Y, entre el estrépito, Mimì se puso a bailar por todo el despacho como si se hubiera vuelto loco mientras gritaba:

—¡Me la he quitado de encima! ¡Me la he quitado de encima! ¡Estaba perdiendo la chaveta!

Montalbano se levantó de golpe, lo agarró por los hombros y lo obligó a sentarse.

—¿Qué es lo que te has quitado de encima?

—La obsesión por no acordarme del nombre del tipo con el tatuaje. ¡Es Rosales!

Fazio soltó una especie de exclamación que no se entendió.

—¿Estás seguro? —dijo el comisario en voz alta, aferrándolo con fuerza de las dos solapas de la americana y casi sacudiéndolo—. Pero seguro seguro, ¿eh?

—¡Más que seguro! ¡Y quítame las manos de encima!

—Perdona —se disculpó Montalbano, antes de soltarlo y volver a sentarse al otro lado de la mesa.

Luego preguntó:

—¿Te acuerdas de dónde lo viste?

Augello contestó con decisión:

—En el Club de Vela de Fiacca. Era verano y acababa de bañarse. La chica con la que iba yo hizo las presentaciones. Rosales era el vicepresidente del club.

Centelleó un relámpago más intenso que los demás que llevó al interior de la habitación una luz potente como la del sol.

Sin embargo, ni Fazio ni Augello lo vieron, ya que ese relámpago solo existió dentro del cerebro del comisario.

—Gracias a ti, Mimì —dijo tras una pausa—, ahora este caso puede encarrilarse. Por fin sabemos que el hombre que, según Inge, era su tío en realidad era Rosales. Y ese descubrimiento, en parte, confirma lo que había empezado a pensar y, en parte, arroja nueva luz sobre el asunto. Cuando Pennisi nos dijo que lo había oído hablar en alemán, nos soltó otro embuste. El único que nos ha dicho la verdad sobre Rosales ha sido el pobrecillo de Pitrireddru.

—¿Y por qué razón llevaba siempre guantes? —preguntó Augello—. No acabo de entenderlo.

—Porque, cuando lo metieron en la cárcel por los líos de Primavera, le tomaron las huellas, lógicamente. Así, con los guantes, se curaba en salud. En casa de Nicotra no debían verlo ojos ajenos e incluso tenía que parecer que nunca había estado allí.

—Pero, por lo que tenía entendido, Rosales cumplía arresto domiciliario. Eso significa un control diario. ¿Cómo pudo mudarse a casa de los Nicotra? —preguntó Fazio.

—Hace tiempo que no. Gambardella me explicó que el arresto domiciliario terminó hace unos seis meses. Así, una vez dispensado de toda vigilancia, al volver a ser un ciudadano libre, se mudó al chalet de Nicotra, aunque a escondidas y fingiendo que estaba en cama, enfermísimo, en su casa de Sicudiana.

—¿Y por qué? —quiso saber Augello.

—Ahí entramos en el campo de las hipótesis. Os cuento la mía. Se trata de una convicción, no de una certeza. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondieron los dos.

—Fazio, por favor, apúntalo todo. Me vendrá bien cuando vaya a hablar con Jacono. En fin, escuchadme con atención. El origen de todo este asunto debió de ser el momento en que Rosales ganó la contrata de la canalización de agua con la empresa Primavera.

—Que fue, en realidad, una especie de declaración de guerra a las familias mafiosas de aquí —apuntó Fazio.

—Y, de hecho, uno se pregunta cómo pudo conseguir esa contrata en un territorio controlado hasta en la venta de achicoria por las familias Cuffaro y Sinagra. La respuesta solo puede ser una: sin duda, porque tenía amistades políticas muy importantes en el gobierno regional.

—Empezando por la Consejería de Obras Públicas —añadió Fazio—, que, por lo visto, siempre está disponible.

Montalbano siguió hablando:

—Sin embargo, los Cuffaro y los Sinagra no podían tolerar esa pérdida de dinero y, sobre todo, de prestigio, así que movieron los hilos necesarios para que se investigara a Primavera y se la obligara a cerrar. Hubo un juicio y Rosales fue condenado por vez primera en su vida, aunque fuera a una pena leve. ¿Hasta aquí está todo claro?

—Clarísimo —contestaron los dos a coro.

—Pero en la cárcel uno reflexiona. Y en su celda...

—No, *dottore*, estaba en la enfermería por los problemas de corazón que sufría —precisó Fazio.

—Digamos que, en la cárcel, Rosales reflexionó sobre lo que le había pasado y, como hombre inteligente que es, comprendió que, en lugar de seguir haciendo la guerra a los Cuffaro y a los Sinagra, era mejor tenerlos como aliados. ¿Cómo podía conseguir algo así? Piensa que pensarás, se le ocurrió una idea genial. Así que, en cuanto volvió a Sicudiana en arresto domiciliario, encontró la forma de ponerse en contacto con sus enemigos y les contó su plan, que era tan ingenioso que los Cuffaro y los Sinagra no solo se sentaron por primera vez a hablar sin liarse a tiros, sino que al final lo aceptaron.

—¡Venga, cuéntenoslo! —pidió Augello, ansioso.

—La genialidad de Rosales tenía tres puntos fuertes. El primero era crear seis empresas que, fingiendo hacerse la competencia, aunque en realidad no se la hacían porque estaban asociadas en secreto, ganaran todas las contrataciones de obras públicas de Montelusa, Trapani y sus provincias, con lo que impedían que otras compañías participaran en los concursos.

—Un momento —lo interrumpió Augello—. No me parece que sea muy conveniente para los Sinagra y los...

—Un poquito de paciencia, Mimì. Paso al segundo punto fuerte. La falta de una competencia real permitió automáticamente a las seis empresas influir mucho en las normas de los distintos concursos. Y no solo eso, sino que además Rosales podía garantizar inspecciones superficiales por parte de la administración regional, de forma que las seis empresas podían utilizar materiales de menor calidad de la estipulada en el contrato. Pensemos en el caso de Albachiara y el complejo escolar que se cae a pedazos a los pocos meses de la inauguración. ¿Hasta aquí os convence?

—Bastante —dijo Augello—, pero me parece que, sea como sea, con todo eso, los Cuffaro y los Sinagra acaban perdiendo una parte de su autonomía, por mucho que saquen otras cosas.

—Y seguro que se lo plantearon —reconoció el comisario—, pero el tercer punto fuerte del plan de Rosales despejó todas sus dudas. Es de una novedad absoluta y, al mismo tiempo, no tiene el riesgo de las novedades. ¿Os suena Fort Knox?

—¿No es esa base blindada donde se guardan todas las reservas de oro de Estados Unidos? —preguntó Fazio.

—Exacto —contestó Montalbano—. Como sabéis, el problema del dinero conseguido al margen de la ley es cómo blanquearlo. Que pase de sucio a limpio. Hay quien se lo lleva al extranjero con el gran riesgo que supone, otros se lo quitan de encima al momento confiándoselo a usureros, a prestamistas delante de los casinos, etcétera, etcétera. En cambio, lo que propuso Rosales fue quedarse con el dinero de todos *in situ*, como diría Catarella, con lo que se evitaban los peligros del transporte, y blanquearlo también *in situ* al pagar a los trabajadores de las obras con él. Y esa idea acabó imponiéndose.

—Efectivamente... —dijo Fazio, pensativo—. A mí me consta que a los trabajadores les pagan en metálico.

—A mí también —confirmó Montalbano, y prosiguió—: Rosales reclamó y obtuvo, en calidad de autor de todo el invento, la cuota de dos empresas y media, es decir, Albachiara y Soledoro al cien por cien, y Rosaspina al cincuenta. La otra mitad de esta última pasó a partes iguales a los Cuffaro y a los Sinagra, que además se quedaron con tres empresas: Spampinato, Lo Schiavo y Farullo. ¿Todo claro?

—Clarísimo —dijo Fazio.

—Avancemos. Una vez aprobado el pacto, los Cuffaro y los Sinagra encargaron a hombres de su más absoluta confianza la construcción del sótano con la caja fuerte en

el garaje del chalet de Nicotra, que era la mano derecha de Rosales. Y en esa caja fuerte acabó todo el dinero negro de los tres clanes. Eso sí, cabría pensar que, como mínimo, un día por semana había que abrir esa caja fuerte para sacar el dinero de las pagas de las seis empresas.

—¿Y tienes idea de quién podía ser el cajero? —preguntó en ese momento Mimi Augello, intrigado.

—Desde luego —contestó Montalbano—. Eso era precisamente competencia de Rosales, y por ese motivo se trasladó a casa de Nicotra. Además, para evitar sorpresas, se llevó también los guantes y el medicamento para el corazón, y dos revólveres, uno para él y el otro para su anfitrión. Todos los contables de las seis empresas eran hombres de Rosales que sabían cómo comportarse. El negocio iba a las mil maravillas hasta que sucedió algo que mandó a tomar viento el equilibrio del sistema.

—¿Te refieres a la irrupción en el chalet?

—A eso mismo.

—¿Y quién fue el responsable de eso, según usía?

—Una pista me la dio Nicotra.

—¿Cómo? —preguntó Augello, asombrado.

—Yendo a morir precisamente dentro de la galería de Rosaspina. Pretendía decirnos: ojo, buscad aquí el móvil. Y, de hecho, Rosaspina es la única empresa en cuyo consejo de administración no hay ningún representante de Rosales, si exceptuamos al propio Nicotra, que era contable único. Estoy más que convencido de que quienes se llevaron el dinero y a Rosales no pueden ser otros que los Cuffaro o, si no, los Sinagra, pero la cosa no pasa de ahí.

—¿Y por qué? —preguntó Augello.

—En mi opinión, por alguna disputa sobre el reparto de los beneficios de Rosaspina. No hay otra explicación. Meter en el mismo saco a los Cuffaro y a los Sinagra es como juntar al diablo con el agua bendita. Debió de bastar una gilipollez minúscula para que se montara la de Dios es Cristo. Durante el secuestro, que debería haberse producido con la más absoluta discreción, sin derramamiento de sangre y solo para situarse en una posición de fuerza, se les escapó el muerto. Y eso puso en peligro toda la operación. Como primera medida, los políticos de la región implicados en el asunto clausuraron las seis obras con la excusa que fuera. Entonces, los Cuffaro, o los Sinagra, se vieron obligados a liberar a Rosales, que regresó a su casa de Sicudiana, y luego tuvieron que devolver el dinero y tapar de alguna forma el homicidio. Por eso nos mandaron a Pennisi. Así, el incidente quedaba cerrado y los trabajos podían reanudarse.

—¿Y qué hicieron con Inge? —preguntó Augello.

—A Inge, como ya le he dicho a Fazio, tuvieron que liquidarla sí o sí. No se puede dejar suelto por ahí a alguien que lo sabe todo y que, con media palabra, puede hacer saltar por los aires toda la operación.

Se levantó, fue a beber un vaso de agua y volvió a sentarse.

Fuera, el temporal iba alejándose.

—Tenga las notas —dijo Fazio, ofreciéndoselas.

Montalbano se las metió en el bolsillo.

—¿Cómo piensas actuar? —preguntó Augello.

—Ahora voy a llamar a Jacono, a ver si me recibe después de comer.

El subcomisario torció el gesto.

—No creo que te salgas con la tuya.

—¿En serio?

—Es una historia preciosa, de novela, sobre la mafia, pero no tienes ninguna prueba.

—Es cierto. Pero las pruebas se buscan.

—¿Cómo?

—Si Rosales ha vuelto a Sicudiana, cosa de la que estoy convencido, ¿cómo sigue en contacto con los demás? Quiero la autorización para pincharle el teléfono y también para ponerle micrófonos.

—Buena suerte —dijo Augello, y se levantó y se fue.

Fazio se había quedado pensativo.

—Dime qué te está pasando por la cabeza.

—*Dottore*, estaba pensando que en Sicudiana hay un puesto de los carabinieri y que el cabo Giammarco es amigo mío. Voy a llamarlo.

—¿Para enterarte de qué?

—A Rosales seguro que lo tienen vigilado, ¿verdad?

—Verdad.

—Me gustaría enterarme de si en los últimos días ha sucedido algo que tenga que ver con él.

—Muy bien, ponte con eso mientras yo telefono a Jacono.

El fiscal lo citó a las tres. Fazio volvió al despacho al cabo de un cuarto de hora.

—Giammarco me ha dicho que hace una semana, más o menos, no recuerda bien cuándo, llamaron de noche y de urgencia al médico que atiende a Rosales, y que durante tres días no se apartó de la cabecera de su cama.

—Encaja —respondió Montalbano—. Se encontraría mal por culpa del secuestro y, en cuanto llegó a su casa, debió de pedir que lo atendieran urgentemente. Teniendo como tiene el corazón...

Cuando salió a almorzar, llovía a mares. Entró en la *trattoria* y se sentó en su sitio habitual. Estaba puesta la televisión. Enzo, que sabía que al comisario le molestaba, la apagó.

—¿Han dicho algo nuevo? —preguntó Montalbano.

—En las noticias han dicho que la administración regional ha desprecintado las

seis obras, así que pueden seguir los trabajos. Es un alivio para mi cuñado.

Todo encajaba.

Esa era la última confirmación de su hipótesis.

Le entró un apetito voraz y se habría llenado la tripa a base de bien, pero recordó que no le daba tiempo de dar el paseo digestivo hasta el faro, porque tenía que ir a ver a Jacono.

Iba a ser una reunión difícil.

¿No era mejor ir con el máximo de energía?

No, la vía de la sabiduría es siempre el camino del medio.

—¿Le traigo *antipasti*?

—No. ¿Tienes espaguetis con tinta de sepia?

—Sí, señor.

—Tráeme un plato abundante.

—Y de segundo tengo palometa a la 'Sposito.

—¿Quién es ese 'Sposito?

—El cocinero napolitano que me enseñó esa salsita.

—¿Y cómo es?

—Así, a bote pronto, parece dulce, pero deja un regusto agrio. Una salsa que podríamos llamar engañosa.

—Muy bien.

Quizá fue por efecto de la salsa, pero salió de la *trattoria* con ánimo guerrero.

Como le quedaba algo de tiempo, en lugar de dirigirse directamente a Montelusa, el comisario se desvió por el término de Riguccio.

En la obra de Albachiaro aún no había nadie; volverían al trabajo al día siguiente. Ante él, Montalbano tenía un mar de limo en el que incluso el paisaje se ahogaba.

La pirámide de fango, sin embargo, había perdido la cima con las últimas tormentas.

Ahora era una pirámide decapitada. Un zigurat.

Se lo tomó como un buen presagio.

Se quedó un rato dentro del coche, repasando los apuntes que había tomado Fazio, y luego arrancó.

Jacono lo escuchó con muchísima atención durante hora y pico sin interrumpirlo ni una sola vez.

Y tampoco abrió la boca cuando el comisario acabó de hablar.

Montalbano, que estaba impaciente, lo apremió:

—¿No me dice nada?

—Perdone, estaba reflexionando.

Al cabo de unos instantes, suspiró y negó con la cabeza.

Volvió a hablar el comisario:

—Dígame sinceramente si...

—Montalbano, todo lo que me ha contado tiene sentido, no está en absoluto traído por los pelos, tiene su lógica, pero usted comprenderá...

—¿Qué tendría que comprender?

—Muchas cosas.

—Dígame una.

—Uf, bueno, el primer ejemplo que se me pasa por la cabeza, lo de las acusaciones de complicidad que lanza contra la consejería regional...

—Entiendo. Lo de siempre: tener miramientos cuando entra en juego la política.

Jacono pegó un buen manotazo en la mesa.

—¡Yo no tengo miramientos con nadie! —bramó con voz alterada—. ¡Y piénseselo dos veces antes de decirme una cosa así!

Montalbano se mordió el labio y se contuvo. Aquella no era la mejor forma de ganarse a Jacono.

—Discúlpeme —musitó.

—Vamos a calmarnos los dos. Lo que quería decir es que son acusaciones graves que no están respaldadas por la más mínima prueba. De eso se da cuenta, ¿no?

—Desde luego.

—Entonces dígame cómo pretende proceder.

—Decapitando la pirámide.

—No lo entiendo.

—Permitiendo que usted pueda incriminar a Rosales.

—De acuerdo. ¿Y cómo?

—Si pudiera intervenir el teléfono e instalar micrófonos...

—¿Se refiere a Rosales?

—Sí.

—Montalbano, póngase en mi pellejo. Yo tengo que rendir cuentas de lo que hago a mis superiores. ¿Cómo explico esas actuaciones? Usted no me trae ni siquiera un indicio, ¿entiende?

—Podría tener a un testigo que vio a Rosales en el chalet de Nicotra. Mientras hacía creer que se encontraba en su casa de Sicudiana.

—Bueno, eso podría constituir... ¿Es un testigo sólido?

Montalbano tuvo un momento de duda. ¿Podía fiarse de Pitrireddru? ¿De esa mula parda? No, un buen abogado lo haría pedazos.

—Por desgracia, no. No está muy bien de la cabeza.

—Entonces, por el momento, es mejor no sacarlo a relucir. ¿No tiene ninguna otra carta por jugar?

—Por desgracia, no.

Jacono se encogió de hombros.

—No veo cómo proceder en términos legales.

—Así pues, ¿tendríamos que tirar la toalla?

Jacono clavó los ojos en él.

—No pretendía decir eso. Lo único que digo es que, desde el ministerio público, no veo cómo proceder en términos legales. Claro que usted, como comisario, quizá pueda ver la cuestión con otra perspectiva.

¿Había entendido bien lo que le estaba proponiendo el fiscal? Quiso asegurarse.

—Quizá no...

Jacono no lo dejó terminar:

—Acaba de decir una palabra: «pirámide». Y me da que pensar... ¿Sabe que, durante mucho tiempo, nadie pudo entrar en la pirámide de Keops porque no daban con el acceso? Entonces alguien se dejó de vacilaciones y practicó un orificio en la pared, un orificio no autorizado por los guardianes de la pirámide. Y así incluso los guardianes, que hasta aquel momento se habían visto obligados a permanecer en el exterior, pudieron conocer el interior.

¡Qué gran hijo de puta era Jacono! Si quería hacer algo que no se ajustara a la ley, le daba carta blanca.

Se despidieron efusivamente.

Al salir del Palacio de Justicia, se metió en el café más próximo, se sentó a una mesa y pidió un *whisky*.

El cerebro le daba vueltas como las hélices de un avión. ¿Qué podía hacer para conseguir pruebas contra Rosales que no fueran pincharle el teléfono?

La única solución era tenderle una trampa, una encerrona. Conseguir que diera por cierto algo falso.

Pero ¿qué?

No se le ocurría nada.

Se pidió otro *whisky*.

Entró una señora elegante. Se quitó un guante y fue a dejarlo en la mesa contigua a la del comisario, pero se le cayó al suelo.

Montalbano se agachó, lo recogió y...

... Se quedó así, como paralizado, inmóvil.

—¿Le importaría devolverme el guante? —pidió la mujer, impaciente.

Él obedeció, se levantó, fue a la caja, pagó, sacó el móvil y llamó a Jannaccone.

—Montalbano al aparato.

—Dígame, *dottore*.

—Si paso dentro de un cuarto de hora, ¿lo encontraré a usted o encontraré a su jefe?

—A mí.

—Voy para allá.

Un cuarto de hora después estaba en el despacho de Jannaccone.

—Si no recuerdo mal, en el chalet de Nicotra descubrieron dos pares de guantes de hilo en el cubo de la basura.

—Sí. Y los analizamos.

—¿Encontraron huellas?

—Claro, pero resultaron indescifrables porque estaban superpuestas repetidamente.

—¿Podría prestármelos un par de días?

—Desde luego.

Una vez en el coche, miró el reloj. Eran las cinco y media. Para curarse en salud, llamó a Catarella.

—¿Augello y Fazio están *in situ*?

—*In situ* están, *dottori*.

—Diles que no se muevan de comisaría bajo ningún concepto hasta que llegue yo.

De camino a Vigàta, corrió como nunca. Tenía ganas de hacer esa misma tarde lo que le rondaba por la cabeza. Le daba miedo que, al día siguiente, después de una noche de sueño, se lo desaconsejaran la sensatez y la cautela propias de la edad.

—No me pases ninguna llamada y mándame a Augello y a Fazio —ordenó a Catarella, al entrar en la comisaría.

—Están ya *in situ*.

En concreto, estaban de pie al lado de la ventana, charlando. En cuanto lo vieron, fueron a su encuentro.

—¿Jacono te ha dado la autorización? —preguntó Mimì, esperanzado.

—No. Sentaos.

Les contó cómo había ido la reunión.

—Hablando en plata, ¿eso significa que tenemos que dejar de tocar los cojones? —preguntó Augello.

—Vosotros, sí. Yo, no —contestó Montalbano.

Los dos lo miraron, intrigados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Augello.

—Quiero decir que tengo pensado tenderle una trampa a Rosales. Sin el permiso del fiscal, que conste. Y por eso, como podría poner en peligro vuestras carreras, vosotros dos os quedáis al margen. Yo, en cambio, que ya he llegado hasta aquí,

puedo mandarlo todo a tomar por culo. ¿Está claro?

—Está claro —dijo Augello.

—Para mí también está claro —añadió Fazio—, pero, si es posible, me gustaría saber en qué consiste esa trampa.

Montalbano se lo explicó.

—Tiene un punto débil —repuso Augello.

—¿Cuál?

—No puedes ir solo, no sería creíble. ¡Ni que estuviéramos en una película del Oeste, donde el *sheriff* detiene, él solito, a los bandidos!

La observación era acertada, pero el comisario no quería perder tiempo.

—Me voy igual —dijo, y volviéndose hacia Fazio preguntó—: Explícame dónde está la casa de Rosales en Sicudiana.

Fazio se lo explicó.

—Hasta luego —se despidió Montalbano, levantándose.

Augello y Fazio también se levantaron y lo siguieron hasta el aparcamiento.

—Y aquí nos separamos —dijo el comisario, después de subir al coche.

—¡Y una polla nos separamos! —exclamó Augello—. Tú vas delante y nosotros te seguimos, cada uno con su coche.

—Vosotros os quedáis aquí. ¡Es una orden! —lo rectificó Montalbano, alterado, bajando del vehículo.

—Tú las órdenes se las das a tu tía —replicó Augello.

Montalbano dio un paso hacia él. Eso fue suficiente para que Fazio se inclinara y agarrara las llaves, que ya estaban metidas en el contacto.

El comisario se percató con el rabillo del ojo. Sopesó los pros y los contras. Si se enzarzaba con ellos, perdería más tiempo. Y no le sobraba precisamente. Se rindió.

—Está bien —dijo entre dientes.

Con una sonrisa de disculpa, Fazio le ofreció las llaves.

Se detuvieron en una gasolinera a la entrada de Sicudiana.

—Tú, Fazio, ahora te pones a la cabeza y nos guías hasta la casa de Rosales. ¿Vive con algún familiar?

—Con un sobrino de treinta años que lo cuida. Pero puede que sus hombres vigilen la casa. Y quizá nos lo encontremos acompañado de algún amigo.

—En ese caso, nos lo quitamos de encima.

—Pero ¿cómo es posible que Rosales no tenga ni asistenta? —preguntó Augello.

—Puede que vaya una por horas. Por lo visto, no quiere tener en casa oídos que se enteren de lo que dice cuando recibe visitas o habla por teléfono. Y ahora vamos. Mucho cuidado, muchachos, esto no es ninguna tontería. Despacito y buenos alimentos. Y hablad solo si os lo indico.

Reemprendieron el camino. Al cabo de diez minutos se encontraban delante del

palacete de Rosales, que estaba en la parte alta del pueblo y daba a una plazuela, donde había una iglesia y un colegio. Por los alrededores no se veía ni un alma.

Junto al portón había un interfono. Montalbano llamó. Contestó una voz masculina:

—¿Quién es?

—¡La policía! —contestó el comisario formalmente, en italiano.

—¿La policía? ¿Y qué quieren?

—Abra y se lo decimos.

—Un momento, que bajo.

Un instante después, se abrió una especie de ventanuco, protegido por una rejilla de hierro empotrada en una de las dos hojas. Un hombre los observaba.

—Metan la documentación por el agujero.

Dicho agujero consistía en un corte rectangular practicado en la otra hoja y protegido por una plaquita metálica que decía: CARTAS. Obedecieron los tres.

A continuación, se abrió la mitad del portón, para cerrarse al momento en cuanto hubieron entrado en el vestíbulo.

Ante ellos había un joven de treinta años, alto y atlético. Llevaba una pistola metida por la cintura del pantalón.

—Disculpen las precauciones, pero con los tiempos que corren...

—Terribles, uno no puede fiarse de nadie y no se respeta a nadie —dijo el comisario—. ¿Quién es usted?

—Soy el sobrino de Rosales. Me llamo Adolfo.

—¿Su tío está en casa?

—¿Y dónde quiere que esté? Hace muchos meses que no se mueve de aquí. Y ahora, aunque quisiera, ya no podría.

—¿Por qué?

—En los últimos días, el estado de su corazón ha empeorado notablemente.

—¿Y cuál ha sido el motivo? ¿El estrés?

El muchacho se mostró algo incómodo.

—Esto... La edad...

—Entiendo. ¿En este momento está descansando?

—Está sentado, viendo la televisión.

—¿Puedo hablar con él?

—Lo siento, pero no, se cansaría demasiado. El médico le ha prohibido las visitas.

—Aquí mismo tengo una orden de registro y otra de detención de su tío —anunció Montalbano, y para dar credibilidad al farol se metió la mano en el bolsillo de la americana como si fuera a sacar los papeles.

Al oír esas palabras, el joven se puso pálido como un muerto, parecía paralizado.

Con gran rapidez, Fazio dio un paso hacia delante y le quitó la pistola de la cintura. Ni siquiera pareció que el chico se enterase.

—Hágase a un lado —dijo el comisario.

Subieron la escalera que llevaba al piso de arriba, recorrieron un pasillo y entraron en un amplio dormitorio decorado con gusto refinado, pero en el que el aire olía a medicamentos y a enfermedad.

Rosales estaba sentado en un sillón, delante de un televisor apagado. A la izquierda tenía una mesita con dos teléfonos fijos y seis móviles, y a la derecha otra con una botella de agua, un vaso y muchos envases de medicamentos. Se había adormilado.

Adolfo le sacudió el hombro con suavidad. Rosales abrió los ojos y los miró, atónito, a los tres.

Se veía que estaba realmente mal. Tenía la tez amarillenta de los enfermos, los ojos hundidos y la barba descuidada. Respiraba con dificultad. No abrió la boca. El que habló fue Montalbano:

—Emilio Rosales, queda usted detenido.

En un primer momento, Rosales no se movió, no tuvo ninguna reacción aparente.

—¿Es broma? —preguntó al rato, tratando de sonreír—. ¿Y de qué se me acusa?

—De blanqueo de capitales, asociación para delinquir de índole mafiosa y licitación colusoria, y aún hay una acusación más grave que...

—¿Y qué tengo yo que ver con el blanqueo de capitales o la asociación mafiosa? —lo interrumpió Rosales—. ¡Yo soy empresario de la construcción! Como muchísimo, le puedo aceptar la acusación falsa, repito, falsa, de licitación colusoria, pero sobre lo demás...

—Usted ignora que hemos descubierto la caja fuerte del garaje de Nicotra —disparó Montalbano.

Rosales encajó bien el golpe. Cerró los ojos y negó con la cabeza, pero se recuperó al instante.

—Yo conocía al pobre Nicotra, es cierto, pero ni siquiera sé dónde vivía.

—Le advierto que está dando un paso en falso. ¿Conocía también a la mujer de Nicotra, Inge Schneider?

—Sabía que estaba casado con una alemana, una mujer guapa, pero no la he visto nunca.

—Segundo paso en falso. Tenemos un testigo ocular que lo vio, como ya ha declarado al fiscal, mientras, digámoslo así, se entretenía íntimamente con esa señora en el dormitorio que ocupaba usted cuando vivía en el chalet de Nicotra.

En esa ocasión, el golpe fue más fuerte que el primero. Rosales sufrió un ataque de tos y empezó a ahogarse, pero se calmó después de que Adolfo le diera un vaso de agua. Entonces se vio en condiciones de rebatir las acusaciones:

—Ha venido usted a contarme una buena historia de función de títeres, pero mientras no me enseñen las pruebas...

—Aquí las tiene, en bandeja —replicó el comisario, mientras sacaba del bolsillo dos bolsitas de plástico, cada una de ellas con un par de guantes de hilo sucios por el

uso—. Usted, durante todo el tiempo que residió en casa de los Nicotra como, digámoslo así, cajero y guardián del dinero negro, llevó unos guantes como estos para no dejar huellas. Pero ¡dentro de los guantes sí que quedaron sus huellas, desde luego que sí! Tendría que haberlos quemado, en vez de tirarlos a la basura.

Rosales se quedó mudo.

Montalbano oyó de repente en la cabeza campanas que tocaban a fiesta. La encerrona estaba saliendo a pedir de boca.

Volvió a guardarse los guantes en el bolsillo y luego añadió:

—Hay otro elemento determinante que demuestra su presencia en el chalet. Su sangre en la almohada, cuando los agresores lo sorprendieron en la cama y le dieron un puñetazo en la cara para obligarlo a levantarse y a abrir la caja fuerte. De esa sangre han extraído el ADN. ¿Se da cuenta de que no puede negar la evidencia de ningún modo?

Tampoco esa vez respondió Rosales. Respiraba con tanta dificultad que Fazio miró preocupado al comisario.

—¿Quiere avisar al médico? —preguntó Montalbano al sobrino.

—Sería lo mejor.

—Hágalo.

Adolfo sacó un móvil, habló y colgó.

—Enseguida viene.

—Señor Rosales —dijo Montalbano, volviendo al ataque—, escúcheme bien, porque, en comparación con lo que voy a decirle ahora, todo lo que me ha oído decir hasta el momento va a parecerle una broma.

—¡¿Una broma?! —repitió el otro, con los ojos como platos.

—Me ha interrumpido mientras le enumeraba las acusaciones.

—¿Hay más?

—Sí, cooperación en el intento de homicidio de Saverio Piscopo y en los homicidios de Pino Pennisi y de Inge Schneider.

Nadie esperaba la reacción de Rosales. Haciendo un esfuerzo desesperado, se puso en pie. Temblaba de pies a cabeza y le costaba hablar.

—Yo no... tengo nada que ver... con los homicidios... Fueron los Cuffaro los que... Los Cuffaro los que fueron a secuestrarme con el dinero... Creían que me había conchabado con los Sinagra para joderlos...

Se desplomó en el sillón, exhausto, pero Montalbano no tenía ninguna intención de soltar el hueso.

—Estoy seguro de que el dinero que «secuestraron» momentáneamente los Cuffaro ya ha sido devuelto y de que la caja común vuelve a estar en disposición de funcionar. Sin embargo, dado que no han tenido tiempo para construir otro banco subterráneo, el fiscal está convencido de que el dinero se encuentra aquí, en su casa. Y me ha firmado una orden de registro. Ahora le pregunto: ¿y si me ahorra tiempo y me dice sin más dónde lo tiene?

Rosales tardó en contestar. Luego hizo un gesto a Adolfo para que se acercara y le musitó algo al oído con mucho esfuerzo. El sobrino abrió el cajón de la mesita de los teléfonos y sacó una llave.

—El dinero está en un viejo armario verde del desván. Yo los acompaño —dijo Adolfo.

—Ve tú —ordenó el comisario a Fazio.

Acababan de salir los dos cuando sonó el interfono.

—Será el médico —dijo Mimì—. Voy a abrir.

Entonces, en cuanto se quedaron solos, sucedió algo que Montalbano no había previsto.

Rosales abrió los ojos y le sonrió.

El comisario se sorprendió.

No entendió lo que le dijo entonces el anciano, que le pidió que se acercara con un gesto de la mano.

—De hombre a hombre... Ha sido todo una maniobra, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de las huellas dactilares... El ADN... Todas las chorradas que me ha contado... Es cierto que yo era el cajero y el guardián... Se lo diré al juez, no se preocupe... Pero usted no tenía ninguna prueba... Me ha hecho una encerrona. ¿Llevo razón o no? ¡Tiene que decírmelo!

Montalbano prefirió contestar indirectamente. Y un resorte espontáneo le hizo abandonar el italiano y pasarse al siciliano:

—Pero, entonces, si usted lo sabía, ¿por qué se ha dejado atrapar?

—En primer lugar, porque estoy cansado; en segundo lugar, porque me ha puesto a tiro la oportunidad de vengarme de esos capullos de los Cuffaro.

Entraron Mimì y el médico, que miró, muy preocupado, a Rosales.

—Salgan, por favor.

El comisario y Augello salieron al pasillo. Allí vieron volver a Fazio y a Adolfo.

—Dentro de un armario verde hay, así, a ojo, unos treinta millones —anunció el inspector jefe.

Entregó la llave a Montalbano, que se la metió en el bolsillo.

—Llama a Catarella y dile que nos mande a Gallo con tres hombres. Hay que vigilar ese dinero, y también a Rosales.

Luego se alejó por el pasillo y llamó a Jacono.

—*Dottore*, perdone si lo molesto, pero tendría que venir de inmediato a Sicudiana a tomar declaración a Rosales. Para empezar, tiene en casa unos treinta millones todavía por blanquear.

—Pero ¿cómo lo ha hecho?! —Jacono se asombró.

—He seguido su consejo. He practicado un orificio en la pared de la pirámide.

Le explicó cómo llegar a casa de Rosales y colgó.

Entonces salió el médico y Montalbano se acercó.

—¿Cómo está?

—Muy mal. El señor Rosales me ha dicho que está detenido. Es mi deber comunicarle que trasladarlo es impensable.

—Me lo imaginaba. ¿Ni siquiera en ambulancia?

—Ni siquiera en ambulancia. Le he dicho que se meta en la cama y de ahí no debe moverse.

—Tengo que pedirle un favor. En media hora como máximo va a llegar el fiscal para interrogarlo, así no hará falta moverlo de la cama. ¿Puede usted quedarse y atenderlo en caso de que sea necesario?

—Es mi deber.

El doctor le dio la espalda e hizo ademán de volver a entrar en la habitación. Montalbano lo siguió.

—¿Qué más quiere? —preguntó el médico con aspereza.

El comisario no contestó. Lo apartó y entró. Rosales estaba acostado, pero con los ojos abiertos.

—Quería avisarle de que, dentro de poco, vendrá el fiscal Jacono a tomarle declaración —le dijo, de nuevo en italiano.

Rosales hizo una mueca.

—Ya lo sé, es un hueso duro de roer. ¿Desea que haga venir a su abogado? Tiene derecho. Si me da su nombre y su teléfono...

Rosales no lo dudó ni un momento.

—Vamos a olvidarnos del abogado. Total, tal como estoy, abogado más o abogado menos... En fin, gracias y adiós.

—Adiós —contestó Montalbano.

Y salió.

—Me voy fuera a fumarme un pitillo —informó a Fazio y a Augello.

Se apoyó en la hoja del portón para dejarla abierta y encendió un pitillo. Se sentía aliviado, todo había sido más fácil de lo que esperaba. Sin embargo, tenía cierto regusto amargo en la boca. Había una cuestión que lo inquietaba. Si Rosales no hubiera tenido ganas de caer en la encerrona, ¿cómo habría acabado la cosa? Miró el reloj. Eran casi las ocho y media. Aquel asunto iba a alargarse; mejor llamar ya a Livia.

—¿Cómo estás?

—Bastante bien, pero si tú estuvieras aquí...

Las palabras se escaparon de sus labios sin que pudiera detenerlas:

—Mañana me tendrás a tu lado.

Notó que Livia contenía la respiración.

—¿Lo dices en serio?

—En serio. Llegaré a lo largo del día.

—¡Dios mío, qué maravilla! No sabes lo mucho que...

—¿Qué haces? ¿Lloras?

—Sí, y no me da vergüenza. Yo te...

Mejor cambiar de tema.

—Cuéntame de *Selene*.

—Pues, mira, es una granuja y...

Una sirena que se acercaba interrumpió a Livia.

—Perdona, tengo que dejarte. Te mando un beso. Hasta mañana.

El coche de Gallo llegó a toda pastilla y frenó a medio metro del comisario, que por un momento temió morir arrollado.

—Vosotros tres bajad, entrad, subid y poneos a disposición del *dottor* Augello y de Fazio. Tú, Gallo, aparca bien y luego únete a los demás.

Tenía ganas de aire fresco, no de respirar el de una habitación donde todo olía a enfermedad. Cuando Gallo pasó a su lado, le dijo:

—Dile al *dottor* Augello que venga.

Mimì llegó a la carrera.

—¿Qué ocurre?

—Quería avisarte de que mañana pasaré a primera hora por comisaría, pero no me quedaré. Me voy.

—¿Y cuándo vuelves?

—Dentro de una semana.

Augello se quedó atónito.

—Pero ¿cómo? ¿Precisamente ahora?

—Precisamente ahora. ¿Qué tengo que hacer aquí?

—¡Jacono podría necesitarte!

—Estás tú. A malas, que me llame a Boccadasse.

En ese momento llegó, a gran velocidad, un coche del que bajaron Jacono y un hombre que debía de ser el actuario. Dieron la mano a Montalbano y a Augello.

—Acompáñenme —dijo el comisario.

Llegó a Marinella pasadas las doce. El interrogatorio a Rosales iba a continuar al día siguiente. Fazio y los cuatro agentes se habían quedado a vigilar la casa. Por la mañana, iría también un furgón blindado para poner el dinero a buen recaudo.

Abrió la cristalera. Había empezado a llover, pero muy poquito.

Llevaba tanto apetito atrasado que le pareció que la pasta y el pescado tardaban una infinidad en calentarse.

Se acostó enseguida y se sumió en un abismo de sueño.

A la mañana siguiente, se levantó a las seis, hizo la maleta, llamó a la comisaría de Punta Raisi, pidió que le reservaran un pasaje en el vuelo de las once, se subió al coche, fue a la comisaría, redactó la petición de permiso y se la dio a Catarella.

Luego volvió a subirse al coche y se fue al supermercado, donde había una sección para animales domésticos. Compró un hueso de juguete y un castor de peluche que pitaba al apretarlo. Seguro que a *Selene* le gustarían mucho las dos cosas.

Nota

Esta novela es pura invención, pero está inspirada en muchos artículos periodísticos, demasiados, casi diarios.

Sin embargo, me parece muy importante señalar que no incluye ninguna referencia voluntaria a personas reales, ni a situaciones que hayan sucedido de verdad, ni a instituciones políticas existentes.

A. C.